



Kim Lawrence

Heredera oculta

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

HEREDERA OCULTA, N.º 2222 - abril 2013
Título original: The Petrelli Heir
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicado en español en 2013.

I.S.B.N.: 978-84-687-3013-4
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Prólogo

Londres, junio de 2010

Izzy se tropezó al engancharsele el tacón en una baldosa. Giró el tobillo. No se había hecho daño, pero le dolían los pies, lo que no era de extrañar puesto que llevaba horas caminando.

Miró la hora y frunció el ceño al recordar la confusa secuencia de acontecimientos del día. Había pasado el mediodía cuando se despedía del abogado de su madre y del director de la funeraria, las dos únicas personas que la habían acompañado.

Su madre, Ruth Carter, había sido una mujer famosa en el mundo académico, convertida en una autora de éxito con un libro de autoayuda que había roto todos los récords de ventas. De hecho, los derechos derivados de este, convertían a Izzy en una mujer rica.

Tuvo que reprimir el impulso de reír. O quizá de llorar. Aunque sacudiendo la cabeza se dijo que sus lágrimas yacían congeladas bajo el frío peso que le oprimía el pecho.

La famosa psicóloga Ruth Carter podría haber tenido un funeral multitudinario, pero tenía principios muy estrictos respecto a los funerales: ni rezos, ni flores, ni cánticos, ni lágrimas.

Su única hija y único familiar vivo, Izzy, había respetado los deseos de su madre y no había llorado. Ni siquiera cuando encontró el cuerpo de su madre y la nota que le había dejado. Durante la semana de investigación policial, habían alabado su serenidad, pero en realidad Izzy había estado ida. Y en aquel instante identificó el peso que le oprimía el pecho como rabia contenida. Por eso había caminado durante horas, por temor a pararse y que la ira la consumiera.

No estaba enfadada con su madre por elegir cuándo y cómo morir. Tenía una enfermedad terminal que iba a ir robándole la independencia y Izzy podía comprenderla. Pero aquella mañana, su madre había vuelto de la tumba y… Izzy aflojó la presión con la que apretaba el sobre que llevaba en el bolsillo y se llevó la mano a la

cara. Encontrar su piel mojada la sorprendió, y solo entonces, al mirar el pavimento, se dio cuenta de que había estado lloviendo.

¡Ni siquiera sabía dónde estaba! En realidad, tampoco sabía quién era. No era el producto de una anónimo donante de esperma, sino que resultaba tener un padre de verdad, un padre que en aquel momento debía de haber recibido una carta similar a la que el abogado le había entregado a ella aquella tarde.

El pobre hombre había sido un joven de dieciocho años, elegido como el padre genético apropiado al que su madre había seducido cuando, pasados los cuarenta años, había decidido cumplir con su reloj biológico.

¿Por qué le habría mentido? ¿Por qué ya muerta había decidido contárselo en vez de dejarla en paz?

Izzy se cuadró de hombros diciéndose que no podía dejarse llevar por la debilidad. Miró a su alrededor y descubrió un local desde el que salían voces animadas y música. Sin pensárselo, entró.

Se trataba de un bar en el que hacía calor y humedad, lleno de gente. Izzy se desabrochó la chaqueta a la vez que se daba cuenta de que estaba sedienta, y se abrió paso hacia la barra; todas la mesas estaban ocupadas por grupos, excepto una que atrajo su mirada como si en ella hubiera un imán invisible.

Y así era. Se trataba del hombre más guapo que había visto en su vida. El espantoso día que había tenido se borró súbitamente a la vez que lo miraba, paralizada, sin prestar atención a las miradas que su presencia atraía. La fragilidad que había sentido hacía apenas unos minutos se transformó en energía, al tiempo que notaba un hormigueo en el estómago. El hombre dejó la copa sobre la mesa y le devolvió la mirada, quitándose un mechón de cabello negro de la frente. Izzy se estremeció como si la hubiera tocado, y se llevó la mano al vientre, desde el que sintió que se propagaba un calor húmedo.

Tenía la belleza de una estatua griega clásica: pómulos marcados, nariz aguileña, labios esculpidos, que podían resultar tan sensuales como crueles. Izzy pensó que sería imposible cansarse de un rostro como aquel. En aquel momento unos jóvenes ruidosos tropezaron con ella y la sacaron de su sensual ensimismamiento.

Ningún hombre la había mirado nunca con tanto deseo, ni la había dejado sin aliento. Pero Izzy no se consideraba una persona

especialmente sexual, tal y como su madre había insistido en recordarle una vez descartó que fuera lesbiana.

«Mi madre, siempre tan directa y honesta, pero que olvidó decirme la información más importante de mi vida». ¿Por qué no podía demostrarle a su inteligente madre, aunque fuera por una vez, que se equivocaba?

Que nunca hubiera sentido un violento deseo no significaba que no fuera capaz de identificarlo. Se humedeció los labios sin dejar de mirar al hombre que le ocultaban intermitentemente las personas que, de pie en el centro del local, se interponían entre ellos.

El grupo de jóvenes volvió a chocar con ella, haciendo algunos simpáticos comentarios que Izzy apenas registró. Mientras fue hacia la barra, pudo sentir los negros ojos del desconocido clavados en la espalda.

–¿Tienes dieciocho años? –preguntó el camarero, estudiando su mirada perdida como si pensara que había consumido alguna droga.

–No, digo sí. Tengo veintiuno... casi –Izzy rebuscó en el bolso mientras se sujetaba el ondulado cabello castaño rojizo.

–Gracias. Tenemos que asegurarnos –dijo el camarero tras mirar el carné.

Izzy dio un respingo cuando una mano grande y sudorosa se posó sobre la suya, presionándosela sobre el mostrador.

–Una mujer hermosa nunca paga su copa –dijo el dueño de la mano, borracho.

–Gracias –dijo Izzy, asqueada por el olor a alcohol que desprendía–, pero estoy esperando a alguien.

El hombre se acercó aún más a ella, que se apretó contra la barra. Izzy no era agresiva por naturaleza, pero apretó los puños.

–Déjame en paz, asqueroso –dijo, alzando la voz.

–*Cara,* siento llegar tarde... –los hombres que la rodeaban abrieron un hueco y entre ellos apareció el atractivo hombre que había llamado su atención al entrar.

Delgado, de anchos hombros, era más alto que todos los que la rodeaban, y seguía mirándola con la posesiva intensidad que Izzy había percibido minutos antes. Ella mantenía sus ojos clavados en los de él cuando, sin previo aviso, él le plantó un prolongado beso en los labios. Solo al alzar la cabeza pareció darse cuenta de la existencia de los demás.

–¿Pasa algo? –preguntó entonces en tono amenazador.

Izzy lo miró atónita a la vez que se pasaba la lengua por los labios y saboreaba el perfume a whisky que había quedado en ellos. Los jóvenes estuvieron a punto de arrastrarse para asegurar al desconocido que no habían pretendido molestar, y desaparecieron.

–Parecía que ibas a dale un puñetazo. Eres una mujer con carácter, ¿eh?

Izzy abrió el puño.

–Has sido muy amable, pero no necesitaba que me salvaras.

A aquella distancia, la primaria masculinidad que había provocado una aceleración en las hormonas de Izzy resultaba mil veces más intensa, asfixiante.

–¿No? –él se encogió de hombros. Miró hacia la copa que Izzy sujetaba–. ¿Ibas a ahogar tus penas? –al ver que Izzy titubeaba, añadió–: Espero que tengas más suerte que yo.

No parecía borracho. Todo él, su aspecto, su voz, era... comestible. El corazón de Izzy se aceleró. La tensión sexual podía palparse; la sangre le corría por la venas como un caballo al galope y la cabeza le daba vueltas.

–Ya no quiero la copa –dijo con la respiración agitada.

Él mantuvo la mirada fija en la de ella.

–¿Y qué quieres? Perdona, debería...

–¡No!

Izzy posó un dedo en sus labios. No quiero saber tu nombre. Quiero...

Él le tomó la mano y se la llevó a la áspera mejilla al tiempo que, inclinándose, le susurraba al oído:

–¿Qué quieres, *cara*? Dímelo.

Su voz grave y sensual derritió a Izzy.

–He tenido muy mal día y quiero olvidarlo. Necesito... –aunque fuera una Izzy diferente, veinte años de sensatez y cautela no se borraban en unos segundos. Aquel hombre podía ser un psicópata.

Cerró los ojos. No quería pensar. Quería sentir su piel, sus manos sobre su cuerpo...

–Te necesito –dijo finalmente.

Y se descubrió abandonando el local con aquel misterioso y espectacular desconocido.

Capítulo 1

Izzy recorrió el pasillo a paso rápido ignorando los susurros que oía a su paso. Le habría encantado pensar que era su extraordinario estilo lo que los provocaba, pero aunque el vestido celeste enfatizaba su cobrizo cabello, le quedaba un poco demasiado ajustado en los senos de madre lactante. Además, en la iglesia había numerosas mujeres mucho más guapas que ella.

Pero la atención que despertaba no tenía nada que ver con su aspecto, y sí con el hecho de que todo el mundo sabía que no era una verdadera Fitzgerald.

Dos años antes, la aparición en Cumbria de la embarazada hija ilegítima de Michael Fitzgerald había causado un escándalo, pero su presencia apenas llamaba ya la atención.

La expresión de su rostro se suavizó al mirar hacia su padre, sentado junto a su hermano, que esperaba a su hija, la novia. Los dos hombres de melena leonina pelirroja salpicada de canas se parecían tanto que podían haber pasado por gemelos, a pesar de que Jake era tres años mayor.

Como si se hubiera sentido observado, Michael la miró y le guiñó el ojo. Su padre era un ser extraordinario. A Izzy le costaba imaginar que hubiera muchos hombres que, tras recibir una carta diciendo que tenían una hija producto de una relación de veinte años atrás, le abrieran los brazos y la incluyeran en el íntimo círculo familiar sin tan siquiera pedir una prueba de ADN.

Tras una vida creyendo que depender de otros era una debilidad, a Izzy le había costado aceptar su ayuda, pero su amor y su amabilidad habían acabado ganándola. Además, el orgullo quedaba en un segundo lugar cuando se tenía un bebé.

Izzy se volvió hacia su joven hermanastro, que estaba charlando con alguien que ocupaba el extremo del banco posterior.

–Rory –lo llamó–. Tienes que sentarte. Ya llega.

Rory se incorporó con una sonrisa de oreja a oreja.

–Tranquila, Izzy. Ni que fueras la novia.

–Ni en sueños –masculló Izzy.

Le deseaba lo mejor a Rachel, pero tener una hija no le había hecho cambiar de opinión: el matrimonio no era para ella. Creía en la posibilidad de encontrar a la persona ideal, pero no comprendía la necesidad de firmar un papel para permanecer unida a alguien.

–No te preocupes, tu Príncipe Azul aparecerá. Siempre que dejes de tratar a los hombres con la indiferencia que acostumbras.

Izzy no pudo defenderse porque un siseo próximo la obligó a sentarse. Los demás ocupantes del banco fueron pasando a su hija hasta que, como un sonriente paquete, Lily aterrizó en su regazo.

A su lado, la madre de Rory, Michelle Fitzgerald, miraba divertida como Lily intentaba atrapar la pluma del broche con el que Izzy se había recogido el cabello. Pero ni una docena de horquillas habían podido evitar que se le escaparan varios mechones. Su cabello tenía personalidad propia.

–¡Rory! –llamó Michelle a su hijo, que seguía de pie.

–¡Vale, mamá! –dijo este, poniendo los ojos en blanco a la vez que se dejaba caer junto a Izzy.

–¿Quieres cambiarme el sitio por si tengo que salir con Lily? –preguntó Izzy.

Aunque Lily era una niña muy buena, hacía unos días que le daban pataletas si estaba cansada. Michelle le había tranquilizado diciendo que era una fase por la que pasaban todos los niños, pero Izzy temía que la niña hubiera heredado el carácter temperamental de su padre.

Pero eso nunca lo sabría ya que, aunque conociera cada milímetro de su rostro, hasta el punto de que podía dibujarlo a ciegas y había llenado un cuaderno de apuntes con su imagen, ni siquiera sabía el nombre del padre de su hija.

Todavía no se había planteado qué diría cuando la niña preguntara por él. Pero al menos podría mostrarle el aspecto que tenía, para que comprobara que era el hombre más guapo del mundo.

En cualquier caso, desde el nacimiento de Lily, Izzy había adoptado la filosofía de pensar en el presente. Los dibujos le servían de catarsis y confiaba en acabar por olvidar a su modelo.

–Muy bien –dijo Rory. Al moverse para cambiar el sitio con ella, dijo–: ¿Os han presentado? –Izzy se deslizó en el banco y él se sentó

al otro lado–: Izzy, este es Roman Petrelli. Ha venido a comprar caballos. ¿Recuerdas que Gianni me organizó unas prácticas el verano pasado en la oficina de París de Roman? Roman, esta es mi hermana Izzy.

El verano anterior, Izzy había estado enterrada en pañales y tomas de leche, así que todo lo demás había pasado como una nebulosa. Solo recordaba que Gianni era uno de los muchos primos de los Fitzgerald, que, con su padre, eran nueve hermanos.

–Hola –dijo ella. Y la sonrisa que dirigió al ocupante del banco se congeló en sus labios.

¿Cómo era posible que hubiera pasado por delante de él sin verlo? El aire se le congeló en los pulmones.

–Hola.

Oír la voz bastó para que sintiera una descarga de calor. Sin poder hablar, se limitó a inclinar la cabeza mientras pensaba que tenía las pestañas aún más largas de lo que recordaba.

Él no hizo señal de reconocerla. Tenía que ser un sueño... Pero no lo era.

A lo largo de los dos años que habían transcurrido desde aquella noche, Izzy había logrado racionalizar su inusual comportamiento. Estaba segura de que incluso tenía un término médico y que era producto de una mezcla de dolor, desconcierto y cansancio. Ni antes ni después había experimentado un deseo tan violento, y la única consecuencia perdurable de aquel encuentro era lo más maravilloso que tenía en su vida.

Y no solo Lily. Quizá, de no haberse encontrado sola y embarazada, nunca habría contestado la carta que había recibido de su padre y que inicialmente había tirado a la papelera.

Haciendo acopio de una calma de la que no se sabía capaz, con la sonrisa congelada en los labios, apartó la mirada de los hipnóticos ojos del hombre y se abrazó a la niña. Los omóplatos le dolían de tensión. A menudo la gente señalaba su piel morena y sus ojos negros, y los menos discretos preguntaban si se parecía a su padre. Ella nunca contestaba y su silencio había dado lugar a todo tipo de especulaciones: desde que había muerto en la guerra hasta que era un conocido político, casado. En todos los casos, ella era la inocente víctima, lo que no dejaba de resultarle irónico.

En ese momento sonó el órgano y todos se pusieron en pie. Izzy

sintió la mirada del hombre clavada en su nuca, pero no supo si era verdad o producto de su sentimiento de culpa. Sujetando a Lily sobre la cadera, miró la hoja que tenía en la otra mano, con los himnos que se cantarían a lo largo de la ceremonia. Bajo su aparente calma, sentía que en cualquier momento podía darle un ataque de histeria.

Tenía que pensar. El padre de su hija estaba sentado detrás de ella. ¿Qué debía hacer? ¿Escribirle una carta? ¿Adoptar el estilo informal de su madre y decirle: «Por cierto, esta es tu hija»? Estuvo a punto de estallar en una carcajada nerviosa.

Izzy siempre había pensado que, si se llegaba a dar la improbable circunstancia de encontrarse con él, podría darse el caso de que no la reconociera. Eso dejaba abierta la posibilidad de no hacer nada. Pero aunque la opción fuera tentadora, la descartó. Se trataba del padre de Lily. ¿Cómo lo había llamado Rory..., Roman? Al menos sabía que era italiano, lo que confirmaba sus sospechas, ya que durante su noche de pasión le había susurrado en esa lengua palabras ininteligibles cargadas de fuego.

Izzy recordaba cada detalle. Por eso mismo tuvo que esforzarse en ahuyentar las eróticas imágenes que invocaba su proximidad. Alzó la barbilla. Aceptaría lo que sucediera, incluso si la humillaba públicamente, pero protegería a Lily.

Lily, cuyo parecido a él le había hecho pensar que sería una mujer de una belleza espectacular, y que en aquel instante la angustiaba, pues cualquiera que los viera juntos identificaría la similitud.

Y él había visto a la niña... Así que debía de haberse dado cuenta. ¿Qué estaría pensando? No tenía sentido seguir especulando. Una boda no era el lugar adecuado para presentar a un hombre a su hija. Pero... ¿había un lugar ideal? ¡Quizá incluso había acudido a la boda con su novia! Izzy intentó sin éxito recordar si había una mujer a su lado y rezó para que, ya que se había acostado con un desconocido del que se había quedado embarazada, al menos no estuviera casado... Intentó ignorar aquella punzada de tardío sentido de la responsabilidad y se pasó la mano por la nuca.

Siempre cabía la posibilidad de que no la hubiera reconocido, o de que hubiera sufrido un ataque de amnesia. Si ese era el caso, ella

podía adoptar la misma actitud.

Pero ¿por qué se torturaba? Era posible que él estuviera tan avergonzado como ella y que en aquel mismo momento temiera que ella pudiera convertir su vida en un caos. De ser así, le aliviaría saber que no esperaba nada de él. Los hombres ricos podían sentirse amenazados, e Izzy creyó recordar que la palabra «millonario» había sido pronunciada cuando Rory había conseguido un puesto en la empresa de Petrelli.

¡Qué propio de ella haber elegido para una única noche a un millonario italiano en lugar de a un vulgar y anónimo profesor o a un fontanero!

Al acabar la ceremonia se puso en pie con los demás asistentes y se coló entre Rory y Emma para salir de la iglesia como si pudieran hacerla invisible. Cuando reunió suficiente valor como para mirar, Roman Petrelli había desaparecido.

Tiró de la manga de Rory y preguntó:

–¿Tu amigo va a...?

–¿Qué amigo?

–¿Tú quién crees? –intervino Emma, poniendo los ojos en blanco–. ¡El superatractivo Roman! ¡Mira que es guapo! ¿Te has fijado en sus ojos? –se llevó la mano al pecho en un gesto dramático–. Podría cometer una locura con alguien así.

–Izzy no es tan superficial como tú –dijo su hermano. Y añadió–: ¿Quieres ayuda, Izzy?

–Gracias –respondió esta, a la vez que le pasaba a Lily–. Quiere bajar al suelo y tiene demasiada fuerza para mí.

–¿Que yo soy superficial? –dijo Emma, mirando afectuosamente a Lily, que tiraba de la nariz de su tío–. Todas las mujeres Fitzgerald son fuertes –intercambió con Izzy una mirada de complicidad–. Roman Petrelli solo es amigo de Rory en sus sueños. ¿De verdad crees que le daría un trabajo a un obseso de la tecnología como tú?

–Puede que sea un obseso, pero tengo una mente aguda y mucho encanto. ¿Por qué no iba a darme un trabajo? En cualquier caso, tengo yo más posibilidades de conseguir un trabajo que tú de pasar una noche con él.

–¿Qué te apuestas? –preguntó Emma con ojos brillantes.

–Apostar contigo sería como robarle dinero a un bebé.

Izzy sacudió la cabeza para borrar las imágenes que poblaban su

mente, en las que veía a su encantadora hermanastra con el depredador Roman Petrelli; y se dijo que el nudo que se le formó en el estómago no tenía nada que ver con los celos, sino con el deseo de proteger a su hermana.

Emma solo tenía dieciocho años y no era ni la mitad de sofisticada que fingía ser, mientras que Roman Petrelli..., una visión de su musculoso torso de bronce, sudoroso y brillante, la asaltó, y la única palabra con la que se le ocurrió describirlo fue «perfecto».

–¡Por Dios! –los amonestó con una carcajada que a ella misma le sonó artificial.

Pero los dos hermanos no parecieron notarlo y siguieron discutiendo, de manera que, para cuando salieron al fresco aire exterior, sus apuestas habían alcanzado niveles absurdos.

–Déjame a Lily –pidió Emma.

–Mejor no, Emma. Te estropeará el peinado y tu precioso vestido –dijo Izzy, tendiendo los brazos a la niña.

–Tienes razón –concedió Emma–. Tengo que estar guapa para Roman. ¿Cuántos años tendrá?

–Demasiados para ti –replicó su hermano–. De hecho, Em, ni tú ni yo estamos de suerte. No va a venir a la recepción, así que no podremos usar nuestro letal encanto.

Aunque pudiera tratarse de un alivio meramente temporal, Izzy no pudo contener una carcajada que le ganó una mirada sorprendida de los hermanos.

–¡No miréis, la tía Mauve viene para aquí!

No se trataba de una mentira, pero sí de una maniobra de distracción inspirada que surtió el efecto que buscaba. En cuanto la tía fue mencionada, Rory y Emma desaparecieron como si se los tragara la tierra.

–Solas de nuevo –dijo Izzy, frotando la nariz con la de Lily y aspirando su dulce aroma. Una oleada de amor tan intensa que le dificultó la respiración le atenazó la garganta al tiempo que susurraba–: Nunca dejaré que nadie te haga daño, Lily. Te quiero.

Izzy sabía que había sido amada a pesar de que su madre nunca se lo había dicho con palabras y de que había evitado por todos los medios que fuera una sentimental.

Una vez convertida en madre, a Izzy le daba lástima, pero le había tranquilizado comprobar que los miedos que tenía sobre su

propia incapacidad para expresar sentimientos habían sido infundados. Desde el primer instante que había tenido a Lily en brazos, las palabras de afecto brotaron incontenibles de sus labios.

Capítulo 2

Roman no había pensado quedarse a la recepción, pero sus planes habían cambiado.

La adrenalina seguía bombeándole la sangre desde que haba visto a la delicada mujer aproximarse por la nave central. Lugo se había sentado delante de él y le habría bastado alargar la mano para tocarla. Por fin tenía un nombre... y en aquella ocasión no permitiría que se evaporara.

Coincidir con ella le había hecho sentir más vivo de lo que se había sentido.... Frunció el ceño diciéndose que no debía ser desagradecido. La vida le había dado una segunda oportunidad, así que no podía permitirse el lujo de sentirse aburrido.

Y no lo estaba. La misteriosa mujer había dejado de ser una desconocida para convertirse en un reto. El encuentro había redoblado la frustración que le había producido su inesperada desaparición dos años atrás. Claro que por aquel entonces tenía otras preocupaciones mucho más serias a las que atender que su herido ego.

Aun así, se había sentido engañado y confuso. Ni siquiera se había cuestionado la posibilidad de que ella se negara a pasar el día siguiente con él, juntos en la cama, y no se le había pasado por la cabeza que, para cuando volviera de comprar café y cruasanes, se hubiera esfumado.

Consciente del intenso calor que se le acumulaba en la ingle, esperó a que saliera de la iglesia, aunque por un instante temió haberlo imaginado todo. No habría sido la primera vez, pues a lo largo de los dos últimos años había creído ver a su misteriosa amante en más de una ocasión. Pero ningún parecido igualaba su magnífico cabello cobrizo, ni su menudo y perfecto cuerpo, ni su boca que invitaba al pecado.

Pero en aquella ocasión era diferente: se trataba de la mujer original. Y al contrario de lo que solía sucederle a otras mujeres, aquella, al reconocerlo, había parecido querer que la tragara la

tierra. De hecho, se había ruborizado violentamente… Roman sonrió para sí al recordar sus gemidos y sus manos avariciosas y hábiles. ¿Quién hubiera imaginado que su misteriosa mujer fuera capaz de ruborizarse o que presentara un aspecto tan inocente? Se encogió de hombros. Le daba lo mismo que llevara una doble vida; solo quería volver a tener su cuerpo de porcelana en la cama y sus pequeñas manos sobre su cuerpo.

Aun así, la forma en la que había reaccionando al verlo seguía despertando su curiosidad. No parecía lógico que el encuentro con un amante casual despertara en ella tal grado de turbación. A no ser… ¿tendría una pareja celosa? ¿Quién estaba sentado junto a ella? Por más que intentó recordarlo, Roman solo recordaba su nuca y la forma en que se la acariciaban los mechones de cabello que escapaban del moño.

Si lo que la preocupaba era que fuera indiscreto, no tenía nada de lo que preocuparse. Él solo quería volver a tenerla en su cama, no propagar la noticia. Y solo pensarlo, elevaba su grado de excitación.

Desde debajo de la sombra de unos árboles, a una distancia prudencial, continuó observando la puerta de la iglesia por la que salían los invitados formando pequeños y animados grupos.

Cuando ya empezaba a pensar que había salido por otra puerta, la vio aparecer y el deseo lo asaltó con una violencia renovada. Mientras la observaba como un depredador a su presa, Roman sintió crecer su enfado a la par que su deseo al recordar la mañana posterior a su encuentro.

Había estado tan ansioso por volver a la cama con ella, que al volver de comprar el desayuno se había desnudado de camino al dormitorio… donde había encontrado la cama vacía.

Ninguna mujer lo había rechazado antes y sin embargo, en veinticuatro horas, dos de ellas lo habían hecho. En realidad, era él quien había dejado plantada a la primera, y no le había perturbado ni la mitad que la animadversión que había percibido en el caso de la segunda. Que se hubiera lanzado a encontrarla en una ciudad de millones de habitantes era una prueba del hechizo sexual que había ejercido sobre él o del estado emocional en el que se encontraba por aquel entonces.

Sin embargo, la noche que había entrado en aquel bar no estaba

particularmente alterado y no buscaba sexo. Inconscientemente, se tocó el muslo al recordar los sucesos de aquella noche en la que había sentido tanta lástima de sí mismo.

¡Cuánta rabia había sentido contra el mundo, la vida y las mujeres mientras permanecía sentado en el bar con una copa ante sí! Había perdido la cuenta de lo que había bebido cuando ella entró.

Pero aunque se hubiera excedido con el alcohol, no fue tanto como para no apreciar sus delicadas curvas al verla cruzar la sala. Aflojándose la corbata, había pensado: «Se cierra una puerta y se abren otras». El amor había dejado de estar en su lista de planes del futuro, pero no tenía porqué renunciar al sexo.

La idea lo había animado. Durante los meses de su enfermedad y las distintas sesiones de quimioterapia, su libido había quedado adormecida y no había pensado en el sexo. Pero aquella mujer se la había devuelto plenamente.

Tenía unas magníficas piernas y un cuerpo delgado pero con las curvas precisas. Y había podido apreciar todo ello a pesar de que llevaba más ropa que todas las demás mujeres del local. Una falda tubo que le llegaba a la rodilla y una elegante blusa de seda color crema. Sin embargo, no había podido apartar los ojos de ella desde que había asomado por la puerta.

La noche que habían pasado juntos había sido extraordinaria, y el que hubiera disfrutado del sexo con ella más que antes en toda su vida le había demostrado que el sexo y el amor no tenían por qué ir unidos. Su recién roto compromiso era una prueba de ello.

Desde la noche con su misteriosa mujer, Roman no había conseguido replicar una noche que se aproximara mínimamente al placer del que había disfrutado con ella. Por eso mismo hacía tiempo que no... Frunció el ceño, sorprendiéndose de cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez.

Había estado demasiado ocupado. Los seis meses que se había tomado por recomendación médica durante el tratamiento se le habían hecho interminables. El tiempo que debía haberle servido para disfrutar de la vida y alcanzar un mayor equilibrio entre trabajo y tiempo libre, le había resultado una carga. Solo quien no disfrutaba del trabajo o quien tenía una familia necesitaba más tiempo en sus manos.

A un nivel intelectual, Roman no sufría con la idea de no poder ser padre, pero había recibido la noticia como una heladora opresión en el pecho, y aún peor había sido saber que debía compartir la noticia con su prometida, Lauren.

Sus labios esbozaron una amarga sonrisa al recordar la escena. La comprensión y el apoyo inicial que le había proporcionado lo habían tomado por sorpresa, pero más tarde había descubierto que no tener hijos le importaba mucho menos que el terror que le producía engordar durante el embarazo.

Roman apretó los puntos y apartó aquellos recuerdos de sí a la vez que devoraba a Izzy con la mirada, la mujer que se había convertido en la medida de todos sus posteriores encuentros sexuales... a la que ninguno había llegado.

¿Habría ejercido la misma fascinación en él de haber sabido su nombre? No tenía ni idea. No tenía sentido perder el tiempo en disquisiciones. Roman no podía permitirse perder el tiempo. Punto.

¿Sería aquella niña de cabello oscuro su hija? Por principio, Roman evitaba a las madres solteras porque sospechaba que siempre buscaban un padre. Pero en el caso de Izzy Fitzgerald, estaba dispuesto a hacer una excepción.

Sonrió al observarla y ver cómo el viento le pegaba el vestido a sus torneadas piernas, y sintió una oleada de calor al recordar aquellas piernas enredadas a su cintura, y las uñas de Izzy clavadas en sus hombros mientras con cara de concentración alcanzaba el clímax.

Suspiró profundamente. Desde luego que estaba dispuesto a aceptar excepciones... A no ser que estuviera casada, claro. Ese era un principio que jamás infringiría por más difícil que le resultara.

Izzy iba a subir a uno de los coches que esperaban para llevarlos a la recepción cuando se dio cuenta de que había olvidado el bolso en la iglesia.

Michelle, que ya estaba en el coche, dijo:

–Déjame a Lily y ve a buscarlo.

–Gracias –dijo Izzy, pasándole a la niña–. No me esperéis. Ya os alcanzaré –añadió, soplando un beso a su hija.

El local donde iban a celebrar la boda estaba a poca distancia y

podría ir caminando. Izzy abrió la verja y entró en el patio, en el que solo quedaba el vicario. Intercambiaron algunas palabras antes de que ella entrara en la iglesia. La soledad y el silencio que encontró en el interior actuaron como un bálsamo sobre sus nervios en tensión.

La idea de hacer saber al padre de la existencia de Lily la llenaba de angustia. Ni siquiera sabía cómo quería que reaccionara. Apretando los puños, deseó no haber descubierto de quién se trataba, que hubiera permanecido en el anonimato. Pero al mismo tiempo le hacía sentirse culpable. Ella debía de saber mejor que nadie lo injusto que era impedir que un hijo conociera la identidad de su padre.

Suspiró profundamente. Actuaría correctamente, pero no aquel mismo día. Solo quería disfrutar, bailar y pasarlo bien.

Estuvo a punto de soltar una carcajada. ¿A quién pretendía engañar? Podía sentir la espada de Damocles suspendida de un hilo sobre su cabeza.

Encontró el bolso en el suelo, al lado del banco. Estaba sacudiéndole el polvo cuando un escalofrío le recorrió la espalda. Girando lentamente usó la mano de visera para que no le cegara el sol y no le sorprendió descubrir a Roman Petrelli a unos metros de ella.

El corazón le golpeó con fuerza las costillas a la vez que se cuadraba de hombros y alzaba la barbilla. Tal y como lo recordaba, tenía una natural elegancia y exudaba una poderosa virilidad.

La noche del bar, su rostro había estado crispado y ensombrecido, como si batallara con demonios interiores; y había vislumbrado en él una inesperada vulnerabilidad.

Quizá solo la había imaginado para que le sirviera de excusa para irse a la cama con él, pero a Izzy le gustaba pensar que una profunda corriente la había arrastrado hacia él, que había habido una extraña conexión entre ellos porque también ella había estado asediada por sus propios demonios.

Pero en el hombre que tenía ante sí no había el menor rastro de evidente o encubierta vulnerabilidad. Su mirada era sensual, pero cínica y fría. En sus labios se dibujaba un trazo de crueldad y la sonrisa que esbozaba le provocó un escalofrío. El único sentimiento que despertó en ella aquel extraño impecablemente vestido fue una

incomodidad rayana en antipatía.

–Ha sido una boda preciosa –se oyó decir en tono mortecino.

Roman estudió sus facciones, buscando a la mujer temeraria y directa que le había proporcionado tanto placer en la cama. Aunque muchas mujeres se le hubieran insinuado, esta lo había seducido no solo con su delicioso cuerpo, sino con su generosidad y una excepcional ausencia de pudor.

Apretó los dientes al darse cuenta de que ni siquiera se atrevía a mirarlo a los ojos y sintió una punzada de desilusión.

–Nos han presentado. Puede que no lo recuerdes. Me llamo Izzy.

La tensión podía cortarse. Sentía la carne de gallina y los músculos en tensión.

Roman apretó los labios. ¿Hasta cuándo pensaba llevar adelante aquella farsa de que eran un par de desconocidos?

–Lo recuerdo muy bien.

–Sé que Rory ha trabajado para ti –dijo ella nerviosamente, mirando a su alrededor–. Lo pasó muy bien. Los demás se han ido al hotel –la cortesía la llevó a añadir–: ¿Sabes llegar? ¿Puedo ayudarte en algo?

–Eso espero, Izzy. ¿O te llamas Isabel?

Ella lo miró entonces y se humedeció los labios sintiendo que se ahogaba en una oleada de sensualidad que la envolvía como una invisible manta.

Rompiendo el contacto con la sarcástica mirada de Roman, consiguió esbozar una tensa sonrisa.

–Nadie me llama así. Solo Izzy –miró de nuevo en torno–. Parece que somos los últimos... ¿O es que no vas a la recepción? –preguntó esperanzada.

–No pienso perdérmela.

–¿De verdad? Bueno... –balbuceó ella–, está cerca de aquí. ¿Necesitas un coche?

Sin pretenderlo, bajó la mirada hacia la pierna de Roman. Recordaba las cicatrices de su muslo. Cuando se le había acercado en el bar, había percibido una leve cojera, pero la había pasado por alto hasta que había descubierto la causa. Las cicatrices la habían sorprendido, causándole una profunda desazón por el sufrimiento que representaban.

–Gracias, pero no será necesario –dijo él. Y su mente dio un salto

al pasado al recordar la exclamación que había dejado escapar al ver sus cicatrices dos años atrás.

Él las llamaba sus «cicatrices de supervivencia». Aunque seguían notándose, dos años antes eran recientes y tenían un aspecto muy poco atractivo. Había anticipado el rechazo que ella expresaría cuando las viera, y solo el deseo de contemplarla le había impedido apagar la luz desde el principio para ocultarlas a su mirada. Ella había permanecido echada mientras él se desnudaba, riendo a carcajadas cuando el zapato que él había tirado por encima del hombro había chocado contra un espejo y lo había roto. Pero al ver las cicatrices había dejado de reír y se había tensado. La compasión habría sido para él mucho peor que un rechazo asqueado. Pero ella, mirándolo fijamente a los ojos, le había sujetado la muñeca para impedir que apagara la luz y, aproximándose, había recorrido con la mirada las líneas rojas y amoratadas que le recorrían el muslo.

–¿Te duele? –preguntó. Y cuando él negó con la cabeza, añadió–: ¿Puedo tocarlas?

Él había dado un paso instintivo hacia atrás.

Siempre había estado cómodo con su cuerpo, pero eso había cambiado de un día para otro. Su cuerpo lo había traicionado al convertirse en un enemigo, y aunque no era vanidoso comprendía que sus cicatrices pudieran repugnar. Desde que las tenía, le servían de recordatorio de que no se podía dar nada por sentado.

–¿Por qué? ¿Curiosidad malsana?

La reacción de sorpresa de ella fue tan espontánea que solo pudo ser sincera.

–No seas idiota.

–En la empresa me consideran bastante inteligente.

La sensual y pícara sonrisa que le dedicó ella intensificó su excitación.

–No estoy aquí por tu cerebro.

La blusa se deslizó de sus hombros y él se quedó hipnotizado observando los círculos oscuros de sus pezones a través del sujetador de encaje, mientras ella se ponía de pie, descalza, delante de él y alzaba las manos a sus hombros:

–¿Escondes más como esta?

A él lo había tomado por sorpresa que volviera a recorrer la cicatriz con los dedos. Le sujetó la mano por la muñeca y, sin poder

ocultar su amargura, dijo:

–¿No te parece bastante?

–No –ella lo miró y giró la muñeca para que la soltara–. Quiero tocarte por todas partes –luego susurró–. No quiero perderme nada.

Roman sintió un violento deseo que le contrajo el vientre y lo devolvió al presente. Un gruñido ahogado escapó de su garganta antes de que pudiera contenerlo.

–La verdad es que tengo prisa –dijo ella.

–¿Y crees que no puedo seguirte el paso? –preguntó, irritado. Aunque no pudiera ganar una carrera, su cojera ya solo se manifestaba cuando estaba fatigado.

–No, no es eso –dijo Izzy. Y suspiró–. Como quieras –dijo con resignación.

Roman no supo si su contrariada aceptación le hacía gracia o le molestaba. Su irritación habría sido aún mayor de no haber estado seguro de que ella notaba la química que había entre ellos tanto como él, aunque, por alguna razón, se negara a reconocerla.

Él tenía la seguridad de que, fuera cual fuera la razón por la que luchaba con su atracción, perdería la batalla. Y Roman estaba ansioso por volver a ver a la mujer osada y segura de sí misma que se ocultaba bajo la reservada y reticente mujer que tenía ante sí.

–No se me ocurre mejor plan que un paseo por el pueblo en un día soleado –dijo a la vez que se ponía a su altura y adaptaba su zancada a la de ella.

–El hotel es un edificio del siglo XIV.

–¿Vas a hacerme de guía?

Izzy lo miró de soslayo. Era descortés, pero tenía un magnífico perfil. Como todo lo demás.

–Perdona, creía que podía interesarte.

–Me basta con tu encantadora compañía –dijo él. Y añadió, cortante–: Y un paseo muy lento.

Para llevarle la contraria, Izzy aceleró el paso preguntándose si verdaderamente no le dolía la pierna, pero él no dio la menor señal de dificultad.

Descendieron en silencio por la empinada y sinuosa calle que cruzaba el pueblo. Finalmente, y a pesar de que temía recibir otra de las descorteses respuestas de Roman, Izzy carraspeó. Necesitaba romper la tensión.

–Ha sido una ceremonia preciosa. Rachel estaba guapísima, ¿verdad?

Roman masculló su asentimiento. Para él todas las novias eran idénticas.

–¿Es hija del hermano de Michael? –preguntó.

A Izzy le alegró que saliera un tema tan impersonal.

–Sí, se mudaron a Cumbria hace veinte años. Compraron granjas vecinas y se casaron con dos hermanas –los dos hermanos conservaban el acento irlandés que Izzy encontraba tan atractivo.

–Así que sois primas.

–Sí y no. Michelle no es mi madre. No soy una Fitzgerald genuina.

Aunque la información le resultó curiosa, Roman no reaccionó. No sentía particular interés ni en la familia Fitzgerald ni en cómo encajaba Izzy en ella. En cambio, se detuvo bruscamente, cansado de aquel combate de esgrima.

–¿Hasta cuándo vas a pretender que no nos conocemos?

Izzy siguió varios pasos adelante antes de detenerse y girarse hacia él con las mejillas encendidas.

–No sabía cómo te llamabas hasta hace cinco minutos, así que somos dos desconocidos.

–Que se han acostado –especificó Roman. La mirada de inocencia de Izzy empezaba a resultarle irritante–. ¿La niña es tuya?

Izzy se tranquilizó al oírle decir «tuya» y no «nuestra». No se había dado cuenta. El pánico que sentía se mitigó lo bastante como para que pudiera mirar a Roman con un gesto más altanero que temeroso.

–Sí –dijo.

–¿Estás casada?

A Izzy le desconcertó tanto la pregunta que se quedó muda.

–¿Perdona?

–Me gustaría que respondieras a la pregunta.

No tenía sentido mentir.

–No –admitió.

Él ladeó la cabeza y pareció relajarse parcialmente mientras seguía escrutando el rostro de Izzy.

–¿Y no sales con nadie?

Izzy le dedicó una sonrisa helada al tiempo que era súbitamente

consciente de sentir un intenso calor interior. El vestido de seda se le pegaba incómodamente en la piel, y el sujetador le apretaba los senos.

–¿A qué se debe este interrogatorio?

–No has contestado mi pregunta.

–Veo que lo has anotado –dijo ella con sarcasmo.

Roman forzó una sonrisa que no se reflejó en sus ojos.

–Si prefieres, cambio de tema. Por ejemplo, podría decirte que eres la mujer más guapa de la boda.

Izzy siempre había sabido reaccionar mejor a los insultos que a los halagos. Y aquel, procediendo de quien procedía y aunque había sido expresado sin ninguna pasión, la desconcertó.

Sacudió la cabeza y unos mechones de cabello se arremolinaron alrededor de su rostro, ocultando parcialmente su sonrojo. Miró a Roman con los ojos entornados y se encogió de hombros con una indiferencia que estaba lejos de sentir.

–¿Podrías pero tu honestidad te lo impide? –preguntó con sorna.

–Podría, pero...

Roman sacudió la cabeza y la miró con expresión velada, recorriendo su rostro lentamente, disfrutando de la visión. Hasta que, al detenerse en los labios, los imaginó recorriéndole el cuerpo y su excitación se elevó hasta ser casi dolorosa.

–Si tardas tanto, supongo que debo esperar lo peor –dijo ella con pretendido sarcasmo. Pero cuando sus miradas se encontraron y percibió el hambre que brillaba en la de él, sintió un rayo atravesarla y un intenso dolor entre los muslos.

–Creía que te gustaba un estilo más directo –dijo él con una voz ronca que la hizo estremecer.

La otra vez que habían coincidido, que fuera tan directa les había permitido ahorrar mucho tiempo. Roman quería que volviera a la valiente y temeraria mujer de aquella noche. ¿Qué tenía que hacer para que abandonara aquella farsa?

–Puede ser –dijo ella, como si reflexionara sobre ello–. Quizá no he sido lo bastante directa.

Antes de que pudiera añadir nada más, él estaba frente ella, apoyó una mano en su mejilla y deslizó la otra hasta su trasero, atrayéndola hacia sí con la palma abierta antes de besarla.

Izzy se quedó inicialmente congelada y tensa, pero en cuanto la

lengua de él le rozó los labios, un tembloroso gemido escapó de su garganta. Sentía a Roman caliente y duro, y cerrando los ojos, dejó de luchar y se asió a él, subiendo las manos a su nuca a la vez que abría sus labios a la sensual exploración de su boca.

No supo si el espectacular beso duró segundos o fue eterno, pero cuando él la soltó, la cabeza le daba vueltas y estaba jadeante. Parpadeando, retrocedió un paso y se torció el tobillo.

–¡No! –gritó al ver que él iba a ayudarle a mantener el equilibrio. Y con gesto digno, recurriendo a su orgullo, se irguió.

¿Qué tenía aquel hombre para que su presencia le hiciera comportarse como una fulana?

Paralizada por la vergüenza y el aturdimiento, permaneció inmóvil, deseando borrarle la expresión de satisfacción de un puñetazo, hacerse una bola y desaparecer o salir corriendo. Pero por encima de todo era consciente de que, si volvía a tocarla, reaccionaría exactamente igual una vez más. Se rodeó la cintura con los brazos y parpadeó para despejar la nebulosa de deseo que le cegaba el entendimiento.

Cuando consiguió mirarlo a los ojos, sintió una sacudida interna que no tenía nada que ver con la que le había causado el beso, ni con el ciego deseo que la había invadido, sino que lo causaba un violento enfado consigo misma. ¿Cómo era posible que hubiera tardado dos años en superar aquella noche y volvía a la casilla de salida en cuestión de segundos?

–¿Qué pretendías demostrar con eso? –gritó a la vez que su conciencia le recriminaba que fuera tan hipócrita. Después de todo, él había iniciado el beso, pero ella no se había resistido.

–Que estamos perdiendo el tiempo charlando cuando deberíamos estar en la cama –dijo él con una aplastante calma.

Una carcajada de incredulidad brotó de los labios de Izzy al tiempo que una manta de sensualidad volvía a caer sobre ella. Irritada consigo misma, se esforzó por poner cara de desagrado a la vez que intentaba borrar las imágenes que la asaltaban: una piel dorada y sudorosa, brazos y piernas entrelazados, gemidos... Tenía que hacer lo que fuera para que él no intuyera lo que le pasaba por la cabeza.

–Dios mío, ¿de verdad eres tan engreído? –dijo con un provocador sarcasmo, tan superficial que apenas contrarrestaba el

fuego que la quemaba por dentro ni los temblores que la recorrían.

Su único consuelo era que nadie los había visto. O eso pensó hasta que, justo en aquel instante, vio a un perro cruzar la calle ladrando furiosamente. Izzy lo reconoció como la perra del dueño del supermercado y, por temor a que alguien saliera a ver qué pasaba, la llamó:

–¡Calla, Bella!

Pero la perra la ignoró y corrió hasta la tienda donde empezó a hacer cabriolas alrededor de una figura que estaba en la puerta.

Izzy sintió que el alma se le caía a los pies al reconocer a Emma, que la miraba con los ojos desorbitados y la boca abierta.

–¡Izzy! –exclamó, tan desconcertada que parecía querer confirmar su identidad, al tiempo que miraba a Roman y a ella de hito en hito.

–No es lo que parece, Emma –dijo, aunque sabía que mentía. Era exactamente lo que parecía, y en aquella ocasión no podía echarle la culpa ni a un trauma ni al alcohol. Mordiéndose el labio se volvió hacia Roman y le exigió–: Díselo.

–No sé qué ha parecido, *cara*. Solo sé que ha sido muy agradable. Y que no has perdido capacidades.

Con una sola frase había conseguido no solo confirmar la sospecha de Emma, sino también insinuar que no era la primera vez que se besaban.

Lo miró indignada mientras él, decidido a restregar sal en la herida, le sostenía la mirada con expresión satisfecha.

Emma sacudió la cabeza como si acabara de despertarse.

–Vaya, tú y... –tomó aire y súbitamente sonrió de oreja a oreja con aprobación –miró a Roman y sacudió de nuevo la cabeza a la vez que le guiñaba un ojo a su hermana.

–Emma, no...

–Tranquila, Izzy. No pasa nada. Continúa como si no me hubieras visto.

Y lanzando una pícara sonrisa por encima del hombro, se alejó a la máxima velocidad que le permitieron los absurdamente altos tacones que calzaba.

Izzy fue a seguirla, pero una mano la detuvo sujetándola del hombro. Ella le dio una palmada violenta y se volvió, furiosa.

–¿Qué demonios estás haciendo?

Roman le soltó el hombro pero le tomó ambas manos y la obligó a mirarlo de frente.

–¿Y tú? –preguntó a su vez, esforzándose por mirarla al rostro en lugar de al agitado pecho.

–Tengo que impedir que cuente a la gente que nos ha visto.

Roman apretó la mandíbula y su mirada se ensombreció.

–Puesto que tienes una hija, supongo que todo el mundo asume que este no ha sido tu primer beso –dijo con sorna.

–Puede que a ti te dé lo mismo ser motivo de escándalo, pero resulta que yo vivo aquí.

–¿Qué te hace pensar que no me importe escandalizar? –preguntó Roman, que era muy celoso de su vida privada.

Izzy sacudió la cabeza con gesto testarudo.

–Que eres un playboy millonario.

La descripción arrancó una sonrisa de suficiencia de Roman.

–¿Un playboy?

–Bueno, quizá no –admitió Izzy–. Pero sí eres millonario.

Roman parpadeó desconcertado. Era la primera vez que alguien usaba esa palabra como un insulto.

–¿Y eso significa que no valoro la privacidad? –frunció el ceño, y añadió como si se le hubiera pasado una idea por la mente–: En cualquier caso, ¿por qué?

Izzy lo miró con los ojos en blanco.

–¿Qué quieres decir?

–¿Por qué seguirás aquí mañana? Creía que vivías en Londres. ¿Por qué te has enterrado en medio de la nada? –preguntó en alto, mientras se decía que quizá había ido siguiendo al padre de su hija.

–No se puede criar a un hijo en un apartamento –dijo ella, sin comprender por qué se molestaba en dar explicaciones–. Además, aquí se vive muy bien.

–Entonces, ¿es tu lugar de residencia habitual?

Izzy desvió la mirada.

–Aquí vive mi familia –levantó las manos que él seguía sujetando–. ¿Te importa soltarme? Tengo que alcanzar a Emma.

Roman la soltó y vio que se frotaba las muñecas aunque se las había sujetado con suavidad.

–Y una vez la alcances, ¿vas a chantajearla para que guarde tu oscuro secreto?

Izzy percibió por primera vez la ira que teñía la voz de Roman.
–¿Y si lo contara? –continuó él–. ¿Se desplomaría el cielo?
Izzy rio con sarcasmo.
–Oh, siento herir tu gigantesco ego por ocultarle al mundo lo bien que besas –puso los ojos en blanco–. ¡Hazme un favor, quítate de en medio! Tengo cosas más importantes que hacer que alimentar tu vanidad. Entre otras cosas, dar de comer a mi niña.
El recuerdo de que Izzy tenía una hija hizo fruncir el ceño a Roman. Si él no podía ser padre, no quería jugar a ser el padre de la hija de otro hombre... aunque estaba dispuesto a considerar excepciones a sus propias reglas.
–Escucha, hace dos años yo era una persona muy distinta. Deja que te aclare una cosa: no mantengo relaciones con desconocidos vanidosos y provocadores.
–Hace dos años, sí.
–Debía de estar muy borracha.
–En absoluto, pero estuviste increíble.
Enfureciéndose consigo misma por el efecto que la voz de Roman tenía sobre su cuerpo, Izzy lo miró con frialdad y tomó aire antes de reaccionar.
–¿De verdad? –dijo con una lánguida sonrisa–. Si tú lo dices, será verdad. Yo no lo recuerdo demasiado bien.
–Cuando quieras te refresco la memoria. Yo llevo queriendo repetir desde entonces.
No cabía duda de que aquel hombre era capaz de decir las cosas más provocadoras como si estuviera hablando del tiempo.
–¿Quieres emborracharte e ir a la cama con una desconocida? Supongo que nada puede impedírtelo, pero yo, personalmente, prefiero aprender de las malas experiencias.
–¿Una mala experiencia? ¿Cómo lo sabes si no la recuerdas?
–Es una deducción lógica después de volver a coincidir contigo.
Izzy apretó los puños mientras intentaba calmar su ira con una respiración pausada. ¿De verdad la creía tan fácil? «Bueno, tal vez lo fuiste».
–Qué sugieres, ¿los arbustos? –preguntó con cinismo, indicando un rododendro que tenía a la derecha–. ¿O es demasiado romántico y prefieres el asiento trasero de tu coche?
Roman enarcó una ceja.

–Tengo una habitación en el hotel estupenda, pero estoy abierto a sugerencias.

Izzy lo miró con lo que pretendía ser una expresión asqueada.

–¡Eres repugnante!

Roman la miró con aparente sorpresa.

–Creía que te gustaba que lo fuera.

¿Gustarle? Ese no era el sentimiento que aquel hombre despertaba en ella.

–¡Yo no he dicho nada parecido a eso!

–¿Cómo lo sabes si no recuerdas nada? –preguntó él una vez más–. No comprendo por qué estás tan nerviosa. Creía que eras una mujer que no se andaba por las ramas.

–Ya sé que te consideras irresistible, pero por si te interesa, quiero que sepas que te encuentro grosero y burdo y que no te tocaría ni con un palo.

–La verdad es que yo estaba pensando más bien en un contacto más.... manual, *cara* –dijo él con sorna–. Así que, ¿no estás interesada?

Su divertida incredulidad despertó en Izzy el deseo de abofetearlo.

–Te aseguro que no.

Él se encogió de hombros.

–Es una lástima.

Izzy no supo si se sentía aliviada o insultada por que no insistiera. Y el hecho de que lo dudara era una prueba más de que aquel hombre conseguía alterar su sano juicio.

Capítulo 3

Izzy entró en el vestíbulo del hotel sabiendo que Roman la seguía a pocos pasos. Se detuvo y lo encaró.

–Si no te vas voy a llamar al servicio de seguridad.

–Resulta que estoy invitado a la boda.

–Eres...

–Está bien, me voy, pero, si cambias de idea, estoy en la habitación...

Izzy dejó escapar un gemido ante la obvia provocación.

–No creo que me emborrache lo suficiente.

–Izzy, cariño, ¿lo has encontrado?

Aturdida, Izzy se volvió y vio a Michelle con Lily en brazos.

–¿El...? Ah. Sí, el bolso. Gracias, Michelle –bajó la mano hacia el bolso pero no lo llevaba y no tenía ni idea de dónde lo había dejado. Sin embargo, eso no era nada comparado con la presencia de Roman Petrelli, que en aquel momento estaba a apenas unos metros de su hija–. Lo siento, he tardado más de lo que pensaba.

Aunque lo tenía a la espalda, estaba segura de que Roman no se había movido porque podía sentir las hondas del viril magnetismo que irradiaba.

–No pasa nada, la fiesta no empieza hasta dentro de una hora –dijo Michelle sin ocultar la opinión que le merecía aquella interrupción–. Todo porque Rachel se ha empeñado en que un amigo suyo tome las fotografías.

–Muchas gracias, Michelle, no pensaba dejarte tanto rato a la niña.

–Sabes que la adoro. Además, se ha quedado dormida en el coche. Se acaba de despertar –dijo, a la vez que se la pasaba y tomaba una copa de champán de una bandeja que llevaba un camarero.

–¿Has visto a Emma? –preguntó Izzy como de pasada.

–No, debe de estar por ahí. ¿Te encuentras bien, Izzy? Estás pálida. No tendrás una de tus migrañas... –Michelle calló

bruscamente.

Aunque no abriera desmesuradamente los ojos como hacían casi todas las mujeres cuando veían a Roman, Izzy supo al instante que Michelle se había percatado de su presencia. Y aunque adivinara lo que iba a suceder a continuación, no pudo evitar estremecerse al oír su voz.

–Perdonad –dijo Roman adelantándose y repartiendo su sonrisa entre ambas. Al darse cuenta de la cara de espanto que puso Izzy, se preguntó una vez más qué demonios le pasaba. ¿Acaso creía que iba a proclamar que habían pasado una noche juntos? Ninguna otra mujer había manifestado tal aprensión a que se supiera que se conocían–. Creo que esto es tuyo.

De no haber tenido la pared a su espalda, Izzy habría salido corriendo; pero mientras el hombre elegante y mortalmente guapo se aproximó a ella con una sonrisa de encantador de serpientes, no tuvo dónde huir.

Respirando profundamente, Izzy alzó la barbilla. Del dedo de Roman colgaba su bolso. Antes de que pudiera reaccionar, Michelle intervino:

–¡Mira, Izzy, es tu bolso!

Aunque Izzy no había visto en persona el efecto que aquella sonrisa letárgica tenía en otra mujer, no le sorprendió ver a Michelle riendo como una adolescente.

–Ah, sí –dijo con indiferencia–. Se me ha debido de caer de nuevo. Gracias –dijo. Y con frío desdén, cambió a Lily de cadera, aprovechando para ocultarla parcialmente, y alargó el brazo.

Roman se lo aproximó unos centímetros, prolongando el instante, antes de colgárselo de la muñeca con una sonrisa torcida. Izzy consideró una victoria las gracias que le dio sonaran a «vete al infierno». Él inclinó la cabeza.

–De nada.

–¡Qué suerte que lo hayas encontrado y que te dieras cuenta de que era de Izzy! –dijo Michelle, todavía con el rostro iluminado.

–Sí, ha sido una gran suerte –Roman le tendió la mano–. Soy Roman Petrelli. Nos conocimos en la boda de Gianni.

Por una vez en su vida, Izzy fue capaz de recordar que aquel primo de Emma y Rory era hijo del hermano mayor de su padre. Había acudido a la boda de Rachel con su preciosa mujer pelirroja,

que estaba embarazada.

–¡Claro, fuiste su padrino…! ¿O no? –Michelle ladeó la cabeza y observó las hermosas facciones de Roman detenidamente–. Me recuerdas a alguien, pero no consigo ponerle nombre.

Izzy sabía perfectamente a quién se refería y miró al suelo. Estaba segura de que esa era la naturalidad con la que se comportaba alguien en medio de un terremoto cuando sabía que en cualquier momento la tierra se iba a abrir bajo sus pies.

–Rory trabajó en mi empresa el año pasado. Es un joven con un futuro muy prometedor.

Izzy pensó con cinismo que ese era el camino perfecto al corazón de una madre, y sonrió con desdén.

–Gracias. Yo opino lo mismo, pero no soy objetiva. Sé que disfrutó mucho trabajando para ti. Volvió a casa entusiasmado. En este momento está esperando los resultados de sus exámenes. El mercado laboral está imposible.

–¿Ha solicitado muchos trabajos? –preguntó Roman, aunque no pensaba en solicitudes, sino en la delgada figura que tenía a su lado, cuya inexplicable ansiedad podía percibir.

–Está esperando a saber las notas de los finales –Michelle sonrió–. Esperaba que fueran excelentes, pero cree que ha metido la pata en algún examen.

–Lo exámenes son importantes, pero aún más el entusiasmo y la ambición –esforzándose por mantener un nivel razonable de interés en la conversación, Roman sacó una tarjeta del bolsillo–. Le diré a mi ayudante que estoy esperando una llamada suya.

A Izzy le sorprendió que Michelle, siempre tan moralista, no intuyera el soborno que ocultaba aquel aparente gesto de generosidad. Aquel hombre evidentemente pensaba que podía salir de cualquier situación a base de dinero. No debía de estar muy acostumbrado a escuchar la palabra «no». O, si alguien la pronunciaba, la seguía de un «no me importa que me uses de felpudo. Sería un honor».

Izzy siguió escuchando con los dientes apretados porque, si se movía, tendría que pedirle a uno de los dos que le dejaran hueco y no quería llamar la atención sobre sí misma, ni mucho menos sobre Lily. Estaba acorralada y ni siquiera tenía acceso a las bandejas con champán que pasaban los camareros. Necesitaba una copa. Aunque

siempre había sabido que Lily se parecía a su padre, hasta verlos juntos no había sido consciente de que era prácticamente una réplica de él. De hecho, no comprendía cómo todavía no se había dado cuenta nadie.

Pero era inevitable que Roman lo notara en algún momento. Aquel era el lugar menos oportuno para que lo descubriera, rodeados de familia y de una audiencia cautiva, pero estaba segura de que era inevitable que sucediera. La cuestión era cuándo.

Finalmente, fue la propia Lily quien echó la pelota a rodar. Cansada de que la ignoraran, dejó escapar un gemido y gritó:

–Quiero bajar, jugar... Ahora.

Roman se encogió al oír aquel inesperada y agudo chillido.

Michelle vio su gesto y comentó:

–¡Tiene mucho carácter! –y miró con un afecto que a Roman le resultó incomprensible a la pequeña que, con la cara roja, batallaba con su madre para que la dejara en el suelo.

Su mirada se posó en la madre del pequeño diablo, que estaba sofocada y que parecía extremadamente joven mientras intentaba calmar a la niña, cuya pataleta empezaba a llamar la atención de su entorno.

Roman habría esperado obtener cierta satisfacción de verla en una situación tan incómoda. No se consideraba particularmente vengativo, pero siempre había creído en el dicho de que «uno recoge lo que siembra», y ella había conseguido despertar en él una humillante incomodidad. Su hipocresía era pasmosa. Primero había reaccionado de una forma que había aventado las llamas de su deseo hasta convertirlo en una hoguera, pero luego se había comportado como si su sugerencia de que volvieran a acostarse fuera un insulto. Y en el proceso había conseguido ofenderlo tanto en su masculinidad como en su inteligencia: una doble ofensa.

Roman identificaba las señales cuando una mujer sentía interés por él, y aquella lo sentía. ¿Por qué, entonces, actuaba como si haberse acostado con él fuera un estigma? La única explicación era que hubiese sufrido una extraña transformación de personalidad. ¿Cabía la posibilidad de que, si la sacaba de aquel contexto, si no estaba rodeada de toda su familia y conocidos, volviera a emerger la desinhibida y arriesgada amante de aquella noche? Él tenía un avión privado a la espera, y una villa en el lago de Como... Sonrió

mientras daba forma al plan.

Las oportunas protestas de la niña sirvieron para que no pudiera plantearse por qué tenía que elaborar un plan tan complicado para volver a tener a aquella mujer en su cama, cuando con cualquier otra le habría resultado mucho más sencillo y encima no le habría hecho sentir como si estar con él fuera motivo de vergüenza pública.

Mientras observaba a Izzy calmar a la niña, dando muestras de una paciencia asombrosa, Roman sintió el súbito e inesperado impulso de ayudarla.

Pero no lo hizo. Después de todo, él no sabía nada de niños, y menos si chillaban y lloraban. Miró a la niña con desaprobación, pero descubrió que estaba calmándose y que ya no estaba ni tan roja, ni tan... La observó atentamente. Tenía el cabello rizado y negro, ojos marrones oscuros y la piel cetrina. Sus ojos siguieron la familiar línea de su mandíbula y de... sus labios.

–*Dio!*

La exclamación alertó a Izzy de la escena que se avecinaba. Clavó la mirada en el rostro de Roman en el preciso momento en el que él descubría la verdad. Su rostro patricio reflejó una mezcla de desconcierto y negación.

–¿Cómo es posible?

No siendo consciente de que había hecho la pregunta en alto, Roman esperaba una respuesta en su mente, pero su cerebro había dejado de funcionar.

–¿Faltaste al colegio el día que explicaron lo de las abejas y las flores? –Izzy se arrepintió del comentario en cuanto escapó de su boca, pero el sarcasmo era uno de sus mecanismos de defensa.

Roman volvió a la realidad de una sacudida y le lanzó una mirada incendiaria. ¿Eso la convertía en... la madre de su hija? Aunque le pareciera imposible, tenía la certeza de que era verdad. Miró a Izzy y luego a la niña; de nuevo a la madre, que desvió la vista con expresión de culpabilidad.

–¿Isabel?

Su voz hizo que a Izzy se le erizara el vello.

–Izzy –lo corrigió. Y lo miró al pecho. Al instante, se imaginó desabrochándole la camisa y dejando al descubierto su musculoso torso de piel dorada. Tomó aire y borró la imagen.

–Tenemos que hablar –dijo él con una mirada penetrante.

Ella asintió, mortificada, pero le salvó la aparición de un ujier uniformado que conducía a los invitados rezagados al comedor. Consultando el mapa, pidió a Michelle y a Izzy que lo siguieran.

Lo último que vio Izzy de Roman antes de ocupar su puesto en la fila que iba recibiendo la feliz pareja, fue su negro cabello y su gesto de irritada determinación.

La comida se hizo eterna, pero en cuanto se presentó la oportunidad, entre dos de los discursos de enhorabuena, Izzy buscó una salida de emergencia y escapó al vestíbulo.

Entonces vislumbró su inconfundible cabeza de cabello negro a la vez que un camarero le acercaba una bandeja con champán. Con un gemido de «¡No, por favor!», que llevó al camarero a pasar de largo, Izzy se mezcló entre la gente para intentar poner la mayor distancia posible entre ella y el alto italiano. Atravesó la primera puerta que encontró y se halló en una sala acristalada en la que solo había un hombre mayor con la nariz roja, dormitando en una soleada esquina, y un pianista tocando en un rincón. Este le sonrió a la vez que se llevaba con una sonrisa un dedo a los labios como señal de silencio.

Izzy le devolvió la sonrisa y dejó a su hija en el suelo a la vez que hacía girar la cabeza para liberarse de la tensión que se le había acumulado en el cuello.

–Cuidado –dijo distraídamente al ver que Lily se asía a la pata de una silla y se intentaba poner de pie.

Izzy se reclinó en el respaldo de una silla de hierro y suspiró al ver a la niña lanzarse hacia una planta y caer a los pocos pasos sobre su acolchado trasero, con tal expresión de desconcertada sorpresa que Lily no pudo contener una carcajada.

El labio inferior de su hija dejó de temblar y las lágrimas no brotaron. Un segundo después, dedicaba a su madre una luminosa sonrisa y siguió inspeccionando el espacio, pero a gatas. Mientras la observaba, la sonrisa se borró del rostro de Izzy. Sabía que no podía seguir ocultándose. No podía huir. Tenía que enfrentarse a Roman. Después de todo, era el padre de Lily.

La expresión de sorpresa y desconcierto que había contorsionado

sus hermosas facciones en el momento de descubrirlo le volvieron a la mente. Izzy dudaba que aquel hombre tan seguro de sí mismo hubiera sufrido nunca una sacudida emocional como la de ver a Lily.

Izzy no pudo evitar sentir una punzada de compasión por él. Al menos ella había tenido nueve meses para superar la sorpresa de que iba a ser madre. Solo Dios sabía qué le estaría pasando a Roman por la cabeza.

Suspiró profundamente para calmarse y tuvo la sensación de que era la primera vez que pensaba con claridad desde que dos años atrás se sumergiera en aquellos profundos ojos oscuros.

Aquella noche en la que se había transformado en quien no era, pero que recordaba cada vez que miraba a su hija. Lo que acababa de suceder era un golpe, pero... ¿cabía la posibilidad de que terminara siendo algo positivo? Estaba claro que representaba una terrible alteración del statu quo del que había estado disfrutando, pero ¿no valía la pena si a cambio su hija tenía la oportunidad que a ella le había sido negada?

–¡Lily, no! –gritó por encima de la música del piano.

Su hija volvió la cabeza, pero no detuvo su recorrido hacia un enorme cactus.

Antes de que ella o Izzy llegaran hasta el cactus, una alta figura se interpuso en su camino. Una frustrada Lily alzó la mirada y, haciendo un mohín, gritó:

–¡No!

Izzy tomó en brazos a su hija, que no dejó de patalear.

–Es su palabra favorita –dijo, suspirando.

–¿Es muy tozuda, no? –comentó Roman observando a la niña que era su hija... ¿Cómo era posible? Apartó la pregunta que llevaba repitiéndose como un eco en su mente desde que la niña lo había mirado.

Siempre se había tomado la noción de que un hijo se parecía a un padre o a otro con una escéptica cortesía. Para él, todos los niños se parecían entre sí y tenía facciones indefinidas.

Nunca había tenido que replantearse esta opinión hasta una hora antes. Pero no podía ser.

¿Sería una coincidencia que hubiera pensado particularmente en el tema desde que había actualizado su testamento? No tenía un

hijo a quien donarle su herencia, pero había un sinnúmero de buenas causas a las que podía contribuir en su legado.

Cuando salió del bufete, su abogado le había estrechado la mano calurosamente y, sonriendo, había dicho:

–Supongo que la próxima vez que nos veamos será en tu boda o cuando tengas un hijo.

Roman se vanagloriaba de concentrar su energía en aquello que podía cambiar y no en causas perdidas. Cualquiera que llegaba a los treinta sin darse cuenta de que la vida no era justa, era estúpido o extremadamente afortunado. Y él no era ni una cosa ni otra, así que se negaba a perder el tiempo lamentándose por las malas cartas que el destino le había repartido. Consideraba que había llegado a un equilibrio con la vida, que había asumido que nunca tendría una familia propia. Y de pronto...

Se preguntaba si no habría imaginado en Lily un parecido inexistente, pero descartó esa posibilidad al instante. Tras la muerte de sus padres, había descubierto una caja con fotografías; una de ellas de su primer cumpleaños. La semejanza entre aquella imagen y Lily era asombrosa. Eran prácticamente idénticos.

Había mantenido relaciones con su madre y, dos años después, la misteriosa mujer aparecía con una hija que se parecía increíblemente a él. No hacía falta ser un genio para poder sumar dos más dos.

–Michelle comentó que Lily tenía dieciséis meses, pero deben de ser quince.

–Dieciséis. Fue prematura.

El largo parto había concluido en una cesárea cuando el bebé había sufrido estrés prenatal.

Se produjo un silencio que Roman rompió.

–¿Pensabas decírmelo alguna vez? –podía sentir un zumbido en los oídos a la vez que miraba fijamente, esperando la respuesta de Izzy. Había tenido numerosas oportunidades de sincerarse y no las había aprovechado.

Izzy percibió la mirada acusatoria y dejó escapar un bufido de incredulidad. ¿Cómo se atrevía a actuar como una inocente víctima? ¡Por lo visto se había absuelto de cualquier responsabilidad!

–¿Cómo te lo iba a decir si ni siquiera sabía cómo te llamabas? –

dijo. Aunque expresarlo le hiciera sentir vergüenza de sí misma.

–Fuiste tú quien insistió en el anonimato –le recordó él con amargura. Pero se recordó que no había sido ella quien le había animado a mantener sexo sin protección.

En su defensa solo podía aducir que, en un breve instante de lucidez, había pensado en preguntárselo, pero lo había olvidado en cuanto ella le había puesto un dedo en los labios para obligarlo a callar.

–Me refiero a hoy mismo, ¿o es que no habías reconocido al padre de tu hija?

Sí, claro. Como si hubiera muchos hombres que se le parecieran, pensó Izzy con sarcasmo.

–Así que ahora es mi hija –Izzy sonrió y tuvo la satisfacción de ver que Roman apretaba los dientes–. A ver si te aclaras –Roman se sonrojó y ella continuó, airada–: ¿Cuándo debía habértelo dicho? ¿En mitad del servicio religioso o durante nuestro encantador paseo? Hubiera sido difícil contártelo en medio de tus delicadas proposiciones. Dime: ¿siempre te funciona lo de «Te necesito. Te deseo».

–Contigo funcionó. Perdona, me olvidaba que fuiste tú quien lo dijo, no yo.

Izzy se sonrojó hasta la raíz del cabello.

–Escucha, sé que esto te ha tomado por sorpresa y estoy intentando ser comprensiva, pero...

–¡Qué amable! –dijo Roman con acritud.

–Al menos uno de nosotros debe comportarse como un adulto –replicó ella.

–¿Y quieres decirme qué tiene de adulto que huyas de mí? –dijo él, sarcástico.

Izzy lanzó una mirada furtiva por encima del hombro, consciente de que en cualquier momento entraría más gente.

–Sí, te he estado evitando porque no quería tener una escena en público. Estaba segura de que reaccionarías así... –se interrumpió a la vez que recuperaba la calma–. La verdad es que no sabía cómo reaccionarías. ¡Cómo iba a saber si preferías ignorar a Lily!

–¿Es eso lo que habrías preferido? –Roman observó el cambio en la cara de Izzy cuando miró a la niña, la dulce sonrisa que transformó su expresión.

Izzy titubeó. Tenía sentimientos contradictorios, pero expresó la única opinión que tenía clara, aunque él pudiera no estar de acuerdo.

–Habrías salido perdiendo tú más que nosotras.

Roman no supo qué decir, pero el enfado que sentía se disipó. Estaba culpando a Izzy por algo que era mucho más una bendición que un problema.

–Soy padre... *Madre di Dio!* –lo que era imposible se había hecho realidad. Y era tal milagro que no conseguía llegar a asumirlo–. ¿Intentaste localizarme?

–¿Cómo? ¿Por dónde habría empezado?

Roman dio un paso hacia Izzy, logrando que ella se sintiera atrapada. Alzó la mano a su garganta para ocultar el pulso que sentía latir allí.

–¿Te pongo nerviosa, Isabel? –Roman se aproximó todavía un poco más. El perfume de Izzy lo alcanzó, evocando al instante imágenes de su cuerpo reaccionando anhelante a sus caricias y provocándole una incómoda tensión en la entrepierna–. Isabel... Me gusta el nombre. Te pega.

Su voz ronca causó un escalofrío en Izzy. Una película de sudor le bañaba el rostro por el esfuerzo de contener el torbellino de emociones que la poseían.

–No me llamo Isabel, sino Izzy. Así es como me llama todo el mundo.

–Yo no soy otro cualquiera –dijo Roman. Y habría querido añadir: «Soy el padre de tu hija».

Su rostro se crispó mientras batallaba por dominar sus sentimientos y se concentraba en lo más positivo: su hija no crecería sin saber quién era su padre.

La arrogancia de aquel comentario hizo parpadear a Izzy, aunque no supo por qué le extrañaba que Roman tuviera una opinión tan elevada de sí mismo.

Deslizó la mirada por sus esculpidos pómulos y por sus sensuales labios y suspiró, temblorosa. Era el hombre más guapo que había visto en toda su vida. Su carismático sex-appeal superaba al de cualquier otro y debía convertirlo siempre en el centro de atracción femenina de cualquier reunión.

Capítulo 4

Para que lo sepas, no me caracterizo por ponerme nerviosa –dijo Izzy para contrarrestar el apabullante efecto que su aura de masculinidad ejercía sobre ella. Aunque hasta entonces él había hecho las preguntas, ella tenía una muy importante que hacer–: ¿Estabas... estás casado?

–Es un poco tarde para tener problemas de conciencia.

Izzy entornó los ojos.

–¿Lo estás o no?

–Nunca he estado casado, aunque estuve a punto en una ocasión.

Izzy se sintió aliviada. Al menos había un asunto menos por el que sentirse culpable, aunque fuera por puro azar.

–¿Te entró miedo? –Izzy podía comprenderlo. La idea de comprometerse con alguien para toda la vida también le asustaba a ella.

Él sonrió con desdén.

–No, me plantaron.

Izzy pensó que añadiría alguna gracia, pero al ver que no era así, abrió los ojos de sorpresa.

–¡No me lo puedo creer!

–¡Qué buena eres para mi ego! –bromeó él–. Me temo que no todo el mundo me encuentra tan irresistible como tú.

Izzy no dudaba de que su ego estaba protegido por una capa de titanio. Respondió al tirón que recibió en la falda y, agachándose, tomó a Lily en brazos.

–Es una niña preciosa –Roman suavizó el tono y añadió–: Hola, Lily.

Respondiendo a su nombre, la niña alargó sus regordetas manos y se agarró a la corbata de Roman. Luego tiró de él, que en lugar de resistirse, acercó el rostro a ella. Estaba tan cerca que Izzy podía verle los poros de la piel, las puntas doradas de sus largas pestañas... podía oler la colonia que invocaba tórridas escenas.

–Lo siento –masculló a la vez que intentaba soltar los dedos de Lily. Incapaz de apartar la mirada del aguileño perfil de Roman, su frustración aumentó.

Roman pudo percibir su nerviosismo en la tensión de sus facciones, pero no sintió la mínima compasión.

–Eso ya es algo –dijo, cáustico.

Izzy fingió no oírle al tiempo que se ruborizaba cuando sus senos le rozaron el brazo. Aquel no era ni el momento ni el lugar para mantener un enfrentamiento y ella ya tenía suficiente con sobreponerse a la turbación de tenerlo tan cerca. Su olor seguía disparando todo tipo de imágenes que creía haber borrado de su memoria. Una oleada de calor le recorrió la piel, pegándole el vestido al cuerpo.

–Se parece a mí –dijo Roman.

Refunfuñando, Izzy exclamó aliviada cuando Lily soltó a Roman y pudo retroceder un paso.

–Al menos eso la libra de mis pecas –dijo ella, mirando la arrugada corbata de Roman.

Él le recorrió el cuerpo con una lenta mirada, de los pies a la cabeza. Un golpe de deseo le atravesó el vientre y por un instante la fuerza de la primaria atracción física que despertó en él diluyó su enfado y su resentimiento.

–Es muy guapa –dijo.

Izzy solía enorgullecerse cuando alguien piropeaba a Lily, pero en aquella ocasión se tensó.

–Lo sé.

De soslayo, vio con alivio que entraba en la sala un grupo de invitados, cuyas risas y cháchara ahogaron la música del piano. Con suerte la presencia de testigos daría fin a la conversación ya que dudaba de que Roman quisiera continuarla en público.

El problema era que, por mucho que fuera el padre de su hija, no lo conocía en absoluto, así que no sabía de lo que era capaz… al menos fuera del dormitorio. La anotación mental hizo que se le acelerara la sangre, causándole una pulsante presión en la pelvis.

–Se parece a ti.

–Me han llamado muchas cosas, pero nunca «guapo».

Izzy lo dudaba. Roman era el epítome de la belleza masculina.

–¿Es una niña feliz?

Izzy creyó intuir un brillo de melancolía en el rostro de Roman al mirar a Lily que le hizo sentirse una intrusa.

Hasta ese momento no se había planteado lo que él pudiera sentir. El enfado y la suspicacia eran respuestas naturales de un hombre que acababa de enterarse de que era padre; como lo era el resentimiento por sentir que le caía encima una inesperada responsabilidad.

–Escucha, sé que tenemos que hablar. Pero aquí no, por favor.

Por un instante, Izzy creyó que Roman no accedería a su petición. Entonces asintió y ella sintió un inmenso alivio.

–No voy a quedarme. Me alojo en el Fox, ¿lo conoces?

Izzy asintió. El nuevo encargado la había invitado a salir cada semana desde que había cenado allí, unos meses antes. Aunque lo había rechazado, no había descartado completamente la posibilidad. No le caía mal y, como decía Emma, ser madre no significaba ser monja.

–Lo conozco.

–Estoy en la suite del jardín. Ven a buscarme a las ocho.

Izzy reaccionó automáticamente a lo que sonó como una orden.

–No pienso ir a tu habitación –Izzy alzó la barbilla y añadió–: Prefiero un lugar más público.

–No pretendía arrastrarte a la cama.

Izzy le respondió con igual sarcasmo.

–¡Qué desilusión!

–Trae a la niña si eso te hace sentir más segura –sugirió él.

–No puedo. A esa hora está acostada.

Roman apretó los dientes, no sabiendo si Izzy estaba siendo premeditadamente difícil o si se limitaba a establecer un hecho. Dado su total desconocimiento de los hábitos de los niños, no estaba en posición de juzgar.

–Está bien. Entonces, mañana por la mañana.

Roman la observó recorrer los labios con la punta de la lengua antes de mordisquearse el labio inferior. Luego entornó los ojos para ocultar el brillo que los había iluminado.

–¿A las nueve y media? –insistió Roman, sin apartar la mirada de su boca, mientras se decía que era probablemente mejor tener unas cuantas horas para aclarar sus ideas.

«¿A quién pretendes engañar?», se dijo. Iba a necesitar mucho

más que unas cuantas horas. Encontrarse cara a cara con una niña que era inconfundiblemente suya, era la experiencia más fuerte que había tenido en su vida, y eso no era algo que pensara habitualmente un hombre que había estado sentado delante del médico y que había escuchado que tenía un cincuenta por ciento de posibilidades de sobrevivir.

–Hay un parque en la parte de atrás del hotel donde suelo ir a pasear con... –Izzy se interrumpió, inclinando la cabeza con una mueca de dolor al tiempo que intentaba que su tenaz hija le soltara el cabello–. No, Lily, me estás haciendo daño.

La niña ignoró la súplica de su madre porque estaba demasiado fascinada con el sedoso y brillante cabello de su madre; una fascinación que Roman podía comprender perfectamente porque la había sufrido durante la noche que habían pasado juntos. Podía recordar su caricia sobre su pecho y su vientre mientras ella se deslizaba sinuosamente sobre su cuerpo. Tomó aire y apartó aquel recuerdo, pero no antes de que tuviera una violenta erección.

–Permíteme.... –dijo con voz ronca.

–¡No! –Izzy echó la cabeza hacia atrás y sus ojos se llenaron de lágrimas por la fuerza con la que Lily tiró del mechón que asía entre los dedos.

Roman dejó caer las manos con un gesto de forzada resignación.

–Cualquiera diría que me tienes miedo.

Izzy lo miró con expresión airada.

–No te tengo miedo –la verdad es que tenía más miedo de sí misma.

Era una locura. No era como si con tocarla pudiera convertirla en una criatura salvaje y temeraria, sin brújula moral. De hecho, ya la había besado, pero no había pasado nada por el estilo. «Bravo, Izzy», oyó que le decía una sarcástica voz interior.

–Solo quiero saber una cosa –preguntó Roman antes de que tuviera tiempo de reprimirse. Después de todo, un hombre tenía derecho a saber la verdad–. ¿Lo hiciste a propósito?

Ella lo miró desconcertada.

–¿El qué?

–Quedarte embarazada.

Esa posibilidad no se le había ocurrido hasta la comida, mientras compartía mesa con su viejo amigo Gianni Fitzgerald y su

encantadora esposa.

Roman había hecho un esfuerzo sobrehumano para comunicarse con la levemente embriagada mujer que estaba sentada frente a él. Hasta que esta había mencionado a la hija mayor de Michael Fitzgerald, logrando despertar su curiosidad.

–Michael era muy joven y la mujer en cuestión odiaba a los hombres. Nunca le dijo que quería un bebé... Lo planeó fríamente –la mujer, que había hablado cubriéndose los labios con la mano, hizo una pausa dramática antes de continuar–: Pero la que me da lástima es Michelle. Una cosa es que finja que no le importa, y otra que tenga que aguantar que haya venido a vivir aquí. Y ahora vuelve a haber un hijo sin padre... ¿Será una tradición familiar?

Gianni había intervenido en ese momento, reconduciendo la conversación iniciada por la indiscreta invitada, pero la semilla de la sospecha había quedado plantada en la mente de Roman.

Izzy palideció al comprender lo que insinuaba. Se encogió de hombros, reprimiendo la ira que la embargaba, y miró hacia atrás para asegurarse de que nadie los oía.

–No, Roman, no planeé quedarme embarazada. Y, si hubiera estado buscando al perfecto espécimen masculino, no habría elegido a alguien que se creyera el centro del universo, arrogante, mandón...

–Te olvidas de «cojo» –dijo él, interrumpiendo su diatriba.

Izzy alzó las manos en un gesto de desesperación.

–Tu cojera me tiene sin cuidado –dijo. A ella y a todas las mujeres a las que había visto mirarlo con admiración a lo largo del día–. Pero no cargaría a mi hija con un padre tan estúpido como tú. Siempre pensé que cuando tuviera un hijo sería con alguien que...

Respiró profundamente y, consciente de que su intercambio empezaba a despertar curiosidad a su alrededor, bajó la voz y añadió:

–No planeé nada. Estaba... –bajó la mirada–. No suelo...

–¿Acostarte con desconocidos?

Izzy se ruborizó hasta la raíz del cabello.

–No creo que puedas permitirte darme lecciones de moral, ¿o es que para los hombres es diferente? –preguntó con sarcasmo.

El rostro de Roman se ensombreció.

–No es una cuestión de moralidad.

Ella enarcó una ceja.

–Eso espero, porque desde mi punto de vista, tu personaje en esta historia no es precisamente el de caballero andante.

Roman la observó alejarse con la niña en brazos, erguida y orgullosa. Tenía razón. Tampoco él podía tirar la primera piedra; su comportamiento no tenía justificación. Aunque hubiera estado convencido de que no era posible dejar embarazada a nadie, mantener relaciones sin protección lo convertía en un irresponsable idiota. De hecho, lo convertía en el tipo de hombre que siempre había despreciado, alguien tan egoísta que no era capaz de pensar en nada más allá de su propio placer.

Capítulo 5

Para mantener la cordura, Izzy se concentró en pasar una noche tranquila en casa con Lily. Ya tendría suficientes preocupaciones al encontrarse con Roman al día siguiente.

Esas eran sus intenciones, pero como todo plan, se torció.

Lo primero, fue abrir la puerta de su casa y encontrarse en ella a Michelle y a su padre.

–Tenía que decírselo –dijo Michelle.

–Lo comprendo –dijo ella, dando un profundo suspiro.

Había pasado la medianoche cuando se fueron, y aunque la discusión había sido acalorada, al menos había logrado contener a su padre, que tenía la intención de enfrentarse a Roman Petrelli.

A Izzy le emocionó que quisiera protegerla, pero estaba acostumbrada a librar sus propias batallas.

Aun así, había sentido un enorme agradecimiento cuando su padre la había ayudado al nacer Lily. Había sido él quien sugirió que se instalara en Cumbria, en su casa. A pesar de habérselo agradecido, a Izzy le había dado miedo imponerse a la familia junto con su bebé, y había sido Michelle quien había propuesto la solución de que se mudara a una casa en las afueras del pueblo, a pocos kilómetros de la casa familiar donde sus hermanastros habían pasado su infancia.

A veces era inevitable que comparara su vida con la de ellos. Su madre le había enseñado a ser independiente y a valerse por sí misma, pero no le había proporcionado las manifestaciones físicas de afecto que se daban en una familia bien avenida.

Por eso, a pesar de haber sido aceptada plenamente, Izzy seguía sintiéndose a veces fuera del círculo, no tanto porque la excluyeran, sino porque necesitaba mantener cierta distancia.

Viviendo por su cuenta, estaba lo bastante cerca como para contar con el apoyo familiar y al mismo tiempo preservar el espacio que necesitaba.

Una vez se marcharon su padre y Michelle, se fue a la cama,

pero pasó la noche desvelada pensando en el encuentro con Roman Petrelli.

Lily parecía haberse contagiado de su inquietud, y raramente en ella, se despertó malhumorada. Había tardado más que nunca en desayunar y había protestado mientras la vestía. Para cuando estuvieron listas, Izzy estaba agotada y, al mirarse en el espejo del vestíbulo, vio que tenía un aspecto horroroso y unas profundas ojeras. Estuvo tentada de maquillarse, pero descartó la idea. Después de todo, no pretendía impresionar a Roman.

Un enérgico paseo empujando la sillita cuesta arriba le coloreó las mejillas para cuando llegó al hotel. En cuanto llegó al patio, una figura emergió del lateral.

–Siento llegar tarde –dijo ella, diciéndose que el temblor de la voz era producto del ejercicio y no de que la belleza de Roman la dejara sin aliento.

–No pasa nada –Roman miró a la niña, que se había quedado dormida, e intentó analizar la emoción que le oprimía el pecho–. ¿Quieres un café?

–Preferiría dar un paseo. Si paro, puede que Lily se despierte y estará de mal humor.

Caminaron un rato en silencio durante el que la inquietud de Izzy se multiplicó. Cuando llegaron al sendero que rodeaba el lago, no pudo contenerse más.

–¿Nos sentamos?

–Muy bien –dijo él, y la acompañó a un banco posando la mano en la parte baja de la espalda.

Izzy se sentó y reprimió el impulso de deslizarse hacia el extremo opuesto cuando Roman se sentó a su lado. Tenía la apabullante presencia y el carisma sexual de los hombres que solo había encontrado en las novelas románticas.

Roman sacó una bolsa del bolsillo de su gabardina y vació el contenido en el suelo ante la asombrada mirada de Izzy.

–He traído comida para los patos –explicó–. Pensé que a Lily le gustaría.

–Has sido muy considerado –dijo ella–, pero casi es mejor que duerma –añadió, elevando la voz por encima de los graznidos de los patos que los rodearon al instante.

–Tengo que volver a las doce. Emma va a recoger a Lily. Regresa

mañana a la universidad y quiere pasar un rato con ella –su hermanastra era una tía muy entregada.

–Yo también –dijo Roman en tensión–. Pero tienes que entender que es mi hija –añadió, pasándose la mano por la cabeza con gesto desesperado.

–Comprendo que estés noqueado por la noticia –dijo ella.

Roman dejó caer la mano.

–¿Noqueado? –Roman sonrió con amargura–. No te lo puedes ni imaginar –añadió, alargando las piernas y soltándose un botón de la gabardina, que dejó a la vista un jersey negro de cachemira.

–Yo creí que Lily era una indisposición hasta el sexto mes –el intento de Izzy de introducir un tono de broma fue recibido con una mirada de incredulidad.

–¿De verdad?

–Claro que no –Izzy lo había sabido incluso antes de hacerse la prueba de embarazo.

Él la miró.

–Nunca pensé que tendría un hijo.

Todavía no llegaba a asimilar la idea.

A Izzy no le tomó por sorpresa que la paternidad no estuviera entre sus planes.

–No a todo el mundo le gustan los niños –comentó, relajándose parcialmente.

Con un poco de suerte, lo que Roman quería decirle era que no pensaba ser un padre activo.

–Puedo mandarte un informe anual contándote cómo evoluciona Lily –al ver que Roman la miraba desconcertado, se encogió de hombros y dijo–: O no –y desvió la mirada porque los ojos de Roman, con sus reflejos plateados, la mareaban.

Quizá solo quería marcharse y no saber nada más de su hija.

–Estaría bien saber si hay alguna dolencia médica en tu familia... –esa era la razón por la que su madre había terminado dándole los detalles de su padre biológico, por si se encontraba en una situación en la que necesitara tener ese tipo de información.

Roman frunció el ceño y la miró como si dijera tonterías.

–No he dicho que no me gusten los niños. De hecho, no conozco a ninguno.

Al contrario que la numerosa familia Fitzgerald, él era hijo único

y no había tenido primos con los que jugar. Sus padres, que se adoraban, nunca habían pensado en tener hijos, así que lo habían considerado un intruso, y en cuanto pudieron lo mandaron a un internado.

–¿No tienes hermanos ni hermanas? –preguntó Izzy. Al ver que sacudía la cabeza, añadió–: Yo tampoco, pero supongo que a estas alturas ya lo sabes.

Roman pasó por alto el último comentario y siguió con lo que estaba diciendo:

–Lo que pasa es que me habían dicho que no podía tener hijos.

Pero lo imposible había sucedido. Se había producido el milagro. ¿De verdad Izzy pensaba que le bastaría saber de su hija una vez al año?

Izzy lo miró atónita. Puesto que sabía que Roman no era impotente, solo cabía la posibilidad de que...

–Hace tres años me dieron quimioterapia –explicó él como si hubiera pensado a posteriori que debía dar una explicación

Izzy lo miró a los ojos.

–¿Estás enfermo? –mirándolo angustiada, preguntó–: ¿No te estás muriendo, verdad?

Él se encogió de hombros.

–Todos nos estamos muriendo, *cara.*

Izzy, que sentía que las piernas le temblaban, lo miró con desaprobación por bromear con un tema tan serio.

–Sabes a lo que me refiero.

Roman asintió.

–He recibido el alta, pero la cirugía... Tú misma viste las cicatrices.

Vio que Izzy cerraba los ojos antes de volver a abrirlos.

–Podrías habérmelo dicho desde el principio en vez de...

–Lo siento.

Dos años atrás, el cáncer estaba en remisión y los médicos se habían mostrado moderadamente optimistas, pero le habían advertido de que, si se reproducía en los dos años siguientes, habría que amputarle la pierna.

Ese recuerdo hizo que se llevara la mano mecánicamente a la pierna. El trozo de metal que había reemplazado la sección enferma le molestaba ocasionalmente y le impedía hacer ejercicio extremo,

pero era mucho mejor que la alternativa.

Izzy dejó escapar el aliento que no se había dado cuenta que estaba conteniendo.

–Eras muy joven para...

–¿Tener cáncer? Sí, veintiocho.

–Pero seguro que habrán... ¿No han congelado tu...?

–¿Quieres saber si mis futuros hijos quedaron congelados en un tubo de ensayo? –cuando Izzy asintió, Roman continuó–: Sí, pero hubo un problema técnico y los descongelaron prematuramente.

Izzy abrió los ojos desmesuradamente.

–¡Eso es terrible! ¿Por eso te dejó...?

–¿La hermosa Lauren? No, a ella la idea de no tener hijos no le causaba ningún problema. Desafortunadamente cometí el error de comentarle que, si el cáncer se reproducía, tendrían que cortarme la pierna. La pobre Lauren no podía soportar la idea de quedarse con un tullido.

Izzy despreció de inmediato a aquella mujer aun sin conocerla.

–¡Debía de ser una completa idiota! –exclamó, a la vez que se preguntaba si, bajo la cínica indiferencia de Roman al hablar de ella, no quedaría una llama de amor. Todo era posible: los hombres perdían el juicio con las mujeres hermosas. Vio que Roman la miraba con curiosidad y añadió precipitadamente–: Creía que la técnica era infalible.

–Yo también –dijo él–. Pero siempre se puede dar un error humano.

La comprensión que se reflejó en la mirada de Izzy fue genuina, pero se convirtió en desánimo en cuanto Roman añadió:

–Lily puede ser mi única oportunidad de ser padre, y pienso formar parte activa de su vida.

Izzy se revolvió, incómoda.

–Lo comprendo, pero... supongo que tendrás una familia propia.

–Claro...

–Y nosotras no... –Izzy tomó aire, optando por dejar de esquivar el tema–: ¿Qué quieres decir con «parte activa»?

Roman la miró de una forma que dejaba claro la literalidad de sus palabras.

–Que quiero implicarme plenamente y en todos los sentidos –dijo con determinación. Era consciente de que no sabía nada de la

paternidad, pero tendría que aprender–: Espero que me ayudes. Ya me he perdido los primeros meses de su vida –concluyó, intentando ahuyentar el resentimiento que lo invadía y diciéndose que lo importante era el futuro.

–Y me echas la culpa de ello.

–Estoy tratando de evitarlo –dijo Roman. Pero la actitud de Izzy se lo estaba poniendo muy difícil.

Ella alzó la barbilla en respuesta a la acusación. Estaba dispuesta a asumir su parte de responsabilidad por haber mantenido relaciones con un desconocido y quedarse embarazada, y no se sentía orgullosa de ello, pero no lo había hecho ella sola.

–Comprendo que te resulte difícil compartir a Lily... –empezó Roman. Izzy abrió los ojos desmesuradamente y se inclinó para subir la mantita que tapaba a la niña para protegerla del frío viento–. Por cierto, ¿por qué se llama Lily? –preguntó Roman.

–¿Por qué? ¿No te gusta?

La sonrisa que curvaba los labios de Roman se borró. Mirándola fijamente, dijo:

–¿Tienes que estar todo el tiempo a la defensiva? Si quieres pelear, para mí sería muy fácil –concluyó, visiblemente exasperado.

–No, claro que no.

–De hecho, el nombre me gusta... –aunque no hubiera participado en la decisión, le dijo una vocecita rencorosa que Roman acalló.

–Roman, te lo habría contado si hubiera sabido cómo dar contigo –Izzy rio para ocultar la vergüenza que sentía cada vez que se recordaba a sí misma aquella noche–. Ni siquiera sabía cómo te llamabas.

–Podrías haberlo averiguado antes de desaparecer.

–Cuando me desperté, no estabas –Izzy cerró los ojos, reviviendo el bochorno y el desprecio hacia sí misma que había sentido al despertar y ver que su amante se había ido sin esperar a que despertara.

Esa había sido la cruda realidad a la que había abierto los ojos, después de dormirse en brazos de un hombre con el que había creído que aquella podría ser la primera noche de una relación más duradera.

Dos años después, había confirmado que para él solo había sido

sexo.

–Solo había bajado a…

–No importa, Roman. Ha pasado mucho tiempo.

–¿Y has tenido tantas relaciones que puede que me confundas con otro?

–No fue una relación, sino una noche –dijo ella con calma.

–No pienso discutir por cuestiones semánticas.

–No es semántica. Quiero que las cosas queden claras. Yo no soy tu familia.

–Eres la madre de mi hija. Eso te convierte en mi familia.

Izzy apretó los dientes y se retiró un mechón de cabello detrás de la oreja. Luego suspiró y dijo:

–Puedes visitar a Lily siempre que quieras.

–No es bastante –Roman clavó sus oscuros ojos en ella antes de dejar caer una bomba que Izzy creyó haber malinterpretado–: Quiero verla crecer, ayudarla con los deberes… Quiero vivir con ella, apoyarla…

–Ya la apoyo yo. Lo he hecho los últimos catorce meses.

–¿Cómo?

Su escepticismo sacó a Izzy de sus casillas.

–¿Qué quieres, un informe? ¿Mi currículum?

–¿Trabajas? ¿Eres escritora, como tu madre?

–No.

Roman frunció el ceño.

–¿He tocado un punto sensible?

–¡No! –gritó Izzy. Roman la miró con ironía y ella se mordió el labio–. Estudié Interiorismo y conseguí trabajo en Urquarts.

–Debes de ser muy buena. ¿Fue muy duro dejarlo?

–¿Cómo sabes que lo dejé?

–Porque estás viviendo en Cumbria. Y no es una distancia que se pueda recorrer a diario.

–Pero he hecho un par de encargos para ellos como autónoma. Es cuestión de organizarse –y de ser capaz de hacer malabarismos con las horas, pero eso no iba a admitirlo.

–Supongo que es una buena idea que mantengas el contacto. De otra manera, te resultaría imposible retomar tu carrera profesional. Pero supongo que eso ya lo sabes.

–Es posible tener una carrera y ser madre.

–Claro que sí.

Izzy entornó los ojos.

–¿Estás siendo paternalista? –preguntó en tono desafiante.

Roman frunció el ceño, desconcertado.

–En absoluto. Estoy expresando mi admiración. Si conseguiste trabajo con Urquarts, debes de ser muy buena y ambiciosa ...

Izzy lo miró, inexpresiva. No estaba dispuesta a dar munición al enemigo.

–En mi opinión –siguió él–, es bueno que una mujer tenga ambas características, pero estoy seguro de que es mucho más fácil encontrar el equilibrio entre la vida profesional y la familiar si se cuenta con apoyo... Viviendo acompañada.

Izzy lo miró, muda. ¿Acaso no la había escuchado? Sacudió la cabeza y se puso en pie.

–Eso no va a ser posible. Lily vive conmigo, me necesita y yo a ella. No, no y no.

Roman pensó que parecía una tigresa protegiendo sus crías.

–Tranquilízate; no tengo la menor intención de quitarte a Lily. Pero tiene que haber alguna manera de arreglarlo.

Izzy se cruzó de brazos.

–¿Por ejemplo?

–Si los dos queremos vivir con Lily, la solución lógica sería que viviéramos juntos. Otra opción que no deberíamos descartar, por supuesto, es casarnos.

Izzy lo miró convencida de que se había vuelto loco.

–Supongo que bromeas, ¿no?

–Nunca había hablado más en serio.

Izzy agarró el manillar de la silla.

–Aléjate de mí y de Lily.

–Estás reaccionando emocionalmente.

–Desde luego –Izzy dio la vuelta a la sillita a la vez que Roman se ponía en pie.

–Escucha, deja que me explique. No puedes negarme que un niño necesita un padre y una madre.

–A no ser que uno de ellos sea un lunático.

–Cuando he hablado de matrimonio me refería a un contrato formal, no a uno romántico.

–Claro, ¿a quién se le ocurriría la estúpida idea de que

«matrimonio» y «amor» deben ir juntos?

–Yo estoy pensando en el bien de Lily. ¿En qué estás pensando tú? –gritó Roman mientras Izzy ya se alejaba. Sin volverse, ella le hizo un gesto con la mano–. ¡Regresaré! –gritó él.

Entonces ella sí se volvió y gritó a su vez:

–¡Eso lo he oído antes, y el hombre que lo dijo resultaba mucho más convincente!

Capítulo 6

La única persona a la que Izzy le contó lo ocurrido fue a Michelle, mientras desayunaban juntas a la mañana siguiente. Rio y lo trató como si fuera una broma, pero lo cierto era que estaba terriblemente ansiosa. ¿Y si Roman intentaba quitarle a Lily?

Pero Michelle reaccionó de una manera inesperada, defendiendo en lugar de censurando a Roman.

–Al menos está intentado asumir su responsabilidad, al contrario de lo que harían muchos otros hombres. ¿De verdad que te propuso matrimonio? Si lo piensas, es bastante romántico...

–No fue una proposición formal –dijo Izzy–. Y te aseguro que no tuvo nada de romántica.

–¿Se ha puesto en contacto contigo desde ayer?

–No, y se ha ido del Fox –Izzy confiaba en no volver a tener noticias de Roman Petrelli... ¿O sí?

Unas horas más tarde, mientras volvía a casa de su enérgico paseo diario, le sonó el teléfono. Jadeando, lo sacó del bolsillo. El sosiego que buscaba la eludía. La amenaza de Roman de que regresaría se repetía en su mente como un mantra.

Solo le importaba lo que él quería, y el día anterior, había decidido que quería ser padre. Pero ¿cuánto duraría ese impulso? ¿Cómo reaccionaría cuando se pasara la novedad?

–Sí –contestó.

–¿Izzy? –era Layla, la dueña de la agencia de decoración para la que había trabajado desde que acabó sus estudios.

–Sí, soy yo. Perdona... –dijo Izzy, consciente de la brusquedad con la que había contestado.

Layla fue al grano, como siempre.

–Tengo un trabajo para ti. Es perfecto, está en medio del campo y...

–Muchísimas gracias por pensar en mí, Layla, pero hasta que Lily vaya al colegio me va a resultar muy difícil. El encargo de Kenswick el mes pasado estuvo muy bien, pero cualquier otra cosa

más exigente…

–No he sido yo quien ha pensado en ti, cariño, sino el cliente.

–¿Cómo es posible?

–Por lo visto vio la casa que decoraste en Dublín antes de que naciera Lily y está muy impresionado.

Izzy sintió una punzada de orgullo. También ella estaba satisfecha con el resultado.

–¿Es un irlandés?

–No tengo ni idea, querida.

Izzy frunció el ceño y dejó de mordisquearse la uña que instintivamente se había llevado a la boca.

–¿Quieres decir que no lo conoces en persona?

–No, pero da lo mismo que sea un aristócrata o un jeque árabe porque no va a estar presente. La cuestión es que tiene mucho dinero y que puedes gastar lo que quieras.

–Tiene que haber alguna condición.

–No. Está dispuesto a ponerse en tus manos. La única condición es que prepares una casa para una familia. Quiere vivir allí con su esposa.

–Suena demasiado bueno para creerlo –dijo Izzy, consciente de que casi prefería que surgiera algún inconveniente que le permitiera rechazarlo.

Aunque había tomado la decisión de hacer un paréntesis en su carrera profesional, no podía evitar sentirse culpable. Su madre había trabajado hasta que ella había nacido, y había vuelto a trabajar a las dos semanas de dar a luz. Siempre la había animado a ser ambiciosa y había instigado en ella la necesidad de ser autónoma y de tener una carrera, y le habría parecido espantoso que la abandonara para cuidar de su bebé.

La ironía era que, precisamente gracias a su madre y a los cheques que seguía recibiendo de derechos de autor, Izzy era económicamente independiente y había podido tomar esa decisión.

–Un encargo como este puede hacer que tu carrera despegue, Izzy.

–Lo sé –y dos años antes ni siquiera se lo habría cuestionado–. Y agradezco la oferta, pero no es el momento oportuno.

–¿Te preocupa dejar a Lily? No es necesario. Parte del proyecto incluye que la casa sea cómoda para tener niños. Podrías usar a Lily

de conejillo de Indias.

–¿De verdad? –la mente de Izzy se disparó. Aquello ponía la situación en una perspectiva muy diferente.

–Te dejaría pensártelo, pero...

–Ya sabía que tenía que haber algún problema.

–Quieren que empieces de inmediato. De hecho, mañana mismo.

Izzy sacudió al cabeza. Organizar a Lily para ir al supermercado solía llevarle una hora.

–Eso es impo... –calló a media frase. ¿A qué estaba jugando? ¡Era la oportunidad perfecta y en el mejor momento posible!–. ¿Mañana?

–¡Lo aceptas! –dijo Layla, evidentemente aliviada.

–¿Dónde es?

–No necesitas la dirección –contestó Layla–. Un coche te recogerá en la estación. Dime qué tren tomas y pasaré los detalles al dueño. Y no olvides conservar los recibos. El cliente pagará todos los gastos. No podría ser más sencillo.

Sencillo.

Era evidente que Layla no tenía hijos y que no comprendía la complicación que representaban.

Izzy estaba agotada, sudorosa y tenía los pantalones pegajosos por el zumo que Lily le había tirado encima. Por otro lado, la mancha distraía la mirada, de forma que con un poco de suerte, no se notarían tanto sus pantalones de lino arrugados. Quizá no había sido la mejor opción, pero había querido causar una buena impresión y aquellos eran sus mejores pantalones. Solo le quedaba cruzar los dedos y confiar en que su cliente no juzgara por las apariencias.

Salió de la estación empujando la sillita y cargada con el equipaje. Un hombre uniformado bajó de un enorme coche y le abrió la puerta.

–¿Señorita Fitzgerald?

Izzy arqueó las cejas, sorprendida por el fuerte acento italiano.

–Sí, soy yo. ¿Cómo lo sabe?

–El jefe la ha descrito.

Izzy supuso que le habría dicho que se trataba de una mujer con

una niña.

El chófer le quitó el equipaje de la mano, tomó la silla de Lily y la instaló en el coche con destreza.

–Es usted un experto, señor...

–Gennaro. Tengo muchos nietos –dijo a modo de explicación.

–Encantada, Gennaro. Y muchas gracias.

Él le dedicó lo más parecido a una sonrisa al tiempo que cargaba las maletas en el maletero. Tenía un rostro que parecía tallado en granito.

–¿Vamos lejos? –preguntó Izzy cuando se sentó en el asiento trasero.

Gennaro, que se había puesto gafas de sol, la miró por el retrovisor

–No –se limitó a decir.

Izzy decidió acomodarse y disfrutar del viaje en lugar de presionarle para obtener más información. En cualquier caso, no parecía un hombre al que le gustara charlar.

El paisaje, una vez salieron de la ciudad, era precioso, y por primera vez Izzy empezó a tener pensamientos que llevaba días censurando.

¿Cumpliría Roman su amenaza? ¿Cómo reaccionaría cuando descubriera que se había ido? Izzy frunció el ceño y se mordió el labio intentando recuperar la seguridad en sí misma con la que había empezado su viaje. «Relájate», se dijo. «Tu problema es que analizas las cosas demasiado y tiendes a reaccionar con demasiada vehemencia». Después de todo, había aceptado un trabajo, no había cambiado de vida.

También era cierto que se habría sentido mejor si su padre y Michelle no hubieran cuestionado lo acertado de su decisión ni hubieran tenido que acceder a regañadientes a ocultar a Roman cualquier información si los contactaba. En retrospectiva se daba cuenta de que los había puesto en una situación incómoda, implicándolos en un problema que era exclusivamente de ella. Como habría dicho su madre: «Es tu basura, Izzy, y te toca a ti limpiarla». Y tenía razón.

Izzy exhaló prolongadamente. Cuando llamara a la granja para decirles dónde estaba, tal y como había prometido, les diría que no era necesario que mintieran por ella. Se acomodó en el respaldo y

sintió que la tensión que tenía entre los omóplatos se relajaba parcialmente. Se sentía mucho más a gusto con aquella decisión. Ella misma contactaría a Roman y le explicaría la situación. Sabía que se arriesgaba a que acudiera a repetir sus amenazas, pero debía correr el riesgo. Roman tenía derecho a saber dónde estaba su hija.

No era propio de ella huir de sus problemas. Le hacía sentir... frágil; pero la oferta del trabajo había sido demasiado tentadora como para rechazarla.

De hecho, el trabajo seguía siendo perfecto, y podía servir para que Roman adquiriera cierta perspectiva. Era una gran oportunidad para demostrarle que podía mantener una carrera profesional y ser una buena madre, que no eran mutuamente excluyentes. Tenía que dejar claro desde el primer momento que no era una marioneta en sus manos.

Pasó el siguiente cuarto de hora editando mentalmente la conversación que tendría con él. Para cuando el coche dejó la autovía y tomó un camino adoquinado, estaba segura de poder explicar su posición con calma y aplomo. Y sin cometer el error de disculparse.

Roman era el tipo de hombre para el que pedir disculpas equivalía a ser débil. Ella tenía todo el derecho de aceptar un trabajo sin pedirle permiso.

Alcanzaron un alto en el recorrido y se inclinó hacia adelante para mirar por el parabrisas, convencida de que la casa quedaría a la vista. Pero el paisaje se abrió a ambos lados y descubrió una pradera en la que pastaban ovejas y ganado.

–¿Hemos llegado?

–Tras el próximo recodo verá la casa.

Izzy se irguió, agarrándose a la manija de la puerta para contrarrestar el traqueteo del vehículo mientras cruzaba un puente de madera.

–¿Todo este terreno es parte de la propiedad? ¡Es increíble!

–Sí –dijo Gennaro, impasible–. Es una ruina.

Izzy no pudo adivinar si bromeaba o no, pero cuando la casa entró en su campo de visión descubrió que se trataba de una magnífica mansión de piedra dorada.

–¡Es preciosa! –exclamó.

Ni siquiera esa palabra le hacía justicia. Era espectacular.

Gennaro detuvo el vehículo sobre la gravilla que cubría la parte delantera de la casa.

–El jefe ha dicho…

–¿Dónde está…? –Gennaro abrió la puerta de Izzy y esta alzó la voz–: ¿Cuándo voy a conocerlos a él y a su esposa?

–El jefe no está casado.

Izzy frunció el ceño mientras el chófer le tendía la mano.

–Yo pensaba que…

–Está a punto de encontrarse con él –Gennaro le indicó con la cabeza un punto a su espalda como respuesta a la mirada interrogadora de Izzy–. Aquí está. No se preocupe por la niña. Yo la saco.

Izzy se volvió a tiempo de ver una figura atlética saltar por encima de la valla que impedía que el ganado entrara en el jardín.

–¡Dios mío! –exclamó. Y durante varios segundos creyó que se ahogaba.

Roman, indiferente a que pareciera a punto del desmayo, se dirigió a Gennaro.

–¿Algún problema?

–No, señor. El tren ha llegado puntual –Gennaro soltó el cinturón y sacó a Lily.

–Yo me ocupo –dijo Roman, tomando la silla mientras Izzy, todavía paralizada, no reaccionaba.

–Suba las maletas. Y, por favor, dígale a la señora Saunders que lleve café a la biblioteca y unos sándwiches. Después pueden retirarse ambos.

Gennaro le dio las gracias y dijo algo en italiano que hizo reír a Roman.

Pero Izzy no se rio y apenas pudo contestar a la despedida de Gennaro, que se fue con una maleta en cada mano.

–¿Qué tal el viaje, Isabel?

Roman hablaba como si fuera una cita acordada. Y para él lo era. Sin embargo, en el caso de Izzy, no era más que una trampa en la que había caído y que él tan inteligentemente había tejido después de la conversación sobre su futuro profesional.

¿Cómo era posible que no lo hubiera adivinado? ¿Cómo no había intuido que había algo raro en una oferta tan atractiva? Quizá porque no concebía que alguien pensara en algo tan retorcido.

Habría querido reír o tirarle algo a la cabeza, o ambas cosas a la vez. En lugar de eso, permaneció inmóvil, como un ratón atrapado por los faros de un coche. Solo le quedaba rogar que se tratara de una pesadilla de la que despertaría en cualquier momento.

–¿Qué te parece? –preguntó él, abarcando con el brazo la casa y el terreno.

Izzy se estremeció al oír su voz. Hasta el diccionario sonaría sexy leído por él.

–Es tu casa.

–Sabía que llegarías a esa conclusión, *cara* –Roman observó las dos marcas que colorearon las mejillas de Izzy–. ¿Qué opinas... profesionalmente hablando? ¿Tiene posibilidades?

–¿Profesionalmente? –repitió ella, mientras tenía pensamientos más propios de un asesino que de un decorador. ¿Hasta cuándo iba a fingir Roman que aquello era algo más que un engaño?

–Ya sé que es una cuestión subjetiva, pero ¿te gusta? ¿Te ves...?

–¡Me veo empujándote por un precipicio!

Suspiró profundamente y la mirada de Roman se desvió hacia sus senos. El cuerpo de una mujer cambiaba con un embarazo, y aunque Izzy había recuperado su figura, sus senos eran más grandes de lo que recordaba. Sus ojos se oscurecieron al recordar la perfección con la que cabían en sus manos. Tomó aire al imaginar la nueva versión, desbordándolas, y sintió al instante que su sexo se endurecía.

Sus labios de trazo preciso se curvaron en una sonrisa dirigida a sí mismo. No sabía qué pasaba con aquella mujer que le hacía perder el férreo control que habitualmente ejercía sobre sí mismo. No se trataba de que fuera pura sexualidad. Tenía un gran cuerpo, pero no lo exhibía. De hecho, en aquel momento, llevaba una camisa abotonada hasta el cuello, unos pantalones holgados y ni una gota de maquillaje. Era algo más sutil e intangible que, como el humo, escapaba a cualquier intento de ser capturado.

Escrutó su rostro preguntándose qué la diferenciaba de todas las demás mujeres. ¿Cuántas veces durante la boda había oído que se referían a ella como una mujer serena? No era así como él la recordaba la noche que habían pasado juntos. La imagen que tenía era de ella sentada a horcajadas sobre él, meciendo sus caderas y apretándole los costados con los muslos, con la cabeza echada hacia

atrás y cubierta por un sudor que hacía que su piel pareciera nácar.

Tampoco en aquel instante parecía serena, sino más bien una madre exhausta que acabara de recibir una mala noticia. Una hermosa pero agotada madre.

Y aunque por un instante se sintió culpable de ser la causa de las ojeras que rodeaban sus ojos, apartó ese pensamiento. Estaban en una situación que requería ser resuelta; se había perdido los primeros meses de la vida de su hija y no pensaba perderse más mientras llegaban a un acuerdo.

–Lo siento. No hay ningún precipicio, pero siempre puedes improvisar.

Izzy sintió que súbitamente se quedaba sin energía hasta para mantener su ira.

–Está bien. Has conseguido que venga. Lo que no comprendo es que te hayas tomado tanto trabajo. ¿De verdad pensabas que me quedaría? Pienso volver ahora mismo a casa con Lily, pero no te preocupes: te enviaré los gastos del viaje.

Aun en medio de su enfado, Izzy percibió la sombra que oscurecía su mentón, la inquietud que exudaba su masculina figura, lo sexy que estaba con unos vaqueros gastados que le ceñían las caderas.

–¿Por qué no echas una ojeada ya que estás aquí? Puede que te guste –dijo él con calma. Ante la mirada airada de Izzy, que había creído intuir una indirecta respecto a él mismo en aquellas palabras, añadió–: Imagínatela como si fuera tu casa.

Roman nunca había tenido una casa a la que llamar «hogar». A lo largo de los años había poseído distintas propiedades porque le gustaba tener espacio y privacidad y los hoteles no se lo proporcionaban. El único hogar que había conocido había sido la casa de sus padres, pero solo tenía un vago recuerdo de él. Pasaban las vacaciones en distintas partes del mundo a donde lo llevaban para acabar dejándolo en el hotel. Con los años, había pasado los veranos con amigos o con una distante tía de su padre, en la Toscana.

–Creía que vivías en Italia.

–Y así es. Pero necesito tener una base en Inglaterra y siempre he pensado que un niño no debe criarse en la ciudad.

Izzy pasó por alto el comentario. Necesitaba la poca energía que

le quedaba para no desplomarse.

–Así que viniste ayer y compraste esta casa.

–Por supuesto que no. Lo compré hace... –Roman pareció calcular–, ¿dos o tres años?

–¿Me lo preguntas a mí? –preguntó Izzy, perpleja.

¿Cómo podía alguien poseer una casa como aquella sin saber cuándo la compró?

–¿Qué mas da? Lo importante es que es sólida y que está en mejor estado de lo que pensaba.

–Lo dices como si no la hubieras visto hasta ahora.

–Porque es así.

–¿Compraste una casa sin verla? –Izzy no daba crédito.

–Es a lo que me dedico. Fue una inversión. Me la vendieron a muy buen precio.

Izzy pensó con sarcasmo que era una manera suave de decir que se aprovechaba de la desgracia ajena.

–¿Por qué? –preguntó.

–Porque los dueños...

–Me refiero a por qué estoy aquí –dijo Izzy con firmeza. Aunque no pensaba quedarse mucho más tiempo.

Miró a su hija, que seguía durmiendo, y sintió la ternura y el amor que siempre la embargaba al contemplarla, tan intenso que a veces sentía que se mareaba. Aunque en aquella ocasión no supo si el estado mental que sentía se debía a que no había conseguido comer nada desde el día anterior. Se llevó una mano a la cabeza.

–¿Te encuentras bien?

Izzy interpretó el tono de preocupación como una crítica y alzó la barbilla en respuesta. Era una grosería que le dijera que tenía un aspecto espantoso. Encima él estaba espectacular, aunque probablemente era simplemente imposible que su apariencia estuviera jamás por debajo de perfecta.

Una presión en sus entrañas que se negó a admitir se enredó por su cuerpo como una enredadera de resentimiento a medida que su mirada lo recorría desde los pies a la cabeza... Cuando llegó a la parte central, sintió un cosquilleo en los dedos. Para cuando alcanzó el rostro, el cosquilleo se había extendido por muchas otras partes de su cuerpo, estaba sonrojada y tenía la respiración alterada. Alto, fuerte y físicamente en forma, era el hombre más masculino que

había conocido en toda en su vida.

Siempre había sido escéptica respecto a la idea de que subconscientemente toda mujer eligiera un macho alfa, pero tenía que admitir que, de haber estado buscando el padre genéticamente perfecto para quedarse embarazada, Roman habría sido el elegido. Pero ella solo había pretendido encontrar al que lograra hacerle olvidar. Y lo había encontrado… Sus ojos azules refulgieron acompañando sus pensamientos.

Roman había logrado que olvidara su nombre. Había obtenido placer con su cuerpo, le había despertado a una sensualidad que desconocía que poseyera. Los recuerdos del presente y del pasado colisionaron y, por un instante, Izzy contempló a Roman, pero en lugar de oír lo que le decía, escuchaba el gemido grave y prolongado que había arrancado de su garganta cuando ella había cerrado la mano en torno a su sedoso y palpitante sexo…

Capítulo 7

Te he preguntado si estás bien.

Izzy parpadeó. Lo que sentía no tenía nada que ver con el agotamiento y mucho con la lujuria. Apartó la mirada de Roman, negándose a aceptar lo que sentía por temor a no mantener el equilibrio mental.

–Perfectamente –dijo, dominando con una profunda respiración la corriente eléctrica que le contraía la parte baja del vientre–. ¿Quieres dejar de mirarme como si fuera un bicho raro?

–En cuanto tú dejes de mirarme como si quisieras desnudarme.

La vergüenza recorrió a Izzy como una ducha de agua helada. En lugar de recordar el sexo con Roman, debería esforzarse en recordar el espantoso sentimiento de vacío con el que había despertado al día siguiente. Nunca volvería a ponerse en una situación que le pudiera hacer sentir lo mismo.

–¡No digas tonterías!

Roman arqueó la ceja con sorna.

–Perdona que me haya equivocado.

Pero no había error en su percepción y él lo sabía.

–Tú tampoco tendrías buen aspecto si hubieras hecho un viaje con un bebé, ¿o crees que es fácil? –dijo ella, airada.

Roman tuvo que conceder que no había pensado en ello.

–Tienes razón. Disculpa.

–No tienes ni idea de lo que es, ¿verdad?

La sonrisa de superioridad de Izzy lo habría irritado de no haberse sentido tan desconsiderado. Miró a Lily y pensó que Izzy era la que había pasado las noches en vela por ella. Por eso mismo no comprendía su resistencia a aceptar su colaboración en el futuro.

Dejó la silla de la niña en el suelo.

–Cuéntamelo –dijo–. Quiero saberlo.

Roman había estado tan obsesionado con lo que se había perdido, que no había pensado en cómo había cambiado la vida de Izzy en aquellos meses. Los tiempos en los que había podido entrar

en un bar y actuar impulsiva y espontáneamente, habían desaparecido. Ese pensamiento por otro lado le resultó reconfortante. Aunque se consideraba un hombre de mentalidad liberal, la idea de una madre pasando la noche con un hombre desconocido lo llenaba de aprensión. En cualquier caso, la vida de Izzy había cambiado radicalmente, y él no había pensado en ello en ningún momento.

–Debía haberte enviado un coche. Espera, déjame que...

–¿Qué estás haciendo? –Izzy replicó furiosa, retrocediendo.

–Creía que ibas a desmayarte –dijo Roman, mirándola con preocupación.

Ella entornó los ojos.

–Yo no me desmayo.

Roman contuvo con dificultad la irritación que empezaba a causarle su beligerante sentido de la independencia.

–Muy bien –dijo, hastiado–. Pero ¿no podemos continuar la conversación dentro? Sería mucho más cómodo y tendríamos menos frío.

–No me trates como a una niña –Izzy apartó la mirada. No sabía qué tenía aquel hombre para que sacara lo peor que había en ella. Respiró profundamente–. De acuerdo.

Roman tenía razón. Se había levantado un aire fresco que podía colarse por la mantita de Lily. Se agachó a recoger la sillita de la niña.

–Permíteme –Roman cerró su mano sobre la de ella.

Tras un titubeo, Izzy se irguió y se la cedió. Era la única concesión que pensaba hacerle. Por otro lado, prefería no manifestar la inseguridad que sentía, aunque las siguientes palabras de Roman le demostraron que no conseguía disimularla.

–Tranquila, no pienso robártela. Solo quiero ayudar.

Izzy evitó mirarlo y, apretando los dientes, avanzó a paso firme.

–Por encima de mi cadáver –masculló. Y al entrar en el vestíbulo no pudo contener una exclamación de sorpresa–. Tiene que ser muy antigua. ¿Los paneles son originales?

–No tengo ni idea –el gusto de Roman era más moderno y práctico. De haber estado hablando de un gimnasio con la última tecnología, habría tenido una opinión.

–¡Imagínate la de gente que ha debido de vivir entre estas

paredes!

–A mí me preocupa más el sistema de tuberías, que es un poco primitivo. Por aquí, la segunda puerta a la derecha, está la biblioteca –indicó Roman.

Izzy siguió sus indicaciones y se encontró en una habitación igualmente magnífica. Un fuego ardía en la gigantesca chimenea de piedra, y estaba iluminada por una hilera de ventanas con parteluz que dejaban pasar la luz de poniente.

–Creía que estaba deshabitada –dijo Izzy, fijándose en los libros de las estanterías.

–Estaban incluidos con la casa –dijo él–. Siéntate antes de que te caigas.

Izzy fue a protestar, pero le temblaban las piernas y optó por sentarse con las manos entrelazadas sobre el regazo con aire modoso. Roman fue hasta una mesa en la que había una bandeja con café y sándwiches.

–¿Solo o con leche? –preguntó.

–Con leche. Sin azúcar.

Junto con el café, dejó un plato con algunos sándwiches al lado de Izzy. Estaba muy pálida.

–No quiero que me eches la culpa si te desmayas.

–¿Vas a quedarte de pie, mirándome?

–Sí. Hasta que comas algo.

Izzy miró a Roman, irritada, pero terminó comiendo hasta tres sándwiches, y se dio cuenta de que estaba muerta de hambre.

–¿Satisfecho? –preguntó, dejando el plato a un lado, apoyándose en el respaldo y cruzando las piernas–. ¿Vas a quedarte ahí como un perro guardián?

Roman esbozó una sonrisa y se dejó caer suavemente sobre un sillón, estiró las piernas y las cruzó a la altura de los tobillos. Izzy golpeó el suelo repetidamente con la punta del zapato.

–Esto podría ser considerado un secuestro.

–Es una descripción un tanto exagerada, ¿no crees? –dijo Roman con una irritante sonrisa.

Izzy lo miró con severidad.

–¡Tienes razón, debo de ser una exagerada! –Izzy no daba crédito a lo carente de escrúpulos y manipulador que podía ser.

–La oferta de trabajo es genuina. Podías haberlo rechazado, pero

lo aceptaste –se puso en pie y la miró con expresión inquisitiva–. No te he obligado a nada.

Izzy habría preferido que siguiera sentado. De pie, le hacía pensar en un tigre a punto de saltar sobre su presa.

–¡Genuina! –exclamó con desdén–. No la habría aceptado de saber que...

–¿Tendrías que vivir conmigo?

Izzy lo miró horrorizada.

–¿Qué quieres decir?

Roman rio.

–¿O es que te has dado cuenta de que es un proyecto demasiado grande para ti?

Izzy intentó no morder el anzuelo, pero fracasó.

–Claro que no –era el trabajo de sus sueños. Apretó los ojos cerrados para intentar retomar el control–. ¡Es una idea completamente absurda!

Un cosquilleó en la nuca le hizo abrir los ojos. Su radar no se había equivocado. Roman estaba muy cerca. Tanto, que habría podido echarse en sus brazos.

El esfuerzo que hizo para contenerse la dejó temblorosa. Roman era físicamente como un narcótico al que se había hecho adicta.

Arrancó los ojos de sus labios, donde se habían quedado clavados por su cuenta.

–Pensaba que llegarías a caerme bien porque eres el padre de Lily, pero...

–No es preciso que tu cliente te caiga bien. Y en cuanto a Lily, será mejor que hables más bajo si no quieres despertarla –su sarcástica sonrisa se tornó en sincera durante la fracción de segundo que miró a la niña.

–No voy a trabajar para ti. Punto –dijo Izzy, bajando la voz–. Preferiría vivir con una serpiente antes que contigo. Eres frío, manipulador...

–Eso es solo la fachada. En el fondo soy dulce y tierno.

Izzy levantó las manos en un gesto de desesperación y se puso en pie mientras contenía el impulso de reír. Fue hacia la niña antes de volverse a Roman con expresión velada.

–¿Es que no te tomas nada en serio?

La sonrisa se borró automáticamente del rostro de Roman. En

silencio, observó a Lily y dio un paso hacia ella.

Izzy fue a retroceder, pero decidió avanzar para no demostrar temor, o lo que fuera aquella mezcla de emociones que le nublaban el entendimiento. Sacudió la cabeza para intentar aclararla.

–Ser padre es algo que me tomo muy en serio. Y me niego a quedar excluido.

Roman habló con una voz grave y neutra, y fue precisamente la falta de emoción aparente lo que intensificó la fuerza del comentario, despertando en Izzy por primera vez una punzada de culpabilidad.

–¡Y yo no voy a permitir que me presiones! –replicó–. No se trata de lo que tú quieras, sino de qué es mejor para Lily.

–¿Y tú eres lo mejor?

–Soy su madre.

–¿Y eso te convierte automáticamente en la persona idónea para cuidar de ella? –Roman enarcó una ceja y chasqueó la lengua–. ¿No te parece una actitud un tanto sexista, Isabel?

–No se trata de sexismo, es un hecho –Izzy palideció súbitamente al comprender las implicaciones de lo que Roman había dicho–. ¿Quieres decir que...? –calló al pasarle por la mente imágenes de juzgados, demandas y abogados–. ¿Vas a solicitar la custodia?

La idea de perder a Lily le produjo un vacío y un terror que no había sentido jamás.

Roman fue a decir que haría lo que fuera para tener a su hija, pero al mirar a Izzy y ver lo vulnerable que parecía, sintió una opresión en el pecho. La situación se le estaba yendo de las manos.

–No –dijo. Había conocido varias batallas por la custodia de hijos y eran muy desagradables. Le espantaba la noción de usar a un niño como moneda de cambio–. Pero no quiero que mi hija crezca creyendo que la contribución de su padre en su vida termina tras la inseminación.

Izzy lo miró todavía angustiada.

–Yo tampoco –dijo genuinamente abatida.

–¿De verdad? –preguntó él, volviendo a adoptar un tono sarcástico–. Pensaba que era una tradición familiar. Tienes que admitir que tu madre cumplió a rajatabla lo que predicaba.

–Si quieres saber lo que pienso, deberías preguntármelo en lugar

de llegar a conclusiones basadas en la lectura de algunos párrafos de su libro.

–Lo he leído entero –y, al acabarlo, a Roman le había sorprendido que su hija fuera tan sensata como parecía, con una madre como aquella.

–Escribió veinte –dijo Izzy, que por su rostro dedujo que no era un admirador de su madre.

Roman apretó los labios con impaciencia.

–Los dos sabemos al que me refiero. ¿De verdad creía toda esa basura o es que tenía que pagar la hipoteca?

Izzy tomó aire. Aunque no estuviera completamente de acuerdo con su madre, no estaba dispuesta a consentir que Roman la insultara.

–El libro de mi madre es un clásico moderno que dio pie a numerosos debates –no había nada que a su madre le gustara más que una buena discusión–. ¿Acostumbras a criticar a gente que ya no puede defenderse?

El desprecio con el que habló hizo que Roman enrojeciera.

–¿Qué te enseñó tu madre?

Izzy alzó la barbilla.

–Me enseñó a tomar mis propias decisiones.

–¿Como la de mantener relaciones sin protección con un desconocido?

Roman apretó los dientes, consciente de la hipocresía en la que se basaba aquel golpe bajo.

Izzy contuvo el aliento.

–No hace falta que te esfuerces en hacerme sentir avergonzada. Ya lo estoy –dijo con voz temblorosa–. Me cuesta creer que aquella noche fuera yo.

Izzy se había reconciliado con aquel episodio interpretándolo como una fantasía erótica extracorporal. Pero toda la pasión que había logrado adormecer, había emergido en cuanto Roman había aparecido, convirtiendo en real lo que había convertido en su memoria en un sueño.

Roman la miró con severidad. Izzy hablaba como si fuera una adolescente abochornada en lugar de la mujer sensual y atrevida, sin pelos en la lengua.

–No me dirás que no sabías lo que hacías –dijo con sarcasmo.

–No estoy negando mi responsabilidad –dijo ella, en tensión–. Pero acababa de enterrar a mi madre, y era la primera vez que lo hacía. ¿Cuál es tu excusa, Roman? –Izzy se quedó paralizada y exclamó–: ¡Dios mío! ¿Lo he dicho en alto?

–Sí.

Izzy abrió los ojos desmesuradamente y se llevó la mano a la boca. En el silencio que siguió, Roman miró a Lily, que respiraba plácidamente.

–¿Habías enterrado a tu madre? –preguntó sin apartar la mirada de la niña. Se volvió a tiempo de ver que Izzy se mordía el labio.

–De hecho, se trató de una cremación.

Una imagen del rostro de Izzy flotó ante sus ojos. Había sido incapaz de apartar los ojos de ella desde el momento en que entró en el bar, pero ella había parecido ajena a todas las miradas de interés que despertaba, y fue directa a la barra.

Recordaba con precisión la ropa que llevaba. Podía cerrar los ojos y ver el suave óvalo de su rostro, su increíble piel, sus brillantes ojos como zafiros. ¿Cómo no se había dado cuenta de que algo no iba bien?

Mientras lo besaba, estaba intentado olvidar. Debía haberlo notado. Y lo habría hecho de no haber estado haciendo lo mismo, en su caso con el alcohol, y fracasando miserablemente.

–¿Ese día?

Izzy asintió.

Roman se pasó los dedos por el cabello. Izzy lo había utilizado. «¿Y tú a ella no?», le dijo una voz interior.

Cerró los ojos y exhaló entre dientes. La verdad era que la había utilizado para escapar de su vida, en busca de unos momentos de delicioso olvido en su caliente interior. Había estado prieta como un guante y habían compartido una noche de sexo salvaje y desinhibido.

–¿Cómo es posible…? –la miró acusador–. ¿Por qué estabas sola? Alguien debía…

–No había nadie –Izzy no era consciente de que la afirmación pudiera resultar conmovedora–. Ella lo quiso así. No quería que hubiera nadie, ni emociones, ni una ceremonia, ni ningún tipo de servicio.

–Ni que sus seres queridos pudieran despedirla –añadió Roman

con aspereza–. No sé por qué me sorprende cuando está claro que era una mujer que solo pensaba en sí misma.

La ácida condena a su madre arrancó un resoplido de Izzy, que se acercó a él con los brazos en jarras.

–¿Tienes algún problema con las mujeres fuertes, Roman?

–¿Crees que tu madre es digna de admiración? –a Roman le sorprendía que Izzy defendiera con tanta vehemencia a alguien que le había mentido toda su vida, negándole la posibilidad de conocer a su padre–. Tú te has tomado un descanso en tu carrera para pasar más tiempo con tu hija. ¿Puso alguna vez tu madre tus intereses por encima de los suyos?

–Para mí no ha sido un sacrificio –dijo Izzy con calma–. No quería perderme sus primeros meses de vida. No sabes lo...

–¿Importantes que son? Sí, creo saberlo.

Izzy apartó la mirada.

–Supongo que habría sido igualmente feliz con una niñera.

–Lo dudo. Tú eres una gran madre.

La aprobación de Roman hizo sentir a Izzy una cálida sensación a la que se resistió recurriendo al antagonismo.

–Pero yo he podido permitírmelo gracias a la independencia económica que ese libro que tanto desprecias me ha proporcionado –altanera, añadió–: Comprendo que te sientas responsable, pero no necesito tu dinero y Lily y yo estamos perfectamente...

–¿Qué quieres que haga, desaparecer y pedirte que me llames? ¿Y si Lily enferma, u odia el colegio? ¿De verdad quieres enfrentarte a eso sola?

–Los Fitzgerald me dan todo el apoyo que necesito.

–¿Te sientes uno de ellos o un mero satélite?

Alarmada por su perspicacia, Izzy bajó la mirada.

–Mi independencia es muy importante para mí y ellos la respetan.

Al contrario que él, que le hacía sentir acosada cuando no era más que un hombre con el que había pasado una noche. Que hubiera concebido un hijo de él no cambiaba esa realidad.

–Debiste de sentirte aterrada cuando te enteraste de que estabas embarazada –Roman intentaba asimilar el sentimiento de culpabilidad que lo embargaba al imaginarla sola y asustada.

–Por suerte esa misma semana Michael se había puesto en

contacto conmigo.

¡Fue una semana increíble! En el espacio de dos días supo que estaba embarazada del fascinante desconocido y había recibido una carta de su padre invitándola a conocer a su familia.

Un golpe de emoción le empañó la mirada.

–Puede que estar embarazada me animara a aceptar la invitación; pero el caso es que mi historia tiene un final feliz –sacó un pañuelo del bolso y se sonó. El gesto emocionó a Roman más que si se hubiera echado a llorar.

–Esta historia no ha terminado, Isabel. Nuestra historia no ha acabado.

Izzy negó con la cabeza aun sabiendo que tenía razón. Por el bien de Lily, le correspondía hacer un esfuerzo, pero Roman y ella no tenían nada en común. Quizá al menos podían intentar no ser enemigos.

–Lo nuestro no es una historia, sino solo sexo –como se miraba las manos, Izzy no vio el enfado que brilló en los ojos de Roman–. Si no hubiera entrado en el bar... –su rostro se ensombreció–. Todavía no sé por qué lo hice. Vi la puerta y...

–¿Y si fue el destino?

Izzy arqueó las cejas sorprendida de que Roman creyera en el destino.

–Que me acostara con un hombre extremadamente atractivo no tiene nada que ver con el destino, sino con las hormonas.

Estaba convencida de que cualquiera de las mujeres del bar habría querido hacer lo mismo. Lo miró de soslayo y, como en otras ocasiones, pensó que tenía las facciones de un guerrero con alma de poeta. Su piel cetrina, sus sensuales labios, la perfecta simetría de sus pómulos...

–¿Extremadamente atractivo?

Izzy se sobresaltó y, al mirarlo, vio que sonreía con picardía. Carraspeó para despertar de la ensoñación en la que había entrado.

–No creo haberte dicho nada que no supieras.

Roman sonrió sin negarlo.

–Tu madre debía de ser muy joven cuando murió. ¿Fue una muerte inesperada?

Izzy asintió. Su madre era una joven de sesenta y cuatro años.

–Había pasado de los cuarenta cuando me tuvo. Llevaba un

tiempo enferma.

La enfermedad había sido diagnosticada tiempo antes; no representaba la muerte inmediata, pero sí un proceso degenerativo que acabaría por matarla.

–Estuve tiempo furiosa.

–Lo comprendo –dijo Roman.

Durante el periodo en que había estado ingresado en la unidad de oncología había convivido con esa reacción a la muerte, y en más de una ocasión había llegado a pensar que lo pasaban peor las personas sanas que veían impotentes como sus seres queridos luchaban contra la muerte para acabar perdiendo la batalla, que los propios enfermos.

Por eso mismo, en retrospectiva, se daba cuenta de que Izzy había desplegado todos los síntomas de estar bajo ese tipo de conmoción, y sin embargo en el momento no lo había percibido.

Cerró los ojos y gruñó.

Izzy lo miró desconcertada al ver que había palidecido. Un segundo más tarde dejó escapar un exabrupto en italiano.

–Estabas en estado de shock –y él sentía tanta lástima de sí mismo que no había sido capaz de notarlo. De pronto se quedó paralizado y la miró fijamente–. Acabas de decir que no lo habías hecho antes.

Izzy suspiró. Habría sido demasiada suerte que el comentario le pasara desapercibido.

–No acostumbro a acostarme con desconocidos. No es mi estilo.

Roman la observó atentamente antes de sacudir la cabeza con firmeza de derecha a izquierda.

–No era eso a lo que te referías.

Izzy fue hasta el sofá y se sentó.

–Preferiría que no me dijeras a qué o a qué no me refiero. Soy capaz de saber lo que digo.

Roman se negó a dejar que se saliera por la tangente.

–Y capaz de mentir.

–Así que piensas que tengo el hábito de acostarme con cualquiera que conozca en un bar –dijo ella con una risita–. Muchas gracias.

–Era tu primera vez –Roman habría querido negarlo al mismo tiempo que lo decía.

No se trataba de que evitara acostarse con vírgenes; pero tampoco evitaba activamente que le cayera un meteorito encima. Ambos existían, pero era igualmente improbable encontrar una u otro.

En lugar de hablar, Izzy desvió la mirada y se encogió de hombros.

Capítulo 8

Era una manera de hablar.

–Una manera de decir que eras virgen, quieres decir.

El tono sarcástico de Roman hizo ruborizarse a Izzy, que por un instante pensó en mentir.

–De hecho, fue mi única vez –dijo finalmente–. Y no preguntes por qué porque no lo sé.

Aunque sospechaba que permanecer virgen hasta los veinte años había sido una manera de rebelarse contra la total libertad que le daba su madre. Mientras las madres de sus amigas les obligaban a llegar a casa pronto y las advertían sobre los peligros del sexo, su liberal madre le había dicho que podía invitar a sus novios a dormir a casa.

–No te comportaste como una virgen.

–¿Cómo se supone que actúa una virgen, Roman? –preguntó Izzy con sorna.

En lugar de aceptar la provocación, él preguntó:

–Pero has debido de tener novios.

–Durante unos meses estuve enamorada de uno de los estudiantes de mi madre –dijo Izzy, sonriendo al recordarlo–. ¿Contento?

¡Contento! ¿Cómo iba a estarlo si la había desvirgado sin ni siquiera saberlo?

–¿Quieres decir que nunca habías tenido una relación...? –a Roman le costaba creerlo al recordar sus manos sobre su cuerpo, su lengua caliente y suave en su piel... Tenía que haber mantenido relaciones aunque no fueran plenas.

–No. Simon resultó ser gay.

Con el tiempo, Izzy había podido recordar con una sonrisa el bochornoso momento en que se había lanzado a insinuarse, y lo amablemente que Simon la había rechazado.

Roman intentó librarse del zumbido que le impedía pensar. ¡Virgen! Era increíble. Era la mujer más apasionada con la que

había estado en toda su vida.

–¿Por qué no me lo dijiste?

Aunque siguiera sin asimilarlo, tenía que ser verdad. No tenía sentido que Izzy mintiera en algo así. Se había comportado con una total desinhibición y perfectamente cómoda con su cuerpo. Por eso la posibilidad no se le había pasado por la cabeza. ¿Cómo iba a pensarlo si Izzy había parecido saber lo que deseaba incluso antes que él mismo?

«Asúmelo, Roman. Ha sido el mejor sexo de tu vida y era con una virgen». La idea seguía golpeándolo sin que llegara a penetrar en su cerebro.

Izzy pudo percibir que estaba enfadado y sacudió la cabeza ante lo inesperado de su reacción.

–¿Por qué no te diste cuenta? –preguntó.

En su momento, había estado segura de que lo notaría, de que su inexperiencia la delataría. Pero, para su sorpresa, no se había sentido ni incómoda, ni avergonzada, ni tímida. Y eso que antes de acostarse con él siempre había pensado con aprensión en la idea de estar con un hombre desnudo. La intimidad no era algo que le resultara natural; no tanto porque fuera pudorosa como selectiva.

Cuando había reflexionado sobre ello, se había preguntado si precisamente le había ayudado el hecho de que se tratara de sexo anónimo. Por una vez en su vida no había tenido que actuar de acuerdo a lo que los demás pensaban de ella: la agradable, tranquila y sensata Izzy. Pudo ser tal y como quiso, y había sido una experiencia totalmente liberadora.

¿Por qué no lo había notado? «Buena pregunta, Roman».

–No fuiste nada tímida –dijo él a la defensiva. Izzy le sostuvo la mirada preguntándose si esperaba que se disculpara–. Si me lo hubieras dicho, habría...

Roman reflexionó preguntándose si verdaderamente habría sido capaz de resistirse a la tentación de ser su primer amante.

Izzy le había hecho un regalo y él ni siquiera lo había sabido. Actuaba como si para ella no significara nada, y aunque no sabía por qué, eso era lo que más le irritaba.

–Podría haberte hecho daño.

–Pero no fue así.

–¿Y no te has acostado con nadie desde el nacimiento de Lily?

Izzy rio.

–¿De verdad crees que he tenido el tiempo o la energía para tener un romance? Además, recuerda que vivo en un pueblo en el que todo se sabe.

De hecho, eso era algo a lo que Izzy no llegaba a acostumbrarse y de las pocas cosas que no le gustaban de su nuevo hogar.

–¿Así que hasta que tengas tiempo, yo soy el único hombre con el que te hayas acostado?

Roman se pasó la mano por el cabello al recordar la noche en cuestión. La forma en que había perdido el control, devorado por un fuego que amenazaba con calcinarlo. Se había quitado la ropa como un precipitado adolescente incapaz de contenerse.

Izzy se abrazó a sí misma como si con ello pudiera protegerse de las imágenes del torso desnudo de Roman que la asaltaban y del tacto de seda de su piel cuando sus cuerpos entraron en contacto por primera vez.

–No hace falta darle tanta importancia. Que compartiéramos una noche de sexo no significa que estemos ligados de por vida.

–Te equivocas. Está Lily.

Como si respondiera a su nombre, la niña se movió y emitió un gemido. Izzy se incorporó de un salto y se agachó. Al ver su perfecto trasero, Roman no pudo contener una exclamación en italiano. Izzy, que se incorporó con la niña en brazos, la malinterpretó y, volviéndose, dijo con reprobación:

–Los bebés no se amoldan a tus deseos –siempre cabía la posibilidad de que le interesara menos formar parte de la vida de Lily si veía lo agotador que resultaba–. Durante los tres primeros meses casi nunca conseguía vestirme antes del mediodía.

La expresión de Roman no fue precisamente de desaprobación.

Izzy sacudió la cabeza hacia atrás para retirarse un mechón de cabello de la cara.

–No recuerdo la última vez que he ido a la peluquería.

–Tienes un cabello precioso –se limitó a decir Roman, que recordaba bien lo suave y lustroso que estaba extendido sobre la almohada mientras ella lo atraía hacia sí por los hombros.

El primario deseo que se reflejó en sus ojos no pasó desapercibido a Izzy, que sintió el corazón acelerársele. Una patada de Lily en el vientre rompió la tensión sexual que se había

acumulado en su ingle.

Rio aliviada y besó el piececito que la había salvado de hacer el ridículo más absoluto.

–¿Qué has hecho con el calcetín? ¿Te lo has comido?

–Está ahí –Roman se agachó para recoger el calcetín perdido.

–Gracias –dijo Izzy, y sostuvo la palma en alto para no arriesgarse a tocar los dedos de Roman. Supuso que lo notaría, pero llegados a aquel punto, le dio lo mismo–. Siempre se los quita.

Lily empezó a gritar como si percibiera la tensión que había en el ambiente.

–¿Se encuentra mal? –preguntó él con gesto de preocupación.

–No, solo tiene hambre.

–¿Cómo lo sabes?

–Por eliminación. ¿Dónde puedo calentar su comida? ¿Dónde está la bolsa? –preguntó Izzy, mirando a su alrededor.

–Aquí –Roman le pasó una bolsa con asas rosas y el dibujo de un oso de peluche–. ¡*Dio*, cuánto pesa! ¿Qué llevas?

–Comida, bebida, pañales, una muda y algunos juguetes –enumeró Izzy–. ¿Dónde puedo calentar...?

–Por aquí –Roman abrió una puerta que tenía enfrente–. Creo que la cocina está por aquí –dijo, precediéndola por un corredor de piedra–. Hay preparados varios dormitorios en el primer piso por si quieres cambiarla.

Antes de que Izzy protestara, añadió:

–Es demasiado tarde para volver a Cumbria. No puedo ofrecerte lujos, pero la casa es perfectamente habitable. No sé si querrás hacer modificaciones en la estructura, pero...

Izzy lo miró fijamente.

–¿Por qué insistes en comportarte como si hubiéramos llegado a un acuerdo? ¿No entiendes la palabra «no»?

Roman abrió una puerta y le indicó que la cruzara.

–Depende del contexto –dijo–. ¿Qué te parece? ¿Te sirve?

No tenía ni idea de si a Izzy le encantaba cocinar o lo odiaba. De hecho no sabían nada el uno del otro. Y, sin embargo, tenían una hija común.

Dio un paso atrás y la observó mientras ella miraba a su alrededor.

–¿Un poco pequeña? –preguntó–. La cocina original está en el

piso de abajo, pero solo se usa de almacén. Aun así podría volver a ponerse en marcha. Incluso he pensado en tirar algunas paredes y…

Izzy rio.

–¡Esta casa debe de estar listada como patrimonio histórico! –al ver que Roman asentía, añadió–: Eso implica que no puedes tirar ninguna pared. Además, esta habitación es preciosa –rápidamente continuó–: Pero no sueñes con que me quede. Y, si quieres ser de utilidad, cuida a Lily mientras organizo su comida –concluyó, alargando la mano hacia él.

Roman le pasó la bolsa.

–¿Siempre eres tan mandona?

–¿Quieres decir que la boda se cancela?

El ambiente distendido se transformó al instante en tensión.

–No se trata de una competición –Roman le pasó a Lily un tractor de madera de la bolsa, que la niña se llevó inmediatamente a la boca–. ¿Es peligroso?

Izzy, que todavía se sentía amonestada, miró:

–No. Están saliéndole los dientes, así que se lo lleva todo a la boca.

Roman se incorporó, se apoyó en la encimera y observó a Izzy mientras esta preparaba la comida. Consciente de que no le quitaba ojo, se detuvo bruscamente y se volvió hacia él.

–Vale, si no es una broma ni una competición, ¿de qué se trata?

Roman pensó que tenía los ojos azules más profundos y puros que había visto en su vida. Cuando ella arqueó las cejas en un gesto de impaciencia, contestó:

–Se trata de una maniobra de contención de daños –reprimiendo el impulso de tocarla, carraspeó–. Se trata de que admitas que no puedes hacerlo todo tú sola. Se trata de que me dejes asumir mi responsabilidad. ¿No te gusta esta casa? Pues buscamos otra.

–Estoy contenta donde vivo.

Roman no parecía comprender.

–En esa casa no cabe ni un gato.

–¡Es mi casa! –exclamó Izzy–. Ni siquiera la has visto.

–No me has invitado, pero la conozco. Supongo que se parece a la de tus vecinos que me invitaron amablemente a la suya cuando admiré sus dalias.

–¡Cómo te atreves! ¡Seguro que no distingues una dalia de una

margarita!

–Lo ves, ¡otra vez dejándote llevar por prejuicios!

–Me da lo mismo si te gustan o no las flores. ¡No permitiré que me espíes ni que me manipules!

Roman abandonó el tono conciliador.

–Y yo no pienso tolerar que mi hija viva en una casa pagada por Michael Fitzgerald.

En realidad no tenía ningún problema con Michael Fitzgerald, sino con la idea de que otro hombre apareciera en la vida de Izzy y quisiera jugar un papel en la vida de Lily.

A Izzy le desconcertó su acritud.

–¿Qué tienes en contra de Michael?

–Nada. Apenas los conozco –dijo Roman con aspereza–. Solo sé que tiene una gran reputación como criador de caballos.

–Para que lo sepas, no es él, sino yo, quien alquila la casa. Se ofreció a ayudarme económicamente, pero le dije que no lo necesitaba –Izzy se agachó para tomar a Lily en brazos.

–¿Te ha preguntado quién es el padre de la niña?

–No –dijo Izzy, que siempre había pensado que Michelle tenía mucho que ver con su discreción.

–Pero ahora lo sabe.

–Michelle se lo ha dicho.

Izzy bajó la mirada. De hecho, la reacción de Michael había causado su primera pelea como padre e hija, en la que ella se había encontrado en la absurda situación de defender a Roman. Finalmente Michael había cedido y se había disculpado gracias a la intervención de Michelle.

–Pero no te preocupes. No se lo dirán a nadie –Izzy rio de pronto al mirar a Roman y a Lily alternativamente–. No hará falta. Bastará que cualquiera os vea juntos.

–La gente lo va a saber, Isabel.

–Supongo que sí –dijo ella, tragando saliva.

Roman la miró sin comprender por qué parecía tan molesta.

–Se te ve encantada con la idea.

–¿Es que acaso tú lo estás? ¿Es que no te importa que la gente murmure? –Izzy se estremecía ante la posibilidad de convertirse en tema de cotilleos.

–A mí me da lo mismo lo que la gente piense de mí.

Izzy puso los ojos en blanco.

–Mensaje recibido, pero ¿te importaría bajar el tono? Tus niveles de testosterona me están dando dolor de cabeza... y antes de que te enfurruñes –sacudió un dedo ante él–, acuérdate de que te da lo mismo lo que la gente diga de ti.

Roman no pudo evitar sonreír.

–¿Enfurruñarme? ¿Todavía se usa esa palabra?

–Y yo que creía que tu inglés era mejor que el mío.

–Además, he dicho «lo que piense», no «lo que diga», pequeña bruja.

–Estoy segura de que la gente solo dice lo que quieres oír –comentó ella, imaginado que había que ser muy valiente para enfrentarse a él.

–No todo el mundo. Dime, si no hubiéramos coincidido, ¿cuándo pensabas hablarle a Lily de su padre?

Izzy se encogió de hombros.

–La verdad es que no lo sé –dijo. Y su mirada se desvió a los labios de Roman.

–Te estás poniendo roja –observó él.

–Hace calor –dijo ella, que no tenía la menor intención de admitir que eran sus labios lo que la acaloraban.

–¿Tú crees? –dijo él, preguntándose por qué mentía.

Izzy decidió no cuestionar su escepticismo.

–No quiero mentir a Lily.

–Pero lo habrías hecho.

Izzy clavó sus ojos azules en los de él.

–La verdad es que no sé a qué edad se le dice a un niño que no sabes cómo se llama su padre, y que te sedujo en un bar.

–Para ser más exactos, me sedujiste tú a mí.

Izzy le dedicó una sonrisa falsa.

–Gracias por la precisión. Lo que quiero decir es que un niño quiere saber que fue concebido con... –iba a decir «amor», pero temió que Roman se burlara de ella–. Bueno, al menos que sus padres se conozcan algo.

Roman se irritó.

–No es lo habitual que los hijos pregunten los detalles de su concepción, aunque supongo que tu madre fue una excepción también en eso. ¿Qué te contó ella?

–Que mi padre era un tubo de ensayo.
Roman la miró atónito.
–¿Qué? –preguntó, indignado.
Izzy, que limpiaba los labios de Lily de un trozo de plátano, se volvió. Tenía las manos ocupadas y un mechón de cabello se le quedó pegado a la nariz sin que lograra retirárselo.
–Permíteme –dijo Roman.
Ella se quedó muy quieta mientras él le retiraba el cabello detrás de la oreja con delicadeza. El movimiento pareció durar una eternidad, y cada fracción de segundo fue una tortura durante la que Izzy sintió sus entrañas arder y la piel tan sensible que el roce de sus dedos la abrasó.
Como fue una tortura no dejarse llevar por ninguno de los impulsos opuestos que la dominaron: o apartarle la mano de un golpe, o agarrársela y llevársela a la mejilla para que la acariciara.
Por fin pudo respirar cuando él volvió a separarse y a apoyarse en la encimera, elegante e impasible, ni siquiera levemente afectado por el contacto, mientras que ella se avergonzaba de sí misma sabiendo que, de haber prolongado un segundo más el contacto, habría sido capaz de gritarle: «Hazme el amor».
Masculló un «gracias» y continuó con su relato:
–Mi madre me dijo que no tenía padre, y yo siempre creí que era producto de una inseminación artificial.
–¡Dios mío! –exclamó él.
–A mí no me pareció tan raro –hasta que lo comentó con sus amigos de colegio.
–¿Y cuándo te dijo la verdad?
–No lo hizo. Me dejó una carta para que la leyera tras su muerte. También dejó una para Michael.
–Y habías leído esa carta la noche que tú y yo... –Roman aspiró y cerró los ojos, dejando escapar el aire entre los dientes.
Izzy lo miró y vio que sus ojos parecían más oscuros que lo habitual, y refulgían.
–¿Estás enfadado conmigo? –preguntó, con un timbre agudo que sonó casi a chillido–. No puedo entender por qué.
–No estoy enfadado contigo, sino conmigo –Roman tomó aire de nuevo, haciendo un esfuerzo evidente para contener sus emociones y expresarse con calma–: Creo que da lo mismo cómo fue concebida

Lily. Lo importante es cómo crezca. ¿No crees?

Izzy asintió con prevención sin saber hacia dónde se encaminaba aquello.

–Claro –¿qué otra cosa podía decir?

–Merece crecer sabiendo que es querida, y cuidada física y emocionalmente.

Expresado así sonaba sencillo, pero Roman sabía que no lo era. Esbozó una sonrisa dirigida a sí mismo. Él, siempre tan seguro, no estaba acostumbrado a dudar; los retos le hacían crecerse; pero la idea de la paternidad lo asustaba. ¿Sería un buen padre? Asumir la responsabilidad sobre la vida de otra persona le resultaba intimidante.

–Tengo que admitir que no sé qué tal padre voy a ser. Pero sé que no la abandonaré, ni permitiré que tome el tren equivocado cuando tenga diez años para que tenga que buscar la forma de volver a casa desde Brighton de noche... –calló bruscamente y añadió con solemnidad–. Lo que quiero decir es que el comportamiento de un padre afecta a sus hijos y yo no quiero que mi hija pague por mis errores.

–Roman, ¿ese niño eras tú?

Capítulo 9

Mis padres estaban muy enamorados.

Personalmente, Roman no hubiera llamado «amor» a la relación obsesiva, casi simbiótica e insana que sus padres habían mantenido, aunque su opinión no era la general al respecto.

–En su amor no había sitio para una criatura. Y, sí, yo fui ese niño.

Izzy no supo qué decir.

–Lo siento.

Podía ver, a través del lenguaje corporal de Roman, que este se arrepentía de la escasa información personal que estaba dando.

–Voy a formar parte de la vida de Lily y tú puedes llevarlo como un adulto o…

–¿O? No soy un mal tipo, Isabel. No me conviertas en uno –dijo suavemente–. No debería haberte engañado para que vinieras, pero tú no hubieras hablado conmigo y el asunto del matrimonio… Sé que te he asustado. Lo entiendo, pero a veces digo cosas sin haberlas pensado bien.

–Me estabas presionando. No has dado tiempo ni siquiera para pensar.

Roman se retiró un mechón de pelo mientras se separaba de la encimera.

–No se me da bien esperar.

–¿Quieres decir que eres impaciente?

Una expresión que Izzy intentó comprender sobrevoló su mirada profunda antes de que se encogiera de hombros.

–Me gusta vivir en el aquí y el ahora, no esperando a un mañana que pueda…

Se detuvo, dejando la frase sin terminar. Ahora ella comprendió el significado de esa mirada.

–Pero ¿existe para ti? –dijo, necesitando de repente una confirmación.

Al fin y al cabo, era el padre de Lily.

–¿Un mañana, quieres decir... muchas mañanas?

Ahora mismo parecía la imagen de la plena salud, pero quién podía saber... En su primer encuentro, él no había hablado de su enfermedad porque, en su experiencia, en cuanto alguien escuchaba la palabra «cáncer», ya no le veían a él como persona sino a *eso*. Era un tema que todavía evitaba.

–¿Quién sabe? Pero tengo toda la intención de estar por aquí y ver crecer a Lily.

El nudo de ansiedad en el estómago de Izzy se aflojó, mientras emitía un pequeño suspiro de alivio.

Él se retiró de la puerta que había abierto y ella vio el interior de la recocina, que estaba lleno de objetos y equipo para bebé.

–Le pedí a Gennaro que comprara algunas cosas –dijo él, tirando de una trona y colocándola al lado de la mesa grande que ocupaba el centro de la habitación–. ¿Está bien?

–¿Algunas cosas? –exclamó ella, observando los estantes repletos y los montones de pañales de todos los tamaños existentes–. Parece que ha comprado la tienda entera. ¡Es perfecta! –dijo depositando a Lily en la trona. Le puso el babero y tomó la cuchara del bol de comida, pasándosela a Roman.

–Tienes que empezar en algún momento –dijo, mientras pensaba: «Por favor, no hagas que me arrepienta de esto»–. Es tan solo una cuchara, así que no me mires con esa cara de susto.

Roman miró la cuchara de plástico azul como lo que era: un cable tendido y la primera muestra de deshielo en la actitud de Izzy. Con cuidado, tomó la cuchara de su mano.

Quince minutos después, la tensión de la atmósfera había disminuido considerablemente y la comida del bol estaba distribuida por igual entre el bebé, el suelo y el propio Roman.

–No es tan fácil como parece. ¿Ha comido algo?

–Suficiente –murmuró Izzy, depositando la cuchara y el cuenco vacío en el viejo y profundo fregadero de piedra, mientras miraba con disimulo cómo Roman se desdoblaba las mangas de la camisa.

Si ella difícilmente le reconocía, ¿qué pensarían de él en aquel en aquel momento sus compañeros de la sala de juntas?

¿Podía hablar con aquel hombre sin sentirse abrumada? ¿Debería quizás intentarlo?

–Sabes que estoy totalmente dispuesta a permitirte el acceso a

Lily. Jamás se me pasaría por la cabeza no hacerlo, pero cuando un hombre al que no conoces te propone...

–Yo no propuse nada. *Dio,* si me hubiera arrodillado y hubiera dicho que eras mi media naranja, entendería tu reacción.

El tono de burla la picó.

–Puede que me gustara ese tipo de acercamiento... –observó la expresión de Roman y añadió precipitadamente–: Pero no de alguien como tú, obviamente.

–¡Vaya, no me había dado cuenta de que fueras una romántica! –dijo él levantando las cejas.

Hizo que el comentario sonara como si ella tuviera una enfermedad de la que avergonzarse.

–No tengo ni un solo hueso de romántica en mi cuerpo.

–De acuerdo, entonces discutamos sobre esto como dos personas racionales.

Al parecer, racional y romántico eran cosas contradictorias para él.

–Te escucho.

–Me dijiste que no se trataba de mí o de cómo me sentía yo, sino de Lily, y tienes razón, pero ¿no estás dispuesta a reconocer que Lily estará mejor con dos padres?

–Tiene dos padres, solo que no viven en la misma dirección. Estoy dispuesta a que hagamos un plan mientras no empieces otra vez con tus fantasías. Lo único que tenemos en común es Lily. Nada más.

Si alguna vez se planteaba casarse con alguien, no sería con alguien tan dominante como Roman Petrelli.

–Hay mucha química entre nosotros.

A Izzy le tomó desprevenida el comentario. Dejó escapar el aire lentamente, bloqueando las imágenes que su mente invocaba. Antes de que pudiera decir nada, Roman añadió:

–Y hay muchos casos de matrimonios basados exclusivamente en el deseo.

–¿Deseo? –Izzy no logró teñir la pregunta del desdén que pretendía.

Él alzó una ceja con escepticismo.

–Vamos, *cara.* No puedes negar que deseas quitarme la ropa –deslizó la mirada por el cuerpo de Izzy detenidamente–. Percibo el

calor que emanas a esta distancia.

Su voz ronca y sensual dotó de vida a cada terminación nerviosa de Izzy.

–Puedes creer lo que quieras –dijo–. Pero no pienso jugar a la familia feliz.

–¿Quién tuvo una infancia más feliz: tus hermanos o tú?

La comparación era injusta.

–No fui una niña desatendida. Ruth fue una gran amiga. No es que no crea en el matrimonio, pero solo si uno está enamorado. Supongo que tú no crees en el amor –dijo Izzy, pasando al ataque.

–Claro que sí. Mis padres estuvieron enamorados hasta el día de su muerte.

–Lo dices como si fuera algo malo. Sé que no tuviste una infancia feliz –comentó ella, recordando sus comentarios previos.

–Creo que el amor intenso puede ser egoísta y destructivo; pero sobre todo, no hace a quienes lo sienten ni buenas personas ni buenos padres.

Izzy se resistió a darle la razón.

–¿No te llevabas bien con tus padres?

Aunque su madre no fuera ni cariñosa ni afectuosa, Izzy siempre se sintió querida y valorada.

–Apenas los conocí.

Por un instante, la compasión pudo al enfado en Izzy.

–Oh, perdona. Lo siento. No sabía que hubieran muerto cuando eras pequeño.

–Murieron hace seis años, cuando tenía veinticinco, pero siempre ocupé un lugar en la periferia de sus vidas. La razón por la que parejas como tu padre y Michelle tienen un buen matrimonio es que se esfuerzan por crear un ambiente equilibrado en el que criar a sus hijos.

–Están enamorados.

–¿Qué significa eso? –dijo Roman con escepticismo–. La gente se enamorada y desenamora a diario. ¿Cuántas veces oyes decir a alguna celebridad que ha encontrado a su alma gemela?

–¿Desprecias a los famosos o el amor?

–... Para que a la semana siguiente describan con todo detalle su ruptura –añadió Roman, pasando por alto la interrupción de Izzy.

–Nosotros no somos famosos –dijo ella. Aunque Roman fuera

mucho más guapo que muchos de los supuesto *sex symbol* del momento.

–Pero somos padres.

–Ya lo sé –dijo Izzy con impaciencia–. Lo que no entiendo es tu empeño en que nos casemos.

–Estoy intentando que comprendas que podemos casarnos y ser buenos padres aunque no estemos enamorados –alzó la mano al ver que Izzy iba a interrumpirlo–. Sé que quieres destrozar mis argumentos, pero reflexiona un momento. Tenemos una hija...

–Lo dices cada vez como si se me fuera a olvidar...

–¿No crees que debemos explorar todas las posibilidades? No te digo que nos casemos de inmediato, sino que aprovechemos esta casa para vivir un tiempo juntos, para conocernos mejor y para que yo pueda estar cerca de la niña.

–¿Estás proponiendo un ensayo? –preguntó ella. Aunque lo que quería saber era si esperaba que durmieran juntos.

Roman sonrió como si pudiera leerle la mente.

–Hay muchas habitaciones. Podemos estar tan lejos o tan cerca como queramos.

–Es una locura.

–Y, mientras, puedes hacer lo que quieras con la casa. Sin tope de gasto.

–¿Ese es el cebo?

–Puedes llamarlo así. Aunque hay otros asuntos que tenemos pendientes...

–De eso nada –dijo Izzy con firmeza.

–Como quieras. Prometo no volver a hacerte proposiciones hasta que hayamos comprobado si podemos vivir juntos sin querer matarnos el uno al otro. Para que estés tranquila, debes saber que hay una casa del guarda en la propiedad a la que estaría dispuesto a mudarme para poder tener acceso a Lily si las cosas salen mal entre nosotros. Un amigo mío ha llegado a un acuerdo así.

–¿Y tú te mudarías a ella? –preguntó Izzy, perpleja.

–Podemos vivir donde tú quieras.

Izzy no podía negar que estaba impresionada. Roman estaba dispuesto a cambiar de vida, a mudarse..., a hacer lo que fuera por su hija. Teniendo en cuenta eso, lo que pedía no era tan descabellado.

–Está bien. Podemos intentarlo.

Roman recibió su consentimiento con una inclinación de cabeza, pero, por dentro, dio un salto de alegría.

Capítulo 10

Izzy pasó un par de horas recorriendo la casa y tuvo menos reparos en dejar a Lily con Roman de lo que habría esperado. Era difícil no pasearse por un edificio histórico como aquel y no quedarse pasmado ante su… ¿Cómo lo había llamado Roman? Potencial.

El dormitorio que estaba preparado para ella era bonito y estaba orientado al sur. En una alcoba contigua había una cuna nueva y abundante ropa de cama. Al abrir otra puerta se encontró en otro dormitorio, idéntico al suyo. La ropa que estaba doblada sobre la cama le indicó que se trataba del de Roman, y la idea de que estuviera tan cerca, en lugar de molestarla, la excitó.

Había asumido que cenarían juntos, así que le desconcertó que antes de que acostara a Lily, Roman anunciara que tenía que trabajar. Y se fue a la biblioteca.

Puesto que estaba preparada para resistirse a cualquier intento de aproximación de Roman, le molestó no tener la oportunidad de hacerlo. Si lo que él pretendía era que su indiferencia la provocara, tuvo éxito, ya que Izzy cenó sola pero no dejó de pensar en él.

Se quedó dormida oyendo el crujir del suelo de madera, pero se despertó al poco rato, cuando sus sensores maternales percibieron el llanto de Lily.

–Tranquila, cariño. Mamá está aquí.

Se detuvo en el umbral de la puerta al darse cuenta de que Roman estaba de pie junto a la cuna. Girándose hacia ella, él se llevó el dedo a los labios. Lily estaba cerrando los ojos.

Izzy asintió, consciente de que solo llevaba puesto el camisón. Sonriendo, volvió de puntillas a su cuarto con el corazón acelerado, percibiendo que Roman la seguía.

Él se esforzó por retirar la mirada del cuerpo de Izzy.

–Me alegro de haberte visto –el camisón de gasa que llevaba resultaba aún más transparente por la lámpara que dejaba intuir su curvilíneo cuerpo y destacaba sus estratégicas partes más oscuras–. Quería haber coincidido contigo antes de que te retiraras. Siento

haberte dejado sola la primera noche, pero tenía unos asuntos urgentes que resolver. ¿Ha ido todo bien?

–Sí, gracias... Perfectamente.

Roman era el vivo retrato de la masculinidad más primaria y poderosa, y solo mirarlo hizo que Izzy sintiera todo tipo de efectos en su interior. Roman ladeó la cabeza, sintiendo la fuerza de la atracción sexual que había entre ellos tan vivamente que la sangre le ardió en las venas.

Pero aquello solo funcionaría si dejaba que ella marcara el paso. Un falso movimiento por su parte y...

–Bien. Me voy a... Que duermas bien.

–No.

Roman se volvió con mirada inquisitiva.

Izzy permaneció inmóvil, deseándolo tanto que le dolía: cada célula de su cuerpo clamaba por él. Quería sentir su cuerpo, firme y masculino, oler su piel y disfrutar de las sensaciones táctiles y de sus pieles en contacto. Quería enredar los dedos en su cabello... saborearlo, sobre todo, saborearlo.

¿Cuánto tiempo conseguiría resistirse y por qué debía hacerlo? Apenas podía pensar por el deseo que la devoraba; se sentía atraída hacia él como por un imán. El momento de actuar con cautela había sido hacía dos años. Ese sí había sido un salto en la oscuridad.

–No... no quiero que te vayas –balbuceó.

Antes de que acabara de hablar, Roman ya estaba ante ella y, tomándole el rostro entre las manos, la estaba besando. Perdió el control en cuanto ella le acarició la espalda y susurró:

–Quiero sentir tu piel.

Roman se apartó para quitarse la camisa por la cabeza y poner las manos de Izzy sobre su pecho desnudo.

Con la mirada cargada de pasión, Izzy recorrió los músculos de su torso y subió las manos hasta sus hombros. El deseo la recorría como dulce miel y como un afilado cuchillo.

–Tienes la piel como la seda.

Se humedeció los labios y Roman la estrechó contra sí. Su boca se apoderó de la de ella, húmeda y caliente; sus labios se movieron con la misma sensualidad que sus caderas al presionarla.

–Oh, Dios mío. Sí –susurró ella contra su boca.

Estaba perdiendo el control y le encantaba.

Sin dejar de besarla, Roman la tomó en brazos y cruzó la habitación. Cuando llegó a la cama, la dejó de pie en el suelo.

La febril mirada de Roman hizo que a Izzy la cabeza le diera vueltas. Él se inclinó para tomar el borde de su camisón. Ella alzó los brazos y él, quitándoselo, lo arrojó al suelo. Luego, echó a Izzy sobre la cama y se arrodilló a horcajadas sobre ella, mirando su cuerpo desnudo detenidamente.

Izzy dudó por una fracción de segundo. Desde la última vez que habían estado juntos, sus caderas habían ensanchado y sus senos estaban más llenos. Ya no tenía el cuerpo de una joven, sino de una mujer. ¿Le gustaría el cambio a Roman?

–¡Eres tan hermosa...! ¡Aún más hermosa!

Roman nunca había deseado tanto a una mujer.

Izzy exhaló el aliento que había estado reteniendo sin saberlo, y atrajo a Roman hacia sí, tomándole la cabeza y llevándosela hacia los senos. Él tomó sus pezones en su boca alternativamente hasta que ella gimió y se revolvió en un frenético deseo.

Izzy le mordisqueó el labio, abrazándose a su espalda y arqueándose hacia él, a la vez que lo besaba para saborearlo.

Gemía en un estado de delirio cuando él fue dejando un rastro de besos en su cuello. Luego Roman la giró de frente a sí y, tomándole la pierna, la pasó sobre su cadera a la vez que le masajeaba las nalgas. Deslizó un dedo por el húmedo montículo entre sus piernas, arrancando de ella una sucesión de gemidos al acariciárselo lenta y rítmicamente. La hizo rodar sobre la espalda y ella lo observó con expresión hambrienta mientras él se quitaba la ropa y volvía a ella.

–No cierres los ojos –dijo–. Quiero que mires.

Ella siguió el movimiento de sus manos sobre su cuerpo, que iban prendiendo hogueras a su paso hasta que estallaron en una explosión que la liberó de la soledad y el miedo que había estado allí escondido.

Oyó una voz que parecía proceder de muy lejos; una voz que gemía y suplicaba, y que solo supo que era la suya cuando Roman le susurró al oído:

–Yo tampoco puedo esperar, *cara*.

Arqueó el cuerpo y Roman la penetró de un solo empuje. Izzy se asió de sus hombros y ocultó el rostro contra su pecho mientras él

la llenaba una y otra vez hasta que casi se desmayó de puro placer. Se elevó tan alto que se sintió flotar. Entonces, a medida que el oleaje que brotaba desde lo más profundo de su cuerpo se fue acercando, sintió que su cuerpo vibraba con tanta violencia que perdió la noción de sí misma para convertirse en una sucesión de explosiones atómicas.

Más tarde, cuando sus cuerpos habían perdido algo de calor, Roman le alzó la cabeza del hombro para que lo mirara y, a la vez que deslizaba el dedo por la línea rosa que le cruzaba el vientre, preguntó:

–Háblame de esto.

–Tuve un parto difícil y las cosas se complicaron. Tuvieron que hacerme una cesárea –al ver la expresión de lástima de Roman, Izzy le acarició la mejilla–. No importa. Solo siento no haberla visto nacer.

Era ella quien había dado a luz sola y con dolor y, sin embargo, le ofrecía consuelo.

–Ahora los dos tenemos cicatrices –bromeó ella, acariciando las de él–. ¿Son culpa de tu enfermedad? –en el pasado había asumido que se debían a un accidente.

–Tuve cáncer de hueso. Fue una suerte que me lo detectaran en una placa después de una caída en la montaña. No son muy bonitas.

–Forman parte de ti –dijo Izzy, sorprendida.

–Lauren no opinaba lo mismo. No la culpo. Cualquier mujer reaccionaría igual.

–Tienes muy mala opinión de las mujeres.

Roman la miró con dulzura.

–No todas tienen tu estómago.

Ni todo el mundo tenía en su cama a un hombre como Roman; ni siquiera la superficial y estúpida Lauren.

Cuando Gennaro se colocó en el tercer carril de la autopista, Roman cerró su portátil.

–¿Está todo bien?

La noche anterior era la primera que pasaba lejos de Izzy y de Lily. En su ausencia, no había dejado de pensar en ella y solo había accedido a marcharse por la insistencia de Izzy.

Ser padre era complicado. Cuando estaba trabajando se sentía culpable por desatender a su familia y, cuando estaba con su familia, se sentía mal por no trabajar.

Cuando lo comentó con Izzy, esta rio y dijo:

–Bienvenido a mi mundo, muchacho. Las mujeres llevan años sintiendo eso mismo.

Izzy… La cosas con ella iban mejor de lo que podía haber soñado. Solo había algo que lo desconcertaba, y era que, en tres ocasiones, ella había susurrado: «Te quiero». Roman asumía que no eran más que cosas que se decían en el clímax de la pasión, pero aun así lo inquietaba.

–¿Qué es eso? –preguntó Izzy señalando un paquete de regalo.

–Ábrelo y mira.

Ella sonrió y lo abrió delicadamente para contener su excitación.

–¡Qué preciosidad! –exclamó cuando levantó la última capa de papel de seda y descubrió un maravilloso vestido de seda gris con pedrería formando dibujos geométricos que capturaban la luz–. ¡Es propio de la Edad de Oro de Hollywood! –dijo con entusiasmo.

–Solo es un vestido.

Izzy se dio cuenta de que bajo la sofisticada mirada de Roman, su reacción debía de ser exagerada.

–No voy a poder ponérmelo –dijo, dominando su excitación.

–¿Por qué? –preguntó él. Izzy le había recordado a una niña abriendo los juguetes la mañana de Navidad.

Ella arqueó las cejas.

–¿Cuándo me has visto llevar otra cosa que vaqueros?

Roman la observó, pensando que le quedaban a la perfección.

–Esta noche tendrás la oportunidad de lucirlo. Llevas tres semanas encerrada y ya es hora de que salgamos.

–¿Me estás invitando?

–No. Es una orden. Ya sabes que soy un tirano –dijo él adoptando un gesto autoritario. Izzy sonrió, encontrándolo encantador–. Lo he arreglado todo. Chloe viene a cuidar a Lily. Supongo que te parece bien.

Chloe era una estudiante de Arte que asistía a Izzy con las muestras de madera.

–Me parece perfecto. Lily la adora.

–Así que trato hecho: esta noche nos arreglamos y cenamos juntos.

–¿Quieres comprobar si tengo buenos modales a la mesa? –bromeó Izzy–. ¿Necesitas asegurarte de que soy socialmente aceptable antes de firmar?

Arrepintiéndose al instante de haber introducido el tema que parecía siempre suspendido en el aire sin que jamás lo nombraran, se ruborizó y desvió la mirada.

–No he tenido la oportunidad de lucirte. Y, si no me equivoco, es tu cumpleaños.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó ella, abriendo los ojos desorbitadamente.

Roman pensó en el informe que se había bajado en el ordenador y que, tan inesperadamente, le había aproximado aún más a ella. En lugar de mencionarlo, contraatacó:

–La cuestión es por qué no me lo habías dicho.

Izzy tenía que admitir que estaba expectante y que la idea de arreglarse e ir a cenar con un hombre tan guapo era de lo más tentadora. Ya no podía mentirse: se había enamorado de Roman. Y la posibilidad de que sus ojos se iluminaran al verla hermosa, si no de amor, al menos de deseo, le resultaba excitante.

Era una mujer realista y sabía que aquella relación solo podía funcionar si se mordía la lengua. Afortunadamente, las pocas veces que había expresado sus verdaderos sentimientos, Roman no había podido entenderla. Pero en el futuro tendría que ejercer un mayor control sobre sí misma.

–¿Dónde has pensado que vayamos? –preguntó, mientras se contemplaba en el espejo colocándose el vestido delante del cuerpo.

–A Edimburgo. Bueno, a las afueras: al Dornie.

–¡Al Dornie! –Izzy no era ninguna especialista en gastronomía, pero todo el mundo había oído hablar de aquel restaurante. Era imprescindible tener buenos contactos hasta para ser admitido en la lista de espera.

–Tengo un avión preparado. Podemos volver a las doce, si es lo que quieres. Y no me mires como si fuera un hada madrina.

No era un hada madrina, pero sí un playboy millonario, aunque Izzy había tenido que replantearse muchas de las cosas que había

asumido en el pasado. Por ejemplo, la idea de que fuera un playboy.

Se miró de nuevo en el espejo con melancolía. La idea de ponerse algo tan femenino era maravillosa.

–¿Estás hablando en serio?

–¿Crees que te mentiría?

–No, la verdad es que no.

Izzy se puso seria al darse cuenta de que, efectivamente, confiaba en él plenamente. Bajó la mirada para contener la emoción que inundó sus ojos, y cuando volvió a subirla ya había recuperado el control de su expresión. Tenía mucha suerte de que Roman no percibiera el instante en que se había dado cuenta de que lo amaba. Y debía seguir así.

Había sucedido días antes. El día que había encontrado su cuaderno de dibujo y había descubierto todos los bocetos que había hecho de memoria de su rostro. Juntos, formaban una historia de amor y, al darse cuenta, había llorado como una niña. ¡Se había enamorado a primera vista y ni siquiera había sido consciente de ello!

–¿A qué hora salimos?

En la pausa que siguió, Izzy tuvo la intuición de que Roman iba a decir algo especial, pero él se limitó a contestar:

–¿A las seis y media?

–Pero tengo que preparar a Lily y...

–Yo me ocuparé de ella. Tú arréglate.

Izzy aceptó la sugerencia con una inclinación de cabeza. Al llegar a la puerta se volvió y dijo:

–Es un regalo de cumpleaños maravilloso, Roman. Muchas gracias.

–No es tu regalo de cumpleaños –Roman vio la expresión de sorpresa de Izzy y sonrió–. Espero que el vestido te quede bien.

Le quedaba como un guante.

Izzy se observó desde distintos ángulos. Era perfecto. Solo habría cambiado las pecas que salpicaban la curva de sus senos en el escote, que había resultado ser menos discreto de lo que parecía. ¿Qué pensaría Roman cuando la viera?

Volvió al dormitorio con el cabello recogido por un broche en forma de mariposa y elevada sobre unos altos tacones. Roman la contempló en silencio durante lo que pareció un siglo. Finalmente,

ladeó la cabeza y se limitó a decir:

–Estás muy guapa.

Izzy no pudo evitar sentirse decepcionada por su falta de entusiasmo, lo que a su vez hizo que se irritara consigo misma. «Deberías escribir “no te ama” doscientas veces, a ver si te enteras», se amonestó.

Al verla entrar en el dormitorio, Roman había sentido que se le nublaba la visión y había tenido que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no arrancarle el vestido y hacerle el amor allí mismo.

La había observado como una estatua, luchando para evitar que se notara la forma en que su sexo se había endurecido. Debía de haber parecido un idiota cuando apenas había podido hacer un estúpido comentario de aprobación.

No podía comprender qué le había impedido expresar su deseo cuando hasta entonces lo había hecho abiertamente. La única razón posible era que no se trataba solo de deseo, sino... Sacudió la cabeza, negándose a dar forma a la palabra que flotaba en la periferia de su conciencia.

Por otro lado, era la madre de su hija y debía de ser lógico que se sintiera emocionalmente ligada a ella. Pero eso no significaba que...

Dando fin al debate interno con un exabrupto ahogado, sacudió la cabeza, fue hasta el mueble bar y se sirvió un brandy.

No significaba nada, se dijo, vaciando la copa de un trago.

Capítulo 11

Creo que podría llegar a acostumbrarme a esto –admitió Izzy cuando desembarcaron del avión y subieron en la limusina que los esperaba–. Tengo la sensación de ser una estrella de cine, o alguien importante.

–Y lo eres.

El corazón de Izzy se aceleró.

–Eres la madre de mi hija.

Izzy ocultó su desilusión tras una espléndida sonrisa. Aunque estaba orgullosa de ser la madre de Lily, le habría gustado ser importante por sí misma.

–Me debes una.

De haberse tratado de una película romántica, Roman habría dicho: «Porque eres la mujer a la que amo». Pero no se trataba de una comedia romántica. Ni siquiera de una película.

–¿Que te debo una? –preguntó él.

–Quedamos en que quien primero mencionara a Lily pagaría una multa.

Roman sonrió y, apoyándose en el respaldo, dijo:

–Está bien; tú ganas.

–Muy bien. Entonces, ¿cuál es mi premio?

Roman le tomó la mano y se la colocó detrás de la nuca. Inclinándose hacia delante y mirándola fijamente, susurró:

–Esto.

Y la besó lenta y profundamente, abrazándola con una fuerza que parecía brotar de la desesperación. Luego mantuvo el rostro pegado al de ella, acariciándole la mejilla con la nariz.

–¿Ese es mi regalo de cumpleaños?

–Presta atención, *cara*. Ese era tu premio. Este –Roman buscó algo en el bolsillo– es tu regalo.

Izzy miró la pequeña caja de terciopelo que Roman sujetaba en la mano.

–No uso joyas –dijo ella con una súbita suspicacia.

–Ya lo he notado. Eso ha hecho que fuera más difícil de encontrar –aunque Roman pensaba que la perfecta piel de Izzy no necesitaba de adornos. La presión en su ingle se incrementó al seguir con la mirada la perfecta columna de su cuerpo y la curva pecosa de sus senos.

–¿Así que no es una joya?

–Ábrela y compruébalo por ti misma –dijo Roman, frunciendo el ceño al ver que se resistía. Se había tomado mucho trabajo en planear aquel momento, pero no había previsto que Izzy reaccionara como lo estaba haciendo.

Izzy tomó aire, abrió la caja y en un tono indiferente, dijo:

–Es precioso.

«Precioso» no era el adjetivo que describía el anillo. Se trataba de un diamante central enorme rodeado de otros pequeños en forma de pétalos.

Roman se sintió frustrado al comparar el entusiasmo infantil con el que había recibido el vestido y la forzada sonrisa que desplegaba en aquel instante.

–¿Esperabas otra cosa? –posó un dedo bajo su barbilla y la obligó a mirarlo–. ¿No te gustan los diamantes?

–Los diamantes son... ¿Es un anillo de compromiso?

Debía de ser la única mujer en el mundo que hiciera esa pregunta.

–Esa es la idea. No hace falta que lo luzcas. No te voy a obligar a ponértelo.

Izzy se ruborizó.

–Habías dicho que no hablaríamos de...

–Matrimonio –concluyó Roman por ella–. Prometí esperar a ver qué tal iba el periodo de prueba y comprobar si podíamos operar como una familia.

Hasta aquel momento, había tenido la convicción de que se compenetraban perfectamente. Y no solo en la cama.

–Creía que nos iba muy bien –añadió con una sonrisa sarcástica–. ¿No estás de acuerdo?

–No, no es eso –admitió ella–. Pero es demasiado pronto.

–¿Cuánto más tiempo necesitas? –preguntó él–. ¿Veinte años? Lo siento, Isabel, pero he sido muy paciente. ¿O es que estas semanas te han resultado... desagradables?

Sentía el rechazo de Isabel como una traición. Su relación siempre había tenido a Lily como eje, pero al final del día, no era solo a la niña a quien deseaba ver, sino a Isabel. El sexo entre ellos era espectacular, y había creído que ella sentía lo mismo… De hecho, había esperado que le encantara recibir su proposición.

Izzy bajó la mirada.

–Claro que no han tenido nada de desagradable –dijo. Roman se encogió de hombros y esperó a que continuara–. Pero ¿no podemos dejar las cosas como están? –al ver la expresión agria de Roman, intentó inyectar un poco de ánimo en su voz–. Ya sabes lo que dicen: «Si funciona, para qué cambiarlo».

–Me es indiferente lo que diga nadie –dijo él con aspereza–. Puede que te sorprenda, pero hay muchas mujeres que no considerarían casarse conmigo como un castigo.

–Pues cásate con ellas –dijo Izzy, airada.

–¡No son la madre de mi hija!

No. Y ese era el problema. Esa era una única razón de que le propusiera en matrimonio. Izzy quería más, aunque no fuera realista. Durante las semanas precedentes había experimentado una vida que ni siquiera sabía que existiera. Y no solo por el sexo, sino por muchas más cosas. La voz de Roman, ver cómo se iluminaba su rostro cuando observaba a Lily, su agudo sentido del humor…

Estaba enamorada.

Suspiró profundamente diciéndose que valía la pena intentarlo.

–¿No vas a fingir que me amas?

El silencio de Roman fue como una respuesta a gritos.

–Amo a Lily –dijo él finalmente.

–Lo sé –dijo Izzy. Ver como el amor iba surgiendo entre padre e hija había hecho que sus ojos se llenaran de lágrimas en más de una ocasión.

Cuadrándose de hombros, alzó la cabeza.

–¿Me estás pidiendo que te diga que te amo, Izzy? Porque ya te he dicho que…

El orgullo la obligó a mantener la vista fija en Roman sin dejar traslucir el dolor que sentía.

–Ya sé: tú no estás interesado en el amor –concluyó ella, logrando una creíble carcajada–. Relájate, Roman, a veces uno dice cosas en el calor del momento de… –desvió la mirada al recordar

alguna de las veces en las que no había conseguido callar sus sentimientos.

–La cama –dijo él con brusquedad.

–Dejemos la cama fuera de la discusión.

–Es el único sitio donde no tenemos ningún conflicto.

–Pero no podemos vivir en la cama –Izzy intentó recuperar la compostura y bajó el tono–. Sé que crees que no es posible, pero ¿y si alguna vez te enamoras de otra mujer? ¿Qué pasaría entonces?

Izzy se creía capaz de amarlo y que su amor no fuera correspondido, pero no podría soportar que Roman amara a otra.

–Eso no va a suceder.

Su serena convicción despertó en Izzy las ganas de gritar.

–Está bien. Pues si yo me enamorara de otro –dijo. Y se apoyó en el respaldo, sorprendida por la mirada iracunda que él le dirigió.

–Me aseguraré de que eso no suceda.

Izzy no quiso buscar significado a esa afirmación y prefirió asumir que había herido su ego. Después de todo, Roman la consideraba su propiedad.

–Ya sé que crees que eres capaz de todo –y en general, tenía razón–. Pero uno no puede impedir enamorase de alguien –«pregúntame a mí», pensó Izzy con amargura–. Simplemente, pasa.

–Solo si uno lo permite. Y tú vas a estar demasiado ocupada compaginando tu trabajo y el cuidado de nuestros hijos como para...

En ese momento, el coche se detuvo y se bajó el cristal que los separaba del chófer.

–Hemos llegado, señor –anunció este.

–No queremos bajar todavía. Siga conduciendo.

–Sí, señor.

¿Pretendía que siguieran dando vueltas hasta que ella accediera? Izzy rio.

–¿Qué te parece tan divertido?

–Tú..., yo..., nosotros... ¿Has dicho «nuestros hijos»?

–Si hemos tenido una sin esforzarnos, no veo que haya ningún problema en intentarlo –dijo él con una sorna que no llegaba a ocultar que hablaba en serio–. No querría que Lily fuera hija única. Así que, aunque no sea de inmediato...

–¿Tú te sentiste solo?

–Isabel, no cambies de tema. ¿Te quieres casar conmigo?

–Tú eres quien cambia de tema cada vez que te hago una pregunta personal.

–Te he hablado de mí más que a ninguna otra persona que conozca –tomó la pierna de Lily y se la puso en el regazo–. Muy bonitas –comentó, contemplando las finas sandalias de tacón alto a la vez que le acariciaba la pantorrilla. Al notar que ella se estremecía, sonrió–. Tiendes a pensar demasiado en el pasado.

–Es mejor que ignorarlo –dijo ella, cerrando los ojos y conteniendo la respiración cuando él metió la mano por debajo del vestido–. Por favor, Roman –balbuceó al notar que se le humedecía la entrepierna–. No estamos solos.

Él le sonrió como un depredador, pero retiró la mano.

–Te gustan las reglas y la cotidianidad. El matrimonio te va como anillo al dedo.

–¿Quieres decir que soy una aburrida? Nunca me he visto casada.

–Ni yo como padre. Nuestro matrimonio será un contrato legal que formalizará lo que ya tenemos.

–¿Qué tenemos? –preguntó Izzy mientras rogaba que dijera: amor.

–A Lily y el deseo de que tenga un hogar. Ninguno de los dos tenemos expectativas falsas, y eso es una gran ventaja.

Por «expectativas falsas» Izzy entendió «amor». Habría querido replicar, pero temió estallar en llanto.

–Conseguiremos que lo nuestro funcione porque es lo mejor para Lily. Así que, dime, Isabel: ¿Sí o no?

Roman la observó en tensión pero con gesto impenetrable. Izzy suspiró. Roman no era el frívolo playboy que había creído que era; en cambio, era un gran padre. ¿No debía ser eso suficiente?

¿Por qué no conformarse entonces? Aunque no ocupara un lugar en el corazón de Roman, lo ocuparía en su vida. Formarían una familia. Tendría que aceptarlo así.

–Está bien: me casaré contigo.

La mirada de Roman refulgió con el brillo del triunfo, mientras Izzy sentía una opresión en el pecho. ¿Hasta cuándo durarían cuando solo uno de ellos estaba enamorado? Pero ignorando la voz de la duda, tomó el anillo de la caja y se lo puso.

–Es precioso –dijo, alargando la mano para enseñárselo.

–Es demasiado grande –dijo Roman, que había querido que fuera perfecto.

–No... –el anillo giró en su dedo y Izzy añadió–: Bueno, un poco.

–Podemos ajustarlo. ¿Qué haces? –preguntó Roman al ver que se lo quitaba.

Su tono de enfado sorprendió a Izzy.

–No puedo usarlo, Roman, Lo perdería.

–De eso nada –dijo él, colocándoselo de nuevo–. Te queda muy bien –añadió. Y entrelazó sus dedos con los de ella.

Izzy sintió que se ruborizaba y que se le alteraba la respiración cuando sus miradas quedaron clavadas la una en la otra. La tensión sexual era tan intensa que casi podía cortarse el aire. Los párpados le pesaron y su cuerpo se relajó como si esperara a ser tomado por Roman. Tragó saliva y susurró:

–Dios mío.

Roman la devoró con la mirada y, tras exhalar bruscamente, dijo a su vez:

–Tendremos que esperar. Entretanto... –con expresión lastimera retiró la mano de la pierna de Izzy.

–¿Entretanto? –preguntó ella.

–Espero que tengas hambre como para cenar en un restaurante con tres estrellas Michelin –dijo él, sonriendo a la vez que se obligaba a apartar la mirada de los sensuales e invitadores labios de Izzy.

La cena fue un éxito y en el camino de vuelta Izzy no paró de hacer comentarios sobre los famosos con los que habían coincidido.

Cuando llegaron, Gennaro le abrió la puerta y ella esperó a que Roman rodeara el coche hacia su lado. Él miró la hora, confiando en que se le pasara pronto el «síndrome de las estrellas». Una de las cosas que le gustaba de Izzy era que, al contrario que muchas mujeres, no necesitaba llenar cada segundo con palabras.

–¿Por qué no me habías dicho que conocías a Rutherford?

–Porque solo lo he visto alguna vez.

–Pero a su novia sí la conocías –las palabras que llevaba todo aquel rato intentando contener escaparon de los labios de Izzy.

Acelerando el paso, fue hacia la casa–. Espero que Izzy se haya portado bien con Chloe –dijo precipitadamente para borrar el efecto de su comentario.

Roman la alcanzó y la retuvo. Izzy se volvió y se estremeció forzadamente:

–Qué frío hace, ¿no?

–No. ¿Por eso has estado tan rara?

Izzy miró a Roman con fingida sorpresa.

–No he estado rara.

Él la miró con sarcasmo.

–Pues sí, me he acostado con Connie Brady.

Izzy sintió los celos como una puñalada.

–Eso no es asunto mío.

–No tienes por qué estar celosa. Salimos solo una semana.

–Y yo solo una noche –replicó ella, airada.

–No son situaciones comparables.

La imagen de la modelo nórdica, con sus piernas interminables y sus pechos que desafiaban a la gravedad, se presentó ante Izzy.

–Tienes razón, yo he tenido un bebé y ella tiene unos pechos enormes.

Se dio cuenta de que se había llevado las manos a los suyos cuando Roman fijó su mirada en ellos. Dejó caer las manos, recordándose el dicho de que lo importante no era la cantidad sino la calidad.

Izzy entornó los ojos y miró con desdén a Roman.

–¡Estás celosa!

–No me atrae la idea de entrar en una habitación llena de tus examantes, sabiendo que se están riendo a mis espaldas. ¡No! –exclamó cuando él fue a ponerle las manos en los hombros.

Roman la desobedeció.

–Dudo que esa sea una situación posible. Pero además, nadie se reiría de ti siendo mi esposa. En todo caso, te envidiarán.

Izzy rio con sarcasmo.

–¿Te das cuenta de lo arrogante que suenas?

–Sí, pero te he hecho reír, así que me da lo mismo –Roman le puso el dedo en la barbilla y le hizo alzar el rostro hacia él–. Ellas te envidiaran a ti, pero los hombres me envidiarán a mí. Hoy has hecho sombra a todas ellas –deslizó la mirada por el cuerpo de Izzy

y añadió–: Llevo toda la noche queriendo besarte y tú te has comportado como una adolescente fascinada con los famosos. *Madre di Dio!*

–¿Qué?

–Acabo de darme cuenta de que algún día Izzy será una adolescente.

Su cara de horror hizo reír a Izzy.

–En serio, Isabel, no debes estar celosa. He tenido amantes, pero una vez nos casemos, te seré fiel.

Ella suspiró y sintió que se liberaba de los celos... parcialmente. Si bien creía que había tenido amantes casuales, seguía existiendo Lauren, la mujer con la que se había comprometido por amor, y no por conveniencia. Acarició el anillo de compromiso y al mirar a Roman sintió que se le encogía el corazón. Era tan guapo... Aunque los celos la hubieran consumido hasta entonces, quedaban horas para disfrutar de la velada.

–Ese beso que has mencionado... –se estremeció cuando él le tomó el rostro entre las manos y, sin mediar palabra, la besó apasionadamente, antes de tomarla en brazos.

En el dormitorio, se desnudaron lentamente bajo la luz de la luna, puntuando su mutuo striptease con gemidos y susurros de placer. Izzy cerró los ojos cuando Roman le quitó las bragas al tiempo que besaba el vértice de sus muslos. Arrodillándose, le asió las nalgas y le besó el vientre. Luego se puso en pie y subió las manos hasta sus senos antes de besar y mordisquear sus rosadas puntas. Ella cerró su mano alrededor de su endurecido sexo y ambos se dejaron caer sobre la cama.

Con dedos temblorosos Roman separó las piernas de Izzy, pero estaba temblaba demasiado como para notarlo. La mezcla de pasión primaria y ternura con la que Roman la miraba le inundó los ojos de lágrimas como reacción a unas emociones que no podía identificar. Un grito brotó de su seca garganta al sentirlo entrar en ella completamente, como si enterrara en su interior. La profunda conexión que los unía se manifestó con más fuerza que nunca mientras se movían al unísono, acercándose juntos hacia una cegadora explosión de placer.

Cuando Roman se quitó de encima de Izzy, cada célula del cuerpo de esta estaba en un puro estado de relajo; se acurrucó

contra su costado y se durmió.

Su último pensamiento esperanzado fue que no era posible que Roman le hiciera el amor de aquella manera si no la amara, aunque solo fuera un poquito.

Roman se marchó temprano a la mañana siguiente para acudir a una subasta de beneficencia a la que se había comprometido meses antes.

–Si pudiera, no iría –dijo, sentándose en la cama para despedirse con un beso.

Unos minutos más tarde estaba de vuelta.

–¿Qué pasa? –preguntó Izzy, soñolienta.

–Ven conmigo.

Izzy lo miró sorprendida.

–¿A la subasta?

–¿Por qué no? Puedo esperarte.

Plenamente despierta, Izzy sonrió con pesadumbre.

–Me encantaría, pero he quedado para ver a los pintores y Chloe viene conmigo. Tiene muy buenas ideas. Vamos a dejar a Lily jugando con...

–Muy bien. Solo era una idea.

Izzy creyó percibir que a Roman le había desilusionado su respuesta, pero se frotó los ojos y cuando volvió a mirarlo, pensó que lo había imaginado.

–Pásalo bien. Y espero que Lily también disfrute.

Pero no fue así. Lily se despertó indispuesta e Izzy canceló su cita.

Para el mediodía, Lily había empeorado y lloraba inconsolablemente. Izzy le tomó la temperatura y la tenía tan alta que volvió a tomársela por si se había equivocado.

Le había subido aún más.

Tras un titubeo inicial, llamó a urgencias. Acunando a Lily que de pronto se había quedado inquietantemente callada, llamó a Roman, pero le saltó el mensaje del buzón de voz en varias ocasiones. No queriendo dejarle un mensaje preocupante y confiando en que solo fuera una falsa alarma, decidió esperar a hablar con él directamente.

Durante el recorrido en la ambulancia, se arrepintió de su decisión y pensó que habría dado lo que fuera por tener a Roman a su lado.

Los médicos la trataron con cortesía y eficiencia, pero las noticias no fueron tranquilizadoras. Por los síntomas, Lily tenía un ataque de apendicitis.

–Tendremos que operar –dijo uno de ellos.

–Pero si es solo un bebé; no es posible –dijo Izzy, aterrorizada. Un frío helador le encogió el corazón. Respiró hondo. No podía perder el control.

«Quiero que venga Roman», tomó aire de nuevo. «No, puedo hacerlo sola».

–Comprendo que le preocupe, pero le aseguro que Lily estará bien.

–Por supuesto. Perdone... ¿Cuándo...?

–Inmediatamente. ¿Le importa firmar el consentimiento?

Izzy se pasó una mano temblorosa por la cara.

–Claro –dijo con voz quebradiza–. Es tan pequeña...

La mano le temblaba tanto que no supo si su firma era legible. Unos minutos más tarde no podía comprender cómo hacía unas horas contemplaba a Lily en su cuna, y de pronto se encontraba recorriendo un frío pasillo arriba y abajo.

Tras llevarse a Lily al quirófano, una enfermera le dijo que la avisarían en cuanto la operación terminara, y le ofreció una taza de té.

Volvió a llamar a Roman desde la sala de espera. La cuarta vez contestaron, e Izzy estuvo a punto de llorar de alivio hasta que oyó la voz de una desconocida.

–Este es el teléfono de Roman Petrelli –dijo.

–¿Quién es? –preguntó Izzy. Al otro lado oyó una risa–. Quiero hablar con Roman.

–¡Como todas las demás, querida! –dijo la mujer.

Al fondo, Izzy oyó una voz familiar. No entendió lo que Roman decía, excepto por una palabra: Lauren. Y fue suficiente.

–¿Es usted Lauren St. James? –preguntó.

–Sí, Roman ya ha vuelto.

–No importa. Dele un mensaje: dígale que su hija está en el quirófano, que se vaya al infierno y que no quiero verlo o hablar

con él nunca más.

Y al concluir, Izzy se quedó sentada en una silla de plástico, llorando; sintiéndose vacía y helada por dentro.

Odiaba a Roman.

Más tarde, Roman no pudo recordar cómo había llegado al hospital. Pero nunca olvidaría la expresión del rostro de Izzy cuando la vio. Al instante temió lo peor.

Roman vio la cuna vacía de la que habían sacado a Lily para llevarla al quirófano y una banda de acero le apretó el pecho. Cerró los puños con fuerza.

Su niña, su encantadora niña... No podía concebir la vida sin ella, sin las dos mujeres de su vida. Lo eran todo para él. Mirando a Izzy, se preguntó cómo podía haber sido tan estúpido.

Estaba enamorado de ella, pero había sentido demasiado miedo como para admitirlo. Y en aquel instante, Izzy, que parecía una muñeca rota, pálida y frágil, vulnerable, lo necesitaba.

Él la amaba. Había pasado las últimas semanas evitando enfrentarse a ello porque era un cobarde. Una mujer superficial, que solo tenía una cara bonita y un árbol genealógico que se perdía en el principio de los tiempos, lo había rechazado en una ocasión y él había optado por apartar el amor de su vida, adoptando la estrategia de supervivencia de un animal herido.

Pero no había estado lamiéndose las heridas; sino alimentando y ocupándose exclusivamente de su magullado ego.

–Isabel, *tesoro mio*.

Izzy lo miró con odio.

–¡No me hables! –exclamó ella. Y al ver que él alargaba la mano, se apartó como si fuera una serpiente y añadió–: ¡Ni me toques! Nadie te necesita aquí.

Él apretó los puños al volver a mirar la cuna vacía.

–Debía haber llegado antes –dijo en un susurro quejumbroso–. ¿Ha... ha sufrido? –balbuceó.

–Claro que ha sufrido –dijo Izzy, ciega al dolor de Roman–. Casi le estalla el apéndice.

–¿El apéndice? –el alivio de Roman fue cauteloso, como el de alguien a quien se le ofreciera una segunda oportunidad.

–¿Quieres decir que… nuestra pequeña Lily está viva?

Su voz rota hizo que Izzy lo mirara. Y al ver su expresión de angustia, la tensión de sus facciones y los surcos que se marcaban en su rostro, tuvo que morderse el labio para no sentir compasión por él.

No se trataba de un dolor compartido. Estaba sola.

–Está en el quirófano –dijo Izzy. El color volvió a las mejillas de Roman–. ¿Creías que había muerto?

No lo odiaba tanto como para querer que sufriera hasta ese punto. Entrelazó las manos para contener el impulso de alargarlas hacia él.

Roman asintió a la vez que tragaba saliva.

–Pero yo no dije…

–Recibí tu mensaje –Lauren se lo había trasmitido con un evidente placer, pero ella no tenía el poder de hacerle daño–. Pero cuando he visto que estabas tan…

–¿Necesitada y patética? –preguntó ella con acritud.

–Rota –la corrigió él.

Izzy palideció al oír la palabra que mejor describía lo que sentía.

–Pues ya ves que estabas equivocado, así que puedes irte –dijo, alzando la barbilla–. ¡No te necesitamos!

Y, a continuación, estropeó su actuación al echarse a llorar.

En una fracción de segundo, él estaba frente a ella, encerrándola en un círculo de protección. Ella lloró en su pecho, consciente de que aquella sensación de seguridad y calor era una farsa.

Él le acarició el cabello.

–Sé lo que piensas, pero te equivocas –dijo. Ella alzó el rostro empapado de lágrimas e intentó separarse de él–. No, escucha. Me niego a que te tortures con tu imaginación. Lauren estaba sentada a mi lado en la mesa de la subasta.

–¡Qué coincidencia!

–No tendría sentido que quedara con una mujer y luego te invitara a venir conmigo, ¿no?

Izzy reflexionó y se sembró en ella la primera semilla de duda.

–Tenía tu teléfono –dijo no obstante.

Roman apretó los dientes al recordar la sucesión de eventos.

–He dejado el teléfono en la mesa. Ya sabes que lo olvido a menudo.

Izzy asintió distraídamente. Roman tendía a perder el teléfono varias veces al día. Ella solía bromear al respecto, sobre todo cuando lo tenía delante de sus narices.

–Cuando ha sonado yo no estaba en la mesa. Estaba con su marido, comprando boletos para un viaje en globo por Masai Mara y creo que me ha tocado. ¿Qué te parecería hacer un viaje en globo, *cara*?

–¿Lauren está casada?

Roman asintió.

¿Era eso posible? Izzy sintió una oleada de calor recorrerla hasta que las mejillas le ardieron.

–Es mi culpa –continuó Roman–. Sabía que pensabas que todavía sentía algo por Lauren y no me ocupé de negarlo porque mientras tú creyeras que estaba enamorado de ella, no tendría que reconocer, ni siquiera a mí mismo, especialmente a mí mismo, que me había enamorado de ti –se encogió de hombros con incomodidad–. Tenía tanto miedo a que me rechazaras que me resistía a admitir mis sentimientos. No podía concebir que mi destino y mi felicidad dependieran de otro ser humano: de ti. Te hice creer que lo hacía todo por Lily, pero siempre fue por amor –tomó la mano de Izzy y se la llevó a los labios–. Me tienes en tus manos, *cara*. Espero que me hagas un hueco en tu corazón.

Ella lo miró con un maravillado aturdimiento.

–Roman, siempre lo has tenido. Creo que ha habido siempre un vacío en mi interior que solo tú podías ocupar.

Entonces él la besó con una pasión y una ternura que le hizo llorar de emoción. Luego alzó la cabeza y tomándole el rostro entre las manos, dijo:

–Cuando pienso en ti sola, enfrentándote a esto... Pero claro que has podido, porque eres una mujer excepcional y una madre maravillosa. Ya sé que no me necesitas, *cara*, ¿pero me aceptarás? Sé que te he pedido matrimonio antes, pero esta vez es distinto.

–Lo sé –dijo ella, con ojos que le brillaban como dos diamantes–. Y yo también te necesito. Te he amado siempre, y no poder decírtelo ha sido... espantoso.

Se besaron hasta que el sonido de un teléfono en la cabina de enfermeras los devolvió a la realidad.

Roman le tomó una mano, le hizo sentarse en una silla y se

acuclilló ante ella.

–Y ahora dime qué ha pasado y cómo está Lily. Nunca volveré a fallarte, te lo prometo.

La ansiedad y honestidad con la que Roman se expresó atenazó la garganta de Izzy.

–No podías haberlo adivinado –lo disculpó.

–Cuéntamelo todo.

Izzy lo hizo y contarlo le sirvió de cura. Estaba terminando y Roman le secaba las lágrimas cuando se abrió la puerta y apareció una enfermera.

–Hemos llevado a la niña a la habitación. No se preocupen por el suero; solo lo necesita hasta que tome algo de líquido. Ahora vendrá el médico, pero no ha habido ningún problema. Todo va a ir muy bien.

Izzy miró alternativamente a la niña y a su futuro marido y asintió.

–Estoy segura de ello –dijo.

Y, si alguna vez surgía algún problema, tendría a Roman para apoyarla.

–Siento no haber estado a tu lado –repitió él una vez más.

Ella le tomó la mano.

–Ahora estás aquí. Eso es lo único que importa.

Y lo único que ella necesitaba.

Epílogo

Y todo comenzó aquí –dijo Emma con un suspiro mientras se arrodillaba para estirar el bajo del vestido de Izzy.

Con una sonrisa, Izzy pensó: «De hecho, todo comenzó en un bar muy lleno», pero no corrigió a su hermana.

–¡Es tan romántico y además tan rápido! ¡Solo tres meses!

–No tan rápido –murmuró Izzy, mirando a su hija, que estaba preciosa y apretaba un cojín de seda entre sus dedos regordetes.

–Cuidado con el velo –dijo Michelle tirando de la antigua puntilla de gasa que había pertenecido a su propia abuela–. Estás muy bonita, cariño –añadió con una sonrisa afectuosa–. Estás resplandeciente, de verdad, y no te preocupes, le daré el anillo a Lily en el último momento.

–*Billos* –dijo Lily con una sonrisa expectante adornando su carita.

–Sí, tesoro, anillos –dijo Izzy sonriendo. Habían decidido que su hija entregaría los anillos de boda y la pequeña recibió un amplio entrenamiento para cumplir su papel, pero teniendo en cuenta la tendencia que demostró a comérselos, también decidieron que los anillos le serían dados por Michelle en el momento crucial.

–Emma, recuerda que no debes ir encorvada cuando avances por el pasillo central.

–Sí, mamá –respondió su esbelta hija, añadiendo un largo suspiro de sufrimiento ante la orden materna, mientras su madre desaparecía dentro de la iglesia con Lily.

–¿Sabes cuántas veces al día me dice eso mismo? –dijo encontrándose con la mirada ensoñadora de Izzy–. No estás escuchando una sola palabra de lo que te digo, ¿verdad?.

–No –admitió Izzy. Y no es que estuviera nerviosa; estaba feliz. Dudaba de que nadie se hubiera sentido nunca tan feliz.

Emma rio.

–Se nota que estás loca por él, y lo entiendo. Si yo me fuera a casar con un pedazo de tío como Roman, también estaría en otro

planeta, pero, por Dios te lo pido, no llores –le dijo a modo de firme instrucción–. Rachel estuvo horrorosa cuando el rímel se le corrió por toda la cara. En la mitad de las fotos parece un oso panda –continuó con su exuberancia habitual–. Pero tú estás mucho más guapa de lo que estuvo Rachel. Aunque fue una pena que no eligieras aquel vestido de cola… –y añadió rápidamente–: Bueno, no es que ese no sea bonito, ¿eh?

–Gracias –dijo Izzy, estirando el vestido que ella había preferido a la elaborada creación que su hermana consideraba «lo último». Un vestido sencillo, sin tirantes, largo hasta los tobillos y en seda color crema, que se ajustaba a sus curvas y con un sugerente escote, que enfatizaba sus prietos glúteos y estrechaba su cintura. Sobrio y sexy a un tiempo.

Izzy se quedó prendada del vestido en cuanto lo vio, del mismo modo que se enamoró de su espectacular marido nada más verlo. Y él se había enamorado de ella. Aún ahora no parecía real, pero lo era, e Izzy tenía evidencia contractual. Nadie excepto ellos sabía que ya se habían casado por lo civil una semana después de que Lily saliera del hospital. Ellos tres, y dos personas que pasaban por la calle como testigos. Roman dijo que ya habían perdido mucho tiempo y que no estaba dispuesto a perder un segundo más.

No fue romántico como lo sería en aquella ocasión, con la encantadora iglesia del pueblo decorada con nubes de blancas flores y rosas rojas, el precioso vestido y los discursos que vendrían después. Pero para Izzy había sido el día más perfecto de su vida cuando Roman, ese hombre fuerte y orgulloso, de pie enfrente de ella, con lágrimas asomando a sus increíbles ojos, le dijo que la amaría para siempre.

Ella no necesitaba toda la parafernalia; solo al hombre al que amaba y a su bebé. Y no es que no tuviera intención de disfrutar cada segundo de aquel día y de dar a su familia la boda que habían ansiado, sobre todo Michael, que estaba feliz de acompañarla al altar.

–¿Listo, querido? –dijo Izzy sonriendo a su padre, que había estado recorriendo el sendero de fuera de la iglesia arriba y abajo, intentando calmar los nervios.

Ofreciéndole el brazo, él dijo:

–Listo.

Lo único que recordó después en cuanto a la ceremonia fue la risa que recorrió la iglesia cuando Lily se convirtió en la protagonista en la entrega de los anillos, y la cara de Roman cuando se dio la vuelta y la miró.

El amor ardiente y el orgullo que vio en su cara, desató las lágrimas que había prometido no derramar. ¡Gracias al cielo por el rímel resistente al agua!

Más tarde, entrando en el coche de novios bajo una nube de confeti, se sentó y saludó desde la ventana. Cuando el coche partió, se giró y vio que Roman la observaba. Su estómago dio el salto mortal que daba siempre que le veía. Era tan guapo...

–¿Qué estás mirando?

–A la mujer más guapa del mundo... ¡Y es mía...! –tomó su mano y se la llevó a los labios, manteniendo sus ojos clavados en los de ella–. Mi mujer.

Su profunda voz le produjo a Izzy escalofríos a lo largo de la columna vertebral.

–¿Sabes? –meditó él acariciándole la mejilla con un dedo–. Nunca me cansaré de decírtelo.

Tomándole de la muñeca y dándole un beso en la palma de la mano, Izzy dijo:

–Y yo no me cansaré de escucharlo.

La mano libre de Roman enmarcó su cara.

–¡Tu piel es tan suave! Tienes que ponerte mucha crema protectora; parece que septiembre va a ser muy cálido.

Izzy sonrió. Iban a pasar su luna de miel en la villa de Roman del lago de Como.

–¿Por qué tienes esa sonrisita de gata relamiéndose? –quiso saber él.

–Porque eres mío –dijo ella con dulzura.

Y se dieron un apasionado beso que Izzy rompió, jadeante, cuando llegaron al hotel donde se celebraría la recepción de la boda.

–¿Preparada? –preguntó Roman observando con una sonrisa

cómo ella trataba de colocarse desesperadamente el velo.

«Preparada para pasar el resto de mi vida contigo», pensó Izzy, e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Justo antes de que salieran al sol de septiembre y ante sus invitados, ella le agarró de la muñeca.

–¿Algo va mal, *cara*? –preguntó Roman captando su tensión.

–Mal no. De hecho, muy bien. No pensaba decírtelo ahora pero...

–La tensión me está matando, *cara*...

–¿Sabes esa cita que tenías planeada para comprobar si Lily era solo una excepción? Que tú no podías... Bueno, pues no te preocupes, porque parece ser que puedes.

–¿Quieres decir que...? –Roman tragó saliva deslizando la mirada hacia su cintura–. ¿Estás...?

Ella asintió.

–Me hice la prueba anoche.

La noche que Michelle había insistido que no podía pasar con el novio.

–Me estaba matando no decírtelo. Quería soltarlo en la iglesia. ¿Estás contento?

–¿Contento? –exclamó Roman, abrazándola–. ¡Soy el hombre más afortunado del mundo!

Un murmullo de aplausos y risas proveniente de los invitados hizo retroceder a Izzy, quien empujó suavemente a su pareja.

–Roman, nos están mirando.

–¿Les digo que se vayan?

–Roman, ¡no puedes decir a nuestros invitados que se vayan...!

Él le dedicó una sonrisa pícara y dijo:

–Espera y verás.